

# LOS DESTINOS SEXUALES DE LA MUJER

MITO Y MODERNIDAD

Domingo Caratozzolo

*Debo agradecer a Sigmund Freud, cuya teoría es el eje de mi pensamiento científico, de mi práctica clínica y de las ideas desarrolladas en este libro. A Carlos Waxemberg por sus opiniones y la corrección de estilo. A mi hija Luciana por el diseño del libro y a mi esposa y colega Sylvia Carlino por su valiosa cooperación en la corrección del manuscrito.*

*A mis hijos:*

*Luciana, Mariana y Giorgio*

**INDICE**

**LA SEXUALIDAD FEMENINA  
SEGÚN FREUD**

**HAS RECORRIDO UN LARGO CAMINO...**  
DE LA FILOGENIA A LA ONTOGENIA

**MEDUSA**  
EL HORROR A LA CASTRACIÓN

**AFRODITA**  
EL AMOR EN PLENITUD

**AFRODITA URANIA**  
LA MATRONA O EL AMOR SIN SEXO

**AFRODITA HETAIRA**  
LA PROSTITUTA O EL SEXO SIN AMOR

**AMAZONAS**  
LA HOMOSEXUALIDAD FEMENINA

**ATENEA**  
LA VIRGINIDAD O LA PARÁLISIS DE LA VIDA

**HERMAFRODITA**  
LA FANTASÍA DE COMPLETUD

## Capitulo 1

**LA SEXUALIDAD FEMENINA SEGÚN  
FREUD**

**LA LIBIDO ES MASCULINA**

**La excitación sexual no es producida únicamente por los órganos sexuales, sino por todos los del cuerpo. Los fenómenos psicosexuales tienen su implicación en la producción, aumento, distribución y desplazamiento de esta "libido del yo"; cuando esta libido reviste un objeto la llamamos "libido de objeto". Si se retrae del objeto y recae nuevamente en el yo, la denominamos "libido narcisista". La libido es siempre masculina, pues para el psicoanálisis se equiparan masculino con actividad y femenino con pasividad y la pulsión es siempre activa.**

"El análisis de las perversiones y psiconeurosis nos ha llevado al conocimiento de que esta excitación sexual no es producida únicamente por los órganos llamados sexuales, sino por todos los del cuerpo. Construimos, por tanto, la idea de una "libidoquantum", cuya representación psíquica denominamos "libido del yo" (ichlibido), y cuya producción, aumento, disminución, distribución y desplazamiento deben ofrecernos las posibilidades de explicación de los fenómenos psicosexuales observados."

"Esta libido del "yo" no aparece cómodamente asequible al estudio analítico más que cuando ha encontrado su empleo psíquico en el revestimiento de objetos sexuales; esto es, cuando se ha convertido en "libido de objeto". La vemos entonces concentrarse en objetos, fijarse en ellos, o en ocasiones abandonarlos, trasladándose de unos a otros, y dirigiendo desde estas posiciones la actividad sexual del individuo, que conduce a la satisfacción; esto es a la extinción parcial y temporal de la libido. El psicoanálisis de las llamadas neurosis de transferencia (histeria y neurosis obsesiva) nos permite hallar aquí un fijo y seguro conocimiento."

"De los destinos de la libido del objeto podemos aún averiguar que es retraída de los objetos, quedando flotante en determinados estados de tensión, hasta recaer de nuevo en el yo, de manera de volver a convertirse en libido del "yo". Esta libido del "yo" la denominamos en oposición a la del objeto, libido "narcisista".

"La libido del "yo" o libido narcisista aparece como una gran presa, de la cual parten las corrientes de revestimiento del objeto y a la cual retornan. El revestimiento del "yo" por la libido narcisista se nos muestra como el estado original, que aparece en la primera infancia y es encubierto por las posteriores emanaciones de la libido, pero que en la realidad permanece siempre latente detrás de las mismas."

*"Una teoría sexual", 3) Las metamorfosis de la pubertad. (1905)*

"Sabido es que hasta la pubertad no aparece una definida diferenciación entre el carácter masculino y el femenino, antítesis que influye más decisivamente que ninguna otra sobre el curso de la vida humana. Sin embargo las disposiciones masculina y femenina resultan claramente reconocibles en la infancia. El desarrollo de los diques sexuales (pudor, repugnancia, compasión, etc.) aparece en las niñas más tempranamente y encontrando una resistencia menor que en los

niños. Asimismo es en las niñas mucho mayor la inclinación a la represión sexual, y cuando surgen en ellas instintos parciales de la sexualidad escogen con preferencia la forma pasiva. La actividad autoerótica de las zonas erógenas es en ambos sexos la misma, y por esta coincidencia falta en los años infantiles una diferenciación sexual tal y como aparece después de la pubertad. Con referencia a las manifestaciones sexuales autoeróticas y mas turbaciones pudiera decirse que la sexualidad de las niñas tiene un absoluto carácter masculino, y si fuera posible atribuir un contenido más preciso a los conceptos "masculino" y "femenino", se podría también sentar la afirmación de que la libido es regularmente de naturaleza masculina, aparezca en el hombre o en la mujer e independientemente de su objeto, sea éste el hombre o la mujer."

"Los conceptos de "masculino" y "femenino", cuyo contenido parece tan inequívoco a la opinión vulgar, son, desde el punto de vista científico, extraordinariamente complejos, pudiendo emplearse, por lo menos, en tres sentidos diferentes. Se usan, en efecto, unas veces como equivalentes a las ideas de "actividad" y "pasividad", otras en un sentido "biológico", y otras, en fin, en un sentido "sociológico". La primera de estas significaciones es la esencial y la única utilizable en el psicoanálisis. A ella nos referimos cuando hablamos de una libido "masculina", pues el impulso es siempre activo, aún en aquellos casos en que se propone un fin pasivo."

*"Una teoría sexual", 3) Las metamorfosis de la pubertad. (1905)*

"No hay más que una libido que es puesta al servicio tanto de la función masculina como de la femenina; y no podemos atribuirle un sexo; si, abandonándonos a la equiparación convencional de actividad y masculinidad, la queremos llamar masculina, no debemos olvidar que representa también tendencias de fines pasivos. Y lo que nunca estará justificado será hablar de una "libido femenina". Experimentamos la impresión de que la libido ha sido objeto de una mayor coerción cuando aparece puesta al servicio de la función femenina, y también la de que en este caso -teleológicamente pensando- puede tener su razón en que la consecución del fin biológico ha sido confiada a la agresión del hombre y hecha independiente, en cierto modo, del consentimiento de la mujer."

*"Nuevas aportaciones al psicoanálisis", 6) La feminidad. (1932)*

## **PASIVIDAD VS. ACTIVIDAD**

**Existe un viraje de la pasividad a la actividad que consiste en hacer activamente a otros lo que se tuvo que padecer pasivamente. De esta conducta podemos deducir la fuerza relativa de las tendencias masculinas y femeninas que habrán de manifestarse en la vida sexual. Decimos que masculino es activo y femenino pasivo. El espermatozoide es activamente móvil, y el óvulo pasivamente expectante. El macho persigue a la hembra para realizar la cópula sexual.**

"No es indiferente tener en cuenta las transformaciones que experimenta la polaridad sexual, para nosotros corriente durante la evolución sexual infantil. La elección de objeto, que presupone ya un sujeto y un objeto, introduce una primer antítesis. En el estadio de la organización pregenital sádico-anal no puede hablarse aún de masculino y femenino: predomina la antítesis de activo y pasivo. En el estadio siguiente al de la organización genital infantil hay ya un masculino pero no un femenino; la antítesis es aquí: genital masculino o castrado. Sólo con el término de la evolución en la pubertad llega a coincidir la polaridad sexual con masculino y femenino. Lo masculino comprende el sujeto, la actividad y la posesión del pene. Lo femenino integra el objeto y la pasividad. La vagina es reconocida ya entonces como albergue del pene y viene a heredar al seno materno."

*"La organización genital infantil", 6) La organización genital infantil. (1923)*

"Ahora bien: cuando tenemos ocasión de estudiar algunos casos en los cuales las fantasías masoquistas han pasado por una elaboración especialmente amplia, descubrimos fácilmente que el sujeto se transfiere en ellas a una situación característica de la femineidad: ser castrado, soportar el coito o parir. Por esta razón he calificado a "potiori" de femineidad esta forma del masoquismo, aunque muchos de sus elementos nos orientan hacia la vida infantil. Más adelante hallaremos una sencilla explicación de esta superestructuración de lo infantil y lo femenino. La castración o la pérdida del sentido de la vista, que puede representarla simbólicamente, deja muchas veces su huella negativa en dichas fantasías, estableciendo en ellas la condición de que ni los genitales ni los ojos han de sufrir daño alguno."

*"El problema económico del masoquismo". (1924)*

"Otra pregunta es la siguiente: ¿Qué es, en suma, lo que la niña pequeña pretende de su madre? ¿De qué índole son sus fines sexuales en ese período de exclusiva vinculación con la madre? La respuesta que nos brinda el material de observación analítico concuerda plenamente con nuestras expectativas. Los fines sexuales de la niña en relación con la madre son de índole tanto activa como pasiva y se hallan determinados por las fases libidinales que recorre en su evolución. La relación entre la actividad y la pasividad merece aquí nuestro particular interés. En cualquier sector de la experiencia psíquica -no sólo en el de la sexualidad- es dable observar que una impresión pasivamente recibida evoca en los niños la tendencia a una reacción activa. El niño trata de hacer por sí mismo lo que se acaba de hacerle a él o con él. He aquí una parte de la necesidad de dominar el mundo exterior a que se halla sometido y que aún puede llevarlo a esforzarse por repetir impresiones que, a causa de su contenido desagradable, tendría buenos motivos para evitar. También el juego del niño se halla al servicio de este propósito de completar una vivencia pasiva mediante una acción activa, anulándola con ello en cierta manera. Cuando, a pesar de su resistencia, el médico le abre la boca al niño para examinarle la garganta, éste jugará a su vez, después de su partida, a "ser el doctor", y repetirá el mismo violento procedimiento

con un hermanito menor, que se hallará tan indefenso frente a él como él lo estuvo en manos del médico. No podemos dejar de reconocer aquí la rebeldía contra la pasividad y la preferencia por el papel activo. No todos los niños consiguen realizar siempre y con la misma energía este viraje de la pasividad a la actividad, que en algunos casos puede faltar por completo. De esta conducta del niño puede deducirse la fuerza relativa de las tendencias masculinas y femeninas que habrán de manifestarse en su vida sexual."

"Las primeras vivencias total o parcialmente sexuales del niño en relación con su madre son naturalmente de carácter pasivo. Es ésta la que le amamanta, le alimenta, le limpia, le viste y le obliga a realizar todas sus funciones fisiológicas. Parte de la libido del niño se mantiene adherida a estas experiencias y goza de las satisfacciones con ellas vinculadas, mientras que otra parte intenta su conversión en actividad. Primero, el proceso de ser amamantado por el pecho materno es sustituido por la succión activa. En sus demás relaciones con la madre, el niño se conforma con la independencia, es decir, con hacer por sí mismo lo que antes se le hacía, o con la repetición activa."

"El hecho de que las niñas sean más afectas que los varones a jugar con muñecas, suele interpretarse como un signo precoz de la feminidad incipiente. Eso es muy cierto; pero no se debería olvidar que lo expresado de tal manera es la faz "activa" de la feminidad y que dicha preferencia de la niña probablemente atestigüe el carácter exclusivo de su vinculación a la madre, con descuido total del objeto paterno."

"La sorprendente actividad sexual de la niña en relación con su madre, se manifiesta, en sucesión cronológica, a través de impulsos orales, sádicos y finalmente también fálicos, dirigidos a la madre."

*"Sobre la sexualidad femenina". (1931)*

"...Cuando decís "masculino", queréis decir regularmente "activo", y cuando decís "femenino", "pasivo". Y es exacto que existe tal relación. La célula sexual masculina es activamente móvil; busca a la femenina, y ésta, el óvulo, es inmóvil, pasivamente expectante. Esta conducta de los organismos elementales sexuales es, incluso, el prototipo de la conducta de los individuos sexuales en el comercio sexual. El macho persigue a la hembra para realizar la cópula sexual, la ataca y penetra en ella."

*"Nuevas aportaciones al psicoanálisis", 6) La feminidad. (1932)*

"...Lo que acaso sucede es que en la mujer, y emanada de su papel en la función sexual, una cierta preferencia por la actitud pasiva y los fines pasivos se extiende al resto de su vida, más o menos penetrantemente, según que tal prototipicidad de la vida sexual se restrinja o se amplifique. Pero a este respecto debemos guardarnos de estimar insuficientemente la influencia del orden social, que fuerza a las mujeres a situaciones pasivas. Todo esto permanece aún muy oscuro. No queremos desatender una relación particularmente constante sobre la feminidad y la vida instintiva."

"El sojuzgamiento de su agresión, constitucionalmente prescripto y socialmente impuesto a la mujer, favorece el desarrollo de intensos impulsos masoquistas, los cuales logran vincular eróticamente las tendencias destructoras orientadas hacia el interior. El masoquismo es, pues, así, auténticamente femenino. Pero cuando, como sucede con frecuencia, encontramos el masoquismo en sujetos masculinos, ¿qué podemos decir si no es que tales hombres integran precisos rasgos femeninos?."

"También en la disposición de los instintos aparecen diferencias, que dejan sospechar lo que luego ha de ser la mujer. La niña es regularmente menos agresiva y obstinada, y se basta menos a sí misma; parece tener más necesidad de ternura, y ser, por tanto, más dependiente y dócil. La mayor facilidad y rapidez con las que logra el dominio de sus excreciones es muy probablemente tan sólo una consecuencia de tal docilidad: la orina y las heces son, como sabemos, los primeros regalos que el sujeto infantil hace a sus guardadores, y su retención es la primera concesión que la vida instintiva se deja arrancar."

*"Nuevas aportaciones al psicoanálisis", 6) La feminidad. (1932)*

## **DISPOSICIÓN BISEXUAL – BIFÁSICA**

**La mujer tiene dos órganos sexuales dominantes: la vagina, órgano femenino propiamente dicho, y el clítoris, órgano análogo al pene. La vida sexual de la mujer es bifásica: la primer fase es de carácter masculino y sólo la segunda es específicamente femenina.**

"Un síntoma histérico es expresión, por un lado, de una fantasía masculina, y por otro, de otra femenina, ambas sexuales e inconcientes."

"Esta significación bisexual de los síntomas histéricos, comprobable de todos modos en numerosos casos, es una prueba de mi afirmación anterior de que en los psicoanálisis de sujetos psiconeuróticos se transparenta con especial claridad la supuesta bisexualidad original del individuo. El masturbador que en sus fantasías conscientes procura infundirse, tanto en el hombre como en la mujer de la situación fantaseada nos ofrece el ejemplo de un proceso totalmente análogo y perteneciente al mismo sector. Por último, también conocemos ciertos ataques histéricos en los que la enferma representa simultáneamente, los papeles de los dos protagonistas de la fantasía sexual subyacente. Así, en un caso observado por mí, la enferma sujetaba con una mano sus vestidos contra su cuerpo (como la mujer objeto de una agresión sexual) y con la otra mano intentaba despojarse de ellos (como el hombre agresor)."

"En el tratamiento psicoanalítico es muy importante hallarse preparado a tropezar con esta significación bisexual de un síntoma."

*"Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad". (1908)*

"Nuestra libido oscila normalmente toda la vida entre el objeto masculino y el femenino; el soltero abandona sus amistades masculinas al casarse y vuelve a ellas cuando el matrimonio ha perdido para él todo atractivo."

*"Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina". (1920)*

"La mayoría de los hombres quedan muy atrás del ideal masculino ya que todos los individuos humanos, en virtud de su disposición bisexual y de la herencia en mosaico, combinan en sí características tanto femeninas como masculinas, de modo que la masculinidad y la femineidad puras no pasan de ser construcciones teóricas de contenido incierto."

*"Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica". (1925)*

"Ante todo, es innegable que la disposición bisexual, postulada por nosotros como característica de la especie humana, es mucho más patente en la mujer que en el hombre. Éste cuenta con una sola zona sexual dominante, con un sólo órgano sexual, mientras que la mujer tiene dos: la vagina, órgano femenino propiamente dicho, y el clítoris, órgano análogo al pene masculino. Creemos justificado admitir que durante muchos años la vagina es virtualmente inexistente y que quizás no suministre sensaciones algunas antes de la pubertad. No obstante, en el último tiempo se multiplican las opiniones de los observadores, inclinados a aceptar que también en esos años precoces existirían pulsiones vaginales. Como quiera que sea, lo esencial de la genitalidad femenina debe girar alrededor del clítoris en la infancia. La vida sexual de la mujer se divide siempre en dos fases, la primera de las cuales es de carácter masculino, mientras que sólo la segunda es específicamente femenina. Así, el desarrollo femenino comprende dicho proceso de transición de una fase a otra, que no halla analogía alguna con el hombre. Otra complicación se desprende del hecho de que la función del clítoris viril continúa durante la vida sexual ulterior de la mujer, en una forma muy variable, que por cierto todavía no comprendemos satisfactoriamente. No sabemos, naturalmente, cuáles son los fundamentos biológicos de estas características de la mujer y mucho menos aún podemos asignarles ningún propósito teleológico."

*"Sobre la sexualidad femenina". (1931)*

## **SEXUALIDAD CLITORIDIANA**

**En la fase fálica de la niña es el clítoris la zona erógena directiva. Hemos de reconocer que la mujercita es un hombrecito. El clítoris es un órgano homólogo al pene y como tal se comporta en la infancia, constituyendo su excitabilidad un marcado carácter masculino.**

"En la niña, la zona erógena directiva es el clítoris que tiene su localización homóloga a la de la zona directiva masculina en el glande."

*"Una teoría sexual", 3) Las metamorfosis de la pubertad. (1905)*



"La masturbación de las niñas se halla exclusivamente referida al clítoris y no a las otras partes de los genitales exteriores, importantes para las funciones sexuales posteriores."

*"Una teoría sexual", 3) Las metamorfosis de la pubertad. (1905)*

"Las descargas espontáneas de la excitación sexual, tan frecuentes en las niñas se manifiestan en contracciones del clítoris y las frecuentes erecciones del mismo hacen posible a la niña el juzgar acertadamente y sin indicación alguna exterior las manifestaciones sexuales del sexo contrario, transfiriendo al sexo masculino las sensaciones de sus propios procesos sexuales."

*"Una teoría sexual", 3) Las metamorfosis de la pubertad. (1905)*

"...La anatomía ha reconocido en el clítoris femenino el órgano homólogo al pene, y la fisiología de los procesos sexuales ha añadido que este pene incipiente y no susceptible de mayor desarrollo se conduce en la infancia de la mujer como un verdadero pene y constituye la sede de estímulos que incitan a la sujeto a maniobras de carácter onanista, prestando su excitabilidad un marcado carácter masculino a la actividad sexual de la niña y haciéndose necesario, en los años de la pubertad, un avance de la represión destinado a desvanecer esta sexualidad masculina y dar nacimiento a la mujer."

*"Teorías sexuales de los niños." (1908)*

"Con el desprendimiento de la madre cesa también a menudo la masturbación clitoridiana, y es muy frecuente que la niña pequeña, al reprimir su masculinidad previa, también perjudique definitivamente buena parte de su vida sexual en general. La transición al objeto paterno se lleva a cabo con ayuda de las tendencias pasivas, en la medida en que hayan escapado al aniquilamiento. El camino hacia el desarrollo de la feminidad se halla ahora abierto a la niña, salvo que haya sido impedido por los restos de la vinculación preedípica a la madre, que acaba de ser superada."

*"Sobre la sexualidad femenina". (1931)*

"Las fases más tempranas de la evolución de la libido parecen ser comunes a ambos sexos. Habría podido esperarse que la niña mostrara ya en la fase sádico-anal un retraimiento de la agresión, pero no es así. El análisis de los juegos infantiles ha mostrado a nuestros colegas analíticos que los impulsos agresivos de las niñas no dejan nada que desear en cuanto a riqueza y violencia. Con la entrada en la fase fálica, las diferencias entre los sexos quedan muy por debajo de sus coincidencias. Hemos de reconocer que la mujercita es un hombrecito. Esta fase se caracteriza en el niño, como es sabido, por el hecho de que el infantil sujeto sabe ya extraer de su pequeño pene sensaciones placientes y relacionar los estados de excitación de dicho órgano con sus representaciones del comercio

sexual. Lo mismo hace la niña con su clítoris, más pequeño aún. Parece que en ella todos los actos onanistas tienen por sede tal equivalente del pene, y que la vagina, propiamente femenina, es aún ignorada por los dos sexos."

*"Nuevas aportaciones al psicoanálisis", 6) La feminidad. (1932)*

"Podemos, pues mantener que en la fase fálica de la niña es el clítoris la zona erógena directiva."

*"Nuevas aportaciones al psicoanálisis", 6) La feminidad.(1932)*

## COMPLEJO DE CASTRACIÓN

**La niña ha visto el pene, sabe que no lo tiene y quiere tenerlo. Sucumbe a la envidia y mantiene durante mucho tiempo el deseo de poseer un pene, deseo que perdura en el inconciente y conserva una considerable carga de energía.**

"Si investigamos hasta una profundidad suficiente la neurosis de una mujer, tropezamos frecuentemente con el deseo reprimido de poseer, como el hombre, un pene. Un fracaso accidental de su vida, consecuencia muchas veces de esta misma disposición masculina, ha vuelto a activar este deseo infantil, integrado por nosotros como "envidia del pene" en el complejo de castración, y lo ha convertido, por medio de una regresión de la libido, en sustentáculo principal de los síntomas neuróticos."

*"Sobre las transmutaciones de los instintos y especialmente del erotismo anal". (1916 - 1917)*

"La anatomía es el destino, podríamos decir glosando una frase de Napoleón. El clítoris de la niña se comporta al principio exactamente como un pene, pero cuando la sujeto tiene ocasión de compararlo con el pene verdadero de un niño encuentra pequeño el suyo y siente este hecho como una desventaja y un motivo de inferioridad. Durante algún tiempo se consuela con la esperanza de que crecerá con ella, iniciándose en este punto el complejo de masculinidad de la mujer. La niña no considera su falta de pene como un carácter sexual, sino que la explica suponiendo que en un principio poseía un pene igual al que ha visto en el niño, pero que lo perdió luego por castración. No parece extender esta conclusión a las demás mujeres, a las mayores, sino que les atribuye, de completo acuerdo con la fase fálica, un genital masculino completo. Resulta, pues, la diferencia importante de que la niña acepta la castración como un hecho consumado, mientras que el niño teme la posibilidad de su cumplimiento."

*"El final del complejo de Edipo". (1924)*

"Distinta es la reacción de la pequeña niña. Al instante adopta su juicio y hace su decisión. Lo ha visto, sabe que no lo tiene y quiere tenerlo."

"A partir de este punto arranca el denominado complejo de masculinidad de la mujer, que puede llegar a dificultar considerablemente su desarrollo regular hacia la feminidad si no logra superarlo precozmente. La esperanza de que, a pesar de todo, obtendrá alguna vez un pene y será entonces igual al hombre, es susceptible de persistir hasta una edad insospechadamente madura y puede convertirse en motivo de la conducta más extraña e inexplicable de otro modo. O bien puede ponerse en juego cierto proceso que quisiera designar como repudiación (renegación), un proceso que no parece ser raro ni muy peligroso en la infancia, pero que en el adulto significaría el comienzo de una psicosis. Así, la niña rehúsa aceptar el hecho de su castración, empeñándose en la convicción de que sí posee un pene, de modo que, en su consecuencia, se ve obligada a conducirse como si fuese un hombre."

*"Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica". (1925)*

"Como véis, adscribimos también a la mujer un complejo de castración. Fundadamente, desde luego; pero tal complejo no puede entrañar el mismo contenido que el del niño. En este último, el complejo de castración se forma después que la visión de unos genitales femeninos le han revelado que el miembro que tanto estima él, no es, como suponía, inseparable de todo cuerpo humano. Recuerda entonces las amenazas que le valieron sus jugueteos con el miembro, empieza a darles crédito, y queda, desde aquel instante, bajo el influjo del "miedo a la castración", que pasa a ser el motor más importante de su desarrollo ulterior. También el complejo de castración de la niña es iniciado por la visión del genital del otro sexo. La niña advierte en seguida la diferencia y -preciso es confesarlo- también su significación. Se siente en grave situación de inferioridad, manifiesta con gran frecuencia, que también ella "quisiera tener una cosita así", y sucumbe a la "envidia del pene", que dejará huellas perdurables en su evolución y en la formación de su carácter, y que ni siquiera en los casos más favorables será dominada sin grave esfuerzo psíquico. El que la niña reconozca su carencia de pene no quiere decir que la acepte de buen grado. Por el contrario, mantiene mucho tiempo el deseo de "tener una cosita así", cree en la posibilidad de conseguirlo hasta una edad en la que ya resulta inverosímil tal creencia, y aún en tiempos en los que el conocimiento de la realidad le ha hecho ya abandonar semejante deseo, por irrealizable, el análisis puede demostrar que el mismo perdura en lo inconsciente y ha conservado una considerable carga de energía."

*"Nuevas aportaciones al psicoanálisis", 6) La feminidad. (1923)*

"El descubrimiento de su castración constituye un punto crucial en la evolución de la niña. Parten de él tres caminos de la evolución: uno conduce a la inhibición sexual o a la neurosis; otro, a la transformación del carácter en el sentido de un complejo de masculinidad, y el otro, al fin, a la feminidad normal. Sobre los tres hechos hemos averiguado muchas cosas, aunque no todas. El contenido esencial del primero es que la niña -que hasta entonces había vivido

masculinamente, sabía procurarse placer excitándose el clítoris y relacionaba tal actividad con sus deseos sexuales frecuentemente activos, orientados hacia su madre- deja que la influencia de la envidia del pene le eche a perder el goce de la sexualidad fálica. Ofendida en su amor propio por la comparación con el niño, mejor dotado, renuncia a la satisfacción masturbatoria por excitación del clítoris, rechaza su amor a la madre y reprime con ello, en muchos casos, buena parte de sus impulsos sexuales. El apartamiento de la madre no tiene efecto de una vez, pues la niña considera al principio su castración como un infortunio individual, y sólo paulatinamente la va extendiendo a otras criaturas femeninas y, por último, también a la madre. El objeto de su amor era la madre fálica; con el descubrimiento de que la madre está castrada se le hace posible abandonarla como objeto amoroso, y entonces los motivos de hostilidad, durante tanto tiempo acumulados, vencen en toda la línea. Así, pues, con el descubrimiento de la falta de pene, la mujer queda desvalorizada para la niña, lo mismo que para el niño y quizás para el hombre."

*"Nuevas aportaciones al psicoanálisis", 6) La feminidad. (1932)*

"En los casos en que la envidia del pene ha despertado un fuerte impulso contra el onanismo clitoridiano, y éste se resiste a desaparecer, se desarrolla una violenta lucha de liberación, en la que la niña toma a su cargo el papel de la madre, destronada ya, y manifiesta su disgusto por la inferioridad fálica de su clítoris con su resistencia contra la satisfacción asequible por medio de su excitación. Todavía muchos años después, cuando la satisfacción onanista ha sido vencida mucho tiempo ha, perdura como defensa contra una tentación aún temida."

*"Nuevas aportaciones al psicoanálisis", 6) La feminidad. (1932)*

## **HERIDA NARCISÍSTICA**

**La castración constituye una ofensa narcisística. La vanidad con que exhibe su cuerpo compensa a la mujer de su inferioridad sexual.**

"La primera flor de la vida sexual infantil se hallaba destinada a sucumbir a consecuencia de la incompatibilidad de sus deseos con la realidad y de la insuficiencia del grado de evolución infantil y, en efecto, sucumbió entre las más dolorosas sensaciones. La pérdida de amor y el fracaso dejaron tras sí una duradera influencia del sentido del 'yo', como una cicatriz narcisista que, a mi juicio, conforme con los estudios de Marcinkowski, constituye la mayor aportación al frecuente "sentimiento de inferioridad" de los neuróticos. La investigación sexual, limitada por el incompleto desarrollo físico del niño, no consiguió llegar a conclusión alguna satisfactoria. De aquí el lamento posterior: "No puedo conseguir nada, todo me sale mal". La tierna adhesión a uno de los progenitores, casi siempre al de sexo contrario, sucumbió al desengaño, a la inútil espera de satisfacción y a los celos provocados por el nacimiento de un hermanito, que

demonstró inequívocamente la infidelidad de la persona amada; el intento emprendido con trágica gravedad de crear por sí mismo un niño semejante, fracasó de un modo vergonzoso; la minoración de la ternura que antes rodeaba al niño, las más elevadas exigencias de la educación, las palabras severas y algún castigo, le descubrieron, por último, el "desprecio" de que era víctima. Existen aquí algunos tipos, que retornan regularmente, de cómo queda puesto fin al amor típico de esta época infantil."

"Todas estas dolorosas situaciones afectivas y todos estos sucesos indeseados son resucitados con gran habilidad y repetidos por los neuróticos en la transferencia."

*"Mas allá del principio del placer". (1920)*

"No puedo explicarme esta rebelión de la niña pequeña contra la masturbación fálica sino aceptando que algún factor concurrente interfiere en esta actividad tan placentera, malogrando sensiblemente su goce. No es necesario ir muy lejos para hallar dicho factor: trátase de la ofensa narcisística ligada a la envidia fálica, o sea de la advertencia que la niña se hace de que al respecto no puede competir con el varón, y que, por tanto, sería mejor renunciar a toda equiparación con éste. De tal manera, el reconocimiento de la diferencia sexual anatómica fuerza a la niña pequeña a apartarse de la masculinidad y de la masturbación masculina, dirigiéndola hacia nuevos caminos que desembocan en el desarrollo de la feminidad."

*"Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica". (1925)*

"...Adscribimos, pues, a la feminidad un elevado montante de narcisismo, el cual influye aún sobre su elección de objeto, de manera que, para la mujer, es más imperiosa la necesidad de ser amada que amar. En la vanidad que a la mujer inspira su físico participa aún la acción de la envidia del pene, pues la mujer estima tanto más sus atractivos cuanto que los considera como una compensación posterior de su inferioridad sexual original. Al pudor, en el que se ve una cualidad exclusivamente femenina, pero que es algo mucho más convencional de lo que se cree, le adscribimos la intención primaria de encubrir la defectuosidad de sus genitales."

*"Nuevas aportaciones al psicoanálisis", 6) La feminidad. (1932)*

## **CONSECUENCIAS DEL COMPLEJO DE CASTRACIÓN**

**El reconocimiento de la castración le abre a la mujer tres caminos evolutivos:**

- 1 - Renuncia a la sexualidad.**
- 2 - Autoafirmación en la masculinidad.**
- 3 - Desarrollo de la feminidad.**

"Las consecuencias psíquicas de la envidia fálica, en la medida en que ésta no llegue a ser absorbida por la formación reactiva del complejo de masculinidad, son muy diversas y trascendentes. Una vez que la mujer ha aceptado su herida narcisística, desarróllase en ella -en cierto modo como una cicatriz- un sentimiento de inferioridad. Después de haber superado su primer intento de explicar su falta de pene como un castigo personal comprendiendo que se trata de una característica sexual universal, comienza a compartir el desprecio del hombre por un sexo que es defectuoso en un punto tan decisivo, e insiste en su equiparación con el hombre, por lo menos en lo que se refiere a la defensa de tal opinión."

"Aún después que la envidia fálica ha abandonado su verdadero objeto, no por ello deja de existir: merced a un leve desplazamiento, persiste en el rasgo característico de los celos. Por cierto que los celos no son privativos de uno de los sexos ni se fundan sólo en esta única base; pero creo, sin embargo, que desempeñan en la vida psíquica de la mujer un papel mucho más considerable, precisamente por recibir un enorme reforzamiento desde la fuente de la envidia fálica desviada."

*"Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica". (1925)*

"Existe todavía otro efecto sorprendente de la envidia fálica -o del descubrimiento de la inferioridad del clítoris-, que es, sin duda, el más importante de todos. En el pasado tuve a menudo la impresión de que en general la mujer tolera la masturbación peor que el hombre, de que lucha más frecuentemente contra ella y de que es incapaz de aprovecharla en circunstancias en las cuales el hombre recurriría sin vacilar a este expediente. Es evidente que la experiencia nos enfrentaría con múltiples excepciones de esta regla si pretendiésemos sustentarla como tal, pues las reacciones de los individuos humanos de ambos sexos están integradas por rasgos masculinos tanto como femeninos. No obstante, subsiste la impresión de que la masturbación sería más ajena a la naturaleza de la mujer que a la del hombre; para resolver el problema así planteado cabría la reflexión de que la masturbación, por lo menos la del clítoris, es una actividad masculina, y que la eliminación de la sexualidad clitoridiana es un prerrequisito ineludible para el desarrollo de la feminidad. Los análisis extendidos hasta el remoto período fálico, me han demostrado ahora que en la niña, poco después de los primeros signos de la envidia fálica, aparece una intensa corriente afectiva contraria a la masturbación, que no puede ser atribuída exclusivamente a la influencia de las personas que intervienen en su educación. Este impulso es, a todas luces, un prolegómeno de esa ola de represión que en la pubertad habrá de eliminar gran parte de la sexualidad masculina de la niña, a fin de abrir espacio al desarrollo de su feminidad. Puede suceder que esta primera oposición a la actividad autoerótica no alcance su objetivo; así fue en los casos que yo analicé. El conflicto persistía entonces, y la niña, tanto en esa época como ulteriormente, siguió haciendo todo lo posible para liberarse de la compulsión a masturbarse. Muchas de las manifestaciones ulteriores que la vida sexual adopta en la mujer permanecen ininteligibles, a menos que se reconozca esta poderosa motivación."

"No puedo explicarme esta rebelión de la niña pequeña contra la masturbación fálica, sino aceptando que algún factor concurrente interfiere en esta actividad tan placentera, malogrando sensiblemente su goce. No es necesario ir muy lejos para hallar dicho factor: trátase de la ofensa narcisística ligada a la envidia fálica, o sea de la advertencia que la niña se hace de que al respecto no puede competir con el varón, y que, por tanto, sería mejor renunciar a toda equiparación con éste. De tal manera, el reconocimiento de la diferencia sexual anatómica fuerza a la niña pequeña a apartarse de la masculinidad y de la masturbación masculina, dirigiéndola hacia nuevos caminos que desembocan en el desarrollo de la feminidad."

*"Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica". (1925)*

"En el hombre también subsiste, como residuo de la influencia ejercida por el complejo de castración, cierta medida de menosprecio por la mujer, a la que se considera castrada. De éste surge en casos extremos una inhibición de la elección objetal, que ante un reforzamiento por factores orgánicos puede llevar a la homosexualidad exclusiva. Muy distintas, en cambio, son las repercusiones del complejo de castración de la mujer. Ésta reconoce el hecho de su castración, y con ello también la superioridad del hombre y su propia inferioridad; pero se rebela asimismo contra este desagradable estado de cosas."

"De tal actitud dispar parten tres caminos evolutivos. El primero conduce al apartamiento general de la sexualidad. La mujer en germen, asustada por la comparación de sí misma con el varón, se torna insatisfecha con su clítoris, renuncia a su activación fálica y con ello a su sexualidad en general, así como a buena parte de sus inclinaciones masculinas en otros sectores. Si adopta el segundo camino, se aferra en tenaz autoafirmación a la masculinidad amenazada; conserva hasta una edad insospechada la esperanza de que, a pesar de todo, llegará a tener alguna vez un pene, convirtiéndose ésta en la finalidad cardinal de su vida, al punto que la fantasía de ser realmente un hombre domina a menudo largos períodos de su existencia. También este "complejo de masculinidad" de la mujer puede desembocar en una elección de objeto manifiestamente homosexual. Sólo una tercera evolución, bastante compleja, conduce en definitiva a la actitud femenina normal, en la que toma al padre como objeto y alcanza así la forma femenina del complejo de Edipo."

*"Sobre la sexualidad femenina". (1931)*

"Indicamos antes, como otra de las reacciones posibles al descubrimiento de la castración femenina, el desarrollo de un fuerte complejo de masculinidad. Queremos decir con ello que la niña se niega a admitir la ingrata realidad; exagera con obstinada rebeldía, su masculinidad de hasta entonces, mantiene su actividad clitoridiana y busca un refugio en una identificación con la madre fálica, o con el padre. ¿Qué es lo que decide este desenlace? No puede ser sino un factor constitucional, una mayor magnitud de actividad, característica del macho. Lo principal del proceso es que en este lugar de la evolución es evitado el incremento de la pasividad que inicia el viraje hacia la feminidad. El rendimiento máximo de

este complejo de masculinidad nos parece ser su influjo en la elección de objeto en el sentido de una homosexualidad manifiesta. La experiencia analítica nos enseña que la homosexualidad femenina no continúa nunca -o sólo raras veces- en línea directa la masculinidad infantil. Así parece confirmarlo el hecho de que también tales niñas toman por algún tiempo al padre como objeto y entran en la situación de Edipo. Pero luego las decepciones inevitables que el padre les inflige las impulsan a una regresión a su anterior complejo de masculinidad. Sin embargo, no debemos exagerar la importancia de tales decepciones, pues también las niñas destinadas a una feminidad normal pasan por ellas sin que el resultado les sea fatal. La prepotencia del factor constitucional parece indiscutible; pero los dos factores de la evolución de la homosexualidad femenina se reflejan acabadamente en las prácticas de las homosexuales, que lo mismo juegan a ser madre e hija que marido y mujer."

*"Nuevas aportaciones al psicoanálisis", 6) La feminidad. (1932)*

"Tomando como punto de partida la prehistoria, señalamos que el desarrollo de la feminidad queda expuesto a perturbaciones por parte de los fenómenos residuales del período prehistórico de masculinidad. Las regresiones a las fijaciones de aquellas fases anteriores al complejo de Edipo son cosa frecuente; en algunos historiales hallamos una alteración repetida de períodos en los que predominan la masculinidad o la feminidad. Parte de aquello que los hombres llamamos "el enigma de la mujer" se deriva, quizás, de esa manifestación de la bisexualidad en la vida femenina."

*"Nuevas aportaciones al psicoanálisis", 6) La feminidad. (1932)*

"De la importancia de la envidia del pene no puede haber duda. Generalmente se considera como un ejemplo de injusticia masculina la afirmación de que la envidia y los celos desempeñan en la vida anímica de la mujer mayor papel que en la del hombre. Y no es que estas cualidades falten a los hombres o no tengan en las mujeres otra raíz que la envidia del pene, pero nos inclinamos a adscribir el excedente femenino a esta última influencia."

*"Nuevas aportaciones al psicoanálisis", 6) La feminidad. (1932)*

## **PRIMER OBJETO DE AMOR**

**El primer objeto amoroso de la niña es la madre. Ella es la encargada de satisfacer las necesidades vitales del sujeto infantil. Nos será imposible comprender a la mujer sin tener en cuenta esta vinculación con la madre anterior al complejo de Edipo.**



"Finalmente, en la fase fálica aparecen también poderosos deseos activos dirigidos hacia la madre. La actividad sexual de este período culmina en la masturbación clitoridiana; probablemente la niña acompañe ésta con fantasías de su madre; pero, a través de mi experiencia, no acierto a colegir si realmente imagina un fin sexual determinado ni cual podría ser este fin. Sólo una vez que todos sus intereses han experimentado un nuevo impulso por la llegada de un hermanito o de una hermanita menor podemos reconocer claramente tal fin. La niña pequeña, igual que el varoncito, quiere creer que es ella la que le ha hecho a la madre este nuevo niño y su reacción ante dicho suceso, tanto como su conducta frente al recién nacido, son iguales que en el varón."

*"Sobre la sexualidad femenina". (1931)*

El primer objeto amoroso del niño es la madre; sigue siéndolo en la formación del complejo de Edipo y, en el fondo, durante toda la vida. También para la niña tiene que ser la madre - y las figuras de la nodriza o la niñera, fundidas con la materna- el primer objeto. Las primeras cargas de objeto se desarrollan, en efecto, sobre la base de la satisfacción de las grandes y simples necesidades vitales, y los cuidados prodigados al sujeto infantil son los mismos para ambos sexos."

"En concreto: llegamos a la convicción de que no es posible comprender a la mujer si no se tiene en cuenta esta fase de la vinculación a la madre, anterior al complejo de Edipo."

"Nos preguntamos ahora cuáles son las relaciones libidinosas de la niña con la madre, y hallamos que son muy variadas. Como se extienden a través de las tres fases de la sexualidad infantil, toman también los caracteres de cada una de ellas y se manifiestan con deseos orales, sádico-anales y fálicos. Estos deseos representan impulsos tanto activos como pasivos, si los referimos a la diferenciación de los sexos que habrá de aparecer posteriormente -referencia que debemos, en lo posible, evitar- podemos calificarlos de masculinos y femeninos. Son, además, plenamente ambivalentes; esto es, tanto de naturaleza cariñosa como hostil y agresiva. Estos últimos deseos suelen hacerse aparentes después de transformarse en representaciones angustiosas. No siempre es fácil señalar la formulación de estos precoces deseos sexuales; el que más claramente se manifiesta es el de hacerle un niño a la madre -o tenerlo ella-, pertenecientes ambos a la fase fálica y harto singulares, pero indudablemente comprobados por la observación analítica."

*"Nuevas aportaciones al psicoanálisis", 6) La feminidad. (1932)*

## **REPROCHES A LA MADRE**

### **Reproches que hace la niña a la madre:**

- 1 - Que la privó tempranamente del pecho.**
- 2 - Que quiso más a otros niños.**
- 3 - Que despertó en ella excitaciones y**
- 4 - reprimió su descarga masturbatoria.**
- 5 - Que la dotó de un genital deficiente.**

### **DESTETE PREMATURO**

"Cuando la primitiva satisfacción sexual estaba aún ligada con la absorción de alimentos, el instinto sexual tenía en el pecho materno un objeto sexual exterior al cuerpo del niño. Este objeto sexual desaparece después, y quizá precisamente en la época en que fue posible para el niño construir la representación total de la persona a la cual pertenecía el órgano productor de la satisfacción. El instinto sexual se hace en ese momento autoerótico, hasta que, terminado el período de latencia, vuelve a formarse la relación primitiva. No sin fundamento ha llegado a ser la succión del niño del pecho de la madre modelo de toda relación erótica. El hallazgo de objeto no es más que un retorno al pasado."

"Durante todo el período de lactancia aprende el niño a amar a las personas que satisfacen sus necesidades y le auxilian en su carencia de adaptación a la vida. Y aprende a amarlas conforme al modelo y como una continuación de sus relaciones de lactancia con la madre o la nodriza. Quizás no se quiera aceptar el hecho de que el tierno sentimiento y la estimación del niño hacia las personas que le cuidan haya de identificarse con el amor sexual; pero, en mi opinión, una investigación psicológica cuidadosa fijará siempre y sin dejar lugar a dudas esta identidad. La relación del niño con dichas personas es para él una inagotable fuente de excitación sexual y de satisfacción de las zonas erógenas."

*"Una teoría sexual", 3) Las metamorfosis de la pubertad. (1905)*

"Un segundo reproche, que no arranca tan atrás en el tiempo, resulta un tanto sorprendente; es el de que la madre no le ha dado a la niña suficiente leche, el que no la amamantó bastante. En nuestras modernas condiciones culturales esto suele ser muy cierto; pero seguramente no lo es tan a menudo como se sostiene en el curso de los análisis. Parecería más bien que dicha acusación expresara la insatisfacción general de los niños que, bajo las condiciones culturales de la monogamia, son destetados al cabo de seis a nueve meses, mientras que la madre primitiva se dedicaba exclusivamente a su hijo durante dos o tres años. Sucede como si nuestros hijos hubiesen quedado para siempre insatisfechos, como si nunca hubiesen sido lactados suficientemente. No estoy seguro, sin embargo, de que analizando niños que han sido amamantados tan

prolongadamente como los de los pueblos primitivos, no nos encontraríamos también con idéntica queja: tan inmensa es la codicia de la libido infantil."

*"Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica". (1925)*

"Parece más bien que el ansia de la niña por su primer alimento es, en general inagotable, y que el dolor que le causa la pérdida del seno materno no se apacigua jamás. No me sorprendería que el análisis de un primitivo, amamantado hasta una época en la que ya sabía hablar y corretear, extrajera a la luz el mismo reproche. Con el destete se relaciona también probablemente el miedo a ser envenenado. El veneno es un alimento que hace enfermar, quizás el sujeto infantil refiere a la privación del seno materno sus primeras enfermedades".

*"Nuevas aportaciones al psicoanálisis", 6) La feminidad. (1932)*

## QUE QUISO MÁS A OTROS NIÑOS

"La explicación es como sigue: la muchacha se encontraba en la fase de reviviscencia del complejo de Edipo infantil en la pubertad cuando sufrió su primera gran decepción. El deseo de tener un hijo, y un hijo de sexo masculino, se hizo en ella claramente consciente; lo que no podría hallar acceso a su conciencia era que tal hijo había de ser de su propio padre e imagen viva del mismo. Pero entonces sucedió que no fue ella quien tuvo el niño, sino su madre, competidora odiada en lo inconciente. Indignada y amargada ante esta traición, la sujeto se apartó de su padre y en general del hombre. Después de este primer doloroso fracaso rechazó su feminidad y tendió a dar a su libido otro destino."

*"Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina". (1920)*

"En primero y principal término, cabe mencionar aquí los celos de otras personas, de los hermanos y hermanas, de los rivales, entre los que también se cuenta el padre. El amor del niño es desmesurado: exige exclusividad; no se conforma con participaciones. Pero posee también una segunda característica: carece en realidad de un verdadero fin; es incapaz de alcanzar plena satisfacción, y esa es la razón esencial de que esté condenado a terminar en la defraudación y a ceder la plaza a una actitud hostil."

*"Sobre la sexualidad femenina". (1931)*

"Otra acusación contra la madre surge al hacer su aparición en la "nursery" un nuevo bebé. Cuando las circunstancias lo hacen posible, la niña relaciona tal suceso con la privación del seno materno. La madre no quiso o no pudo seguir dándole el pecho porque necesitaba amamantar al nuevo infante. Cuando los dos partos son tan seguidos que la lactancia queda cortada por el segundo embarazo, este reproche adquiere un fundamento real, dándose el caso singular de que, aún cuando entre ambos retoños haya tan sólo una diferencia de once meses, el primero se da cuenta de lo sucedido, no obstante su temprana edad. Pero no es

sólo la privación del seno materno lo que dispone a la niña contra el nuevo intruso y rival suyo, sino todos los demás cuidados que la madre le prodiga. Se siente destronada, despojada, perjudicada en su derecho; desarrolla odio y celos contra el nuevo infante y rencor contra la madre infiel, todo lo cual se manifiesta frecuentemente en una desagradable transformación de su conducta. Se torna "mala", excitable, desobediente y abandona los progresos realizados en el dominio sobre sus excretas. Todo esto es conocido tiempo ha y aceptado como cosa natural; pero rara vez nos hacemos una idea exacta de la fuerza de tales impulsos hostiles, de la tenacidad de su adherencia y de la magnitud de su influjo sobre la evolución posterior. Sobre todo, cuando estos celos son alimentados de nuevo, una y otra vez durante los siguientes años infantiles, renovándose la conmoción con cada nuevo parto de la madre. El hecho de que el primogénito continúa siendo el favorito de la madre no cambia gran cosa la situación; la exigencia de cariño del sujeto infantil es esmesurada, demanda exclusividad y no tolera partijas."

*"Nuevas aportaciones al psicoanálisis", 6) La feminidad. (1932)*

## **QUE DESPERTÓ EN ELLA EXCITACIONES Y...**

"La madre, sobre todo, atiende al niño con sentimiento procedente de su propia vida sexual, y le acaricia, besa y mece tomándole claramente como sustitutivo de un completo objeto sexual."

"La madre se horrorizaría probablemente al conocer esta explicación y ver que con su ternura despierta el instinto sexual de su hijo y prepara su posterior intensidad. Considera sus actos como manifestaciones de "puro" amor asexual, puesto que evita con todo cuidado excitar los genitales del niño más de lo imprescindible necesario al proceder a la higiene de su cuerpo. Pero el instinto sexual no es sólo despertado por excitaciones de la zona genital. Lo que llamamos ternura exteriorizará notablemente un día el efecto ejercido sobre las zonas erógenas. Si la madre comprendiera mejor la alta significación del instinto para la total vida psíquica y para todas las funciones éticas y anímicas, no se haría luego ningún reproche aún cuando admitiera totalmente nuestra concepción. Enseñando a amar a su hijo no hace más que cumplir uno de sus deberes. El niño tiene que llegar a ser un hombre completo, con necesidades sexuales enérgicas, y llevar a cabo durante su vida todo aquello a lo que el instinto impulsa al hombre. Un exceso de ternura materna quizá sea perjudicial para el niño por acelerar su madurez sexual, acostumbrarle mal y hacerle incapaz, en posteriores épocas de su vida, de renunciar temporalmente al amor o contentarse con una pequeña parte de él. Los niños que demuestran ser insaciables en su demanda de ternura materna presentan con ello uno de los más claros síntomas de futura nerviosidad."

*"Una teoría sexual", 3) Las metamorfosis de la pubertad. (1905)*

"Al considerar los impulsos pasivos de la fase fálica, destácase el hecho de que la niña incrimina siempre a la madre como seductora, por haber percibido forzosamente sus primeras sensaciones genitales, o en todo caso las más

poderosas, mientras era sometida a la limpieza o a los cuidados corporales por la madre o por las niñeras que la representaban. Muchas madres me han contado que sus pequeñas hijas de dos o tres años gozaban de estas sensaciones e incitaban a la madre a exacerbarlas con toques o fricciones repetidos."

*"Sobre la sexualidad femenina". (1931)*

"La niña pequeña, por lo general, descubre espontáneamente su modo particular de actividad fálica -la masturbación con el clítoris-, que al principio transcurre, sin duda, libre de toda fantasía. La intervención de la higiene corporal en la provocación de esta actividad suele reflejarse en la fantasía, tan frecuente, de haber sido seducida por la madre, la nodriza o la niñera. Dejamos indecisa la cuestión de si la masturbación de la niña es, desde un comienzo, más rara y menos enérgica que la del varón; bien podría ser así. La seducción real es asimismo relativamente frecuente; parte de otros niños o de la madre, la nodriza o la niñera, que quieren calmar, adormecer o colocar al niño en dependencia de ellas mismas. La seducción, cuando interviene, perturba siempre el curso natural del desarrollo y deja a menudo consecuencias profundas y persistentes."

*"Sobre la sexualidad femenina". (1931)*

### **...REPRIMIÓ SU DESCARGA MASTURBATORIA**

"Como ya hemos visto, la prohibición de la masturbación actúa como incentivo para abandonarla, pero también como motivo para rebelarse contra la persona que la prohíbe, es decir, contra la madre o sus sustitutos, que ulteriormente se confunden siempre con ella. La terca y desafiante persistencia en la masturbación parece la vía hacia el desarrollo de la masculinidad. Aún cuando el niño no haya logrado dominarla, el efecto de la prohibición aparentemente ineficaz se traduce en los ulteriores esfuerzos para librarse a toda costa de una gratificación cuyo goce le ha sido malogrado. Cuando la niña alcanza la madurez, su elección de objeto puede ser influida todavía por este propósito firmemente sustentado. El resentimiento por habersele impedido la libre actividad sexual tiene considerable intervención en el desprendimiento de la madre. El mismo tema vuelve a activarse después de la pubertad, cuando la madre asume su deber de proteger la castidad de la hija. No olvidemos, naturalmente, que la madre se opone de idéntica manera a la masturbación del varón, suministrándole así también a éste un poderoso motivo de rebelión."

*"Sobre la sexualidad femenina". (1931)*

"Así, por ejemplo, el hecho de la castración será concebido más tarde como castigo por la actividad masturbatoria; pero su ejecución será atribuída al padre, o sea dos nociones que no pueden haber correspondido, por cierto, a ningún hecho original. También el niño varón teme siempre la castración por parte del padre, a

pesar de que en su caso, igual que en la niña, la amenaza procedió por lo general de la madre."

*"Sobre la sexualidad femenina". (1931)*

"Los deseos sexuales infantiles, distintos en cada fase de la libido, y que, en su mayor parte, no pueden ser satisfechos, constituyen una copiosa fuente de hostilidad contra la madre. La más intensa de estas privaciones aparece en la época fálica, cuando la madre prohíbe a su retoño -a veces con graves amenazas y manifestando intenso disgusto- el placentero jugueteo con sus órganos genitales, al cual ella misma hubo de inducirle antes, al descubrirle, en sus cuidados de higiene corporal, la cualidad erógena de dichos órganos."

*"Nuevas aportaciones al psicoanálisis", 6) La feminidad. (1932)*

## **QUE LA DOTÓ DE UN GENITAL DEFICIENTE**

"Una tercera consecuencia de la envidia fálica parece radicar en un relajamiento de los lazos cariñosos con el objeto materno. En su totalidad, la situación no es todavía muy clara; pero es posible convencerse de que, en última instancia, la falta de pene es casi siempre achacada a la madre de la niña, que la echó al mundo tan insuficientemente dotada. El desenvolvimiento histórico de este proceso suele consistir en que, poco después de haber descubierto el defecto de sus genitales, la niña desarrolla celos en contra de otro niño, con el pretexto de que la madre lo querría más que a ella, con lo cual halla un motivo para el desprendimiento de la vinculación afectuosa con la madre."

*"Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica". (1925)*

"Otro motivo, mucho más específico para el desprendimiento de la madre, resulta del efecto que el complejo de castración ejerce sobre la pequeña criatura carente de pene. En algún momento la niña descubre su inferioridad orgánica; naturalmente, esto ocurre más temprano y con mayor facilidad si tiene hermanos varones o compañeros de juego masculinos. Ya hemos visto cuáles son las tres vías que divergen de este punto: a) hacia la suspensión de toda vida sexual; b) hacia la obstinada y desafiante sobreestimación de la propia masculinidad; c) a los primeros arranques de la feminidad definitiva."

"Cuando la niña pequeña descubre su propia deficiencia ante la vista de un órgano genital masculino, no acepta este ingrato reconocimiento sin vacilaciones ni resistencias. Como ya hemos visto, se aferra tenazmente a la expectativa de adquirir alguna vez un órgano semejante, cuyo anhelo sobrevive aún durante mucho tiempo a la esperanza perdida. Invariablemente, la niña comienza por considerar la castración como un infortunio personal; sólo paulatinamente comprende que también afecta a ciertos otros niños y, por fin, a determinados adultos. Una vez admitida la universalidad de esta característica negativa de su

sexo, desvalorízase profundamente toda la feminidad y con ella también a la madre."

*"Sobre la sexualidad femenina". (1931)*

"La diferencia anatómica tenía que manifestarse en consecuencias psíquicas. En cambio, nos sorprendió descubrir, por medio del análisis, que la niña hace responsable a la madre de su carencia de pene y no le perdona tal desventaja."

*"Nuevas aportaciones al psicoanálisis", 6) La feminidad. (1932)*

## **DESPRENDIMIENTO DE LA MADRE**

**La relación con la madre, la primera y más intensa, choca con inevitables desengaños dado que las apetencias de la niña son insaciables. Cuando la pequeña descubre su falta de pene, hace responsable de esta carencia a la madre y su vínculo con ésta se transforma en odio. El conocimiento de que la madre también está castrada, la desvaloriza a los ojos de la niña, facilitando la transferencia de los lazos afectivos hacia el padre, conduciéndola a la feminidad.**

"El desprendimiento de la madre es un paso importantísimo en el desarrollo de la niña e implica mucho más que un mero cambio de objeto. Ya hemos descrito cómo se produce y cuáles son las múltiples motivaciones que se aducen para explicarlo; agregamos ahora que se observa, paralelamente con el mismo, una notable disminución de los impulsos sexuales activos y una acentuación de los pasivos."

*"Sobre la sexualidad femenina". (1931)*

"Aún si repasamos toda la serie de motivaciones que el análisis ha revelado para el desprendimiento de la madre -que descuidó proveer a la niña con el único

órgano genital adecuado, que no la nutrió suficientemente, que la obligó a compartir con otros el amor materno, que nunca llegó a cumplir todas las demandas amorosas; finalmente, que primero estimuló la propia actividad sexual de la hija, para prohibirla luego-, aún entonces nos parecen insuficientes para justificar la hostilidad resultante. Algunos de estos reproches son consecuencias irremediabiles de la índole misma de la sexualidad infantil; otros parecen racionalizaciones adoptadas "a posteriori" para explicar el incomprensible cambio de los sentimientos. Lo cierto posiblemente sea que la vinculación a la madre debe por fuerza perecer, precisamente por ser la primera y la más intensa, a semejanza de lo que tan a menudo se comprueba en los primeros matrimonios de mujeres jóvenes, contraídos en medio del más apasionado enamoramiento. Tanto en éste como en aquel caso, la relación amorosa probablemente fracase al chocar con los inevitables desengaños y con la multiplicación de las ocasiones aptas para la agresión. Los segundos matrimonios resultan por lo general mucho mejores."

"No podemos aventurarnos a sostener que la ambivalencia de las catexias emocionales sea una ley psicológica universalmente válida, es decir, que sea en principio imposible sentir gran amor por una persona sin que se le agregue un odio quizá igualmente grande, o viceversa. Es evidente que el adulto normal logra mantener separadas estas dos actitudes y que no se siente compelido a odiar a su objeto amado y a amar a su enemigo. Esto parece ser, empero, el resultado de un desarrollo ulterior. En las primeras fases de la vida amorosa la ambivalencia es evidentemente la regla. En muchos seres este rasgo arcaico persiste durante la vida entera y en el neurótico obsesivo lo característico es que el amor y el odio mantengan su equilibrio mutuo en todas sus relaciones objetales. También en los primitivos cabe aceptar el predominio de la ambivalencia. Podemos concluir, por consiguiente, que la intensa vinculación de la niña pequeña con su madre debe estar dominada por una poderosa ambivalencia y que, reforzada por los demás factores mencionados, es precisamente ella la que determina que la niña se aparte de la madre. En otros términos, una vez más nos encontramos con una consecuencia de una de las características universales de la sexualidad infantil."

"¿Cómo es posible que el varón logre mantener intacta su vinculación con la madre, sin duda no menos poderosa que la de la niña? La respuesta no es menos rápida: porque puede resolver su ambivalencia contra la madre, transfiriendo toda su hostilidad al padre."

*"Sobre la sexualidad femenina". (1931)*

"Advertimos así que la fase de exclusiva vinculación materna, que cabe calificar de preedípica, es mucho más importante en la mujer de lo que podría ser en el hombre. Múltiples manifestaciones de la vida sexual femenina que hasta ahora resultaba difícil comprender pueden ser plenamente explicadas por su reducción a dicha fase. Así, por ejemplo, hace tiempo hemos advertido que muchas mujeres eligen a su marido de acuerdo con el modelo del padre o lo colocan en el lugar de éste; pero en el matrimonio repiten con ese marido su mala relación con la madre. El marido debía heredar la relación con el padre, y en realidad asumió la vinculación con la madre. Esto se comprende fácilmente como un caso obvio de regresión. La relación materna fue la más primitiva; sobre ella se



estructuró la relación con el padre, y ahora en el matrimonio lo primitivo vuelve a emerger de la represión. En efecto, la transferencia de los lazos afectivos del objeto materno hacia el paterno constituyó el contenido esencial del desarrollo que condujo a la feminidad."

"Muchísimas mujeres despiertan la impresión de que todo el período de su madurez se halla inmerso en los conflictos con el marido, tal como su juventud estuvo dedicada a los conflictos con la madre. En tales casos, cuanto acabamos de exponer nos induce ahora a concluir que dicha actitud hostil hacia la madre no es una consecuencia de la rivalidad implícita en el complejo de Edipo, sino que se originó en la fase anterior y simplemente halló un reforzamiento y una oportunidad de aplicarse en la situación edípica, como lo confirma también la investigación analítica directa."

*"Sobre la sexualidad femenina". (1931)*

"Invariablemente, la niña comienza por considerar la castración como un infortunio personal; sólo paulatinamente comprende que también afecta a ciertos otros niños y, por fin, a determinados adultos. Una vez admitida la universalidad de esta característica negativa de su sexo, desvalorízase profundamente toda la feminidad y con ella también a la madre."

*"Sobre la sexualidad femenina". (1931)*

"El apartamiento de la madre se desarrolla bajo el signo de la hostilidad, la vinculación a la madre se resuelve en odio. El cual puede hacerse muy evidente y perdurar a través de toda la vida, o puede ser luego cuidadosamente supercompensado, siendo lo más corriente que una parte de él sea dominada, perdurando otra. Estas variantes dependen en gran medida de lo que sucede en años posteriores. Pero aquí nos limitaremos a estudiarlo en el período de viraje hacia el padre, investigando sus motivaciones."

*"Nuevas aportaciones al psicoanálisis", 6) La feminidad. (1932)*

"Juzgaríamos entonces que tal apartamiento era una secuela inevitable de la naturaleza de la sexualidad infantil, de la inmoderación de las exigencias de cariño y de la imposibilidad de satisfacer los deseos sexuales. Pensaríamos, incluso, que esta primera relación amorosa de la niña está destinada al fracaso, precisamente por ser la primera, pues estas precoces cargas de objeto son siempre ambivalentes en muy alto grado; junto al amor intenso existe siempre una intensa tendencia a la agresión, y cuando más apasionadamente ama el niño a su objeto, más sensible se hace a las decepciones y privaciones que el mismo le inflige. Al cabo el amor sucumbe forzosamente a la agresión acumulada. O también podemos rechazar tal ambivalencia original de las cargas eróticas e indicar que lo que conduce, con igual fatalidad inevitable, a la perturbación del amor infantil es la naturaleza especial de las relaciones entre madres e hijos, pues toda educación, por benigna que sea, tiene que ejercer coerción e imponer limitaciones, y todo ataque de este orden a su libertad tiene que despertar en el sujeto infantil, como

reacción, la tendencia a la agresión y a la rebeldía. La discusión de estas posibilidades podrá resultar muy interesante, pero una objeción que de repente surge a nuestro paso orienta nuestra atención en un sentido distinto. Todos estos factores -la preterición, las decepciones amorosas, los celos y la seducción seguida de prohibición- se dan también en las relaciones del niño con la madre y no son, sin embargo, suficientes para apartarse de ella. Si no encontramos algo que sea específico de la niña, algo que no aparezca en el niño o aparezca en él distintamente, no habremos aclarado el desenlace de la vinculación de la niña a la madre."

"Por mi parte creo que hemos hallado tal factor específico, y precisamente en el lugar en que esperábamos hallarlo, si bien en forma sorprendente. En el lugar esperado, digo, porque tal lugar es el complejo de la castración. La diferencia anatómica tenía que manifestarse en consecuencias psíquicas. En cambio, nos sorprendió descubrir, por medio del análisis, que la niña hace responsable a la madre de su carencia de pene y no le perdona tal desventaja."

*"Nuevas aportaciones al psicoanálisis", 6) La feminidad. (1932)*

"El apartamiento de la madre no tiene efecto de una vez, pues la niña considera al principio su castración como un infortunio individual, y sólo paulatinamente la va extendiendo a otras criaturas femeninas y, por último, también a la madre. El objeto de su amor era la madre fálica; con el descubrimiento de que la madre está castrada se le hace posible abandonarla como objeto amoroso, y entonces los motivos de hostilidad, durante tanto tiempo acumulados, vencen en toda la línea. Así, pues, con el descubrimiento de la falta de pene, la mujer queda desvalorizada para la niña, lo mismo que para el niño y quizás para el hombre."

*"Nuevas aportaciones al psicoanálisis", 6) La feminidad. (1932)*

## **COMPLEJO DE EDIPO FEMENINO**

**Renuncia a su deseo del pene, poniendo en su lugar el deseo de un niño, y con este propósito toma al padre como objeto amoroso. La madre se convierte en objeto de sus celos. La niña se ha convertido en una pequeña mujer. La fuerte dependencia paterna en la mujer asume simplemente la herencia de una vinculación no menos poderosa a la madre.**

"En otras mujeres no llegamos a descubrir huella alguna de este deseo del pene, apareciendo, en cambio, el de tener un hijo, deseo este último cuyo incumplimiento puede luego desencadenar la neurosis. Es como si estas mujeres hubieran comprendido -cosa imposible en la realidad- que la naturaleza ha dado a la mujer hijos como compensación de todo lo demás que hubo de negarle. Por último, en una tercera clase de mujeres averiguamos que abrigaron sucesivamente ambos deseos. Primero quisieron poseer un pene como el hombre, y en una época ulterior, pero todavía infantil, se sustituyó en ellas a ese deseo el

de tener un hijo. No podemos rechazar la impresión de que tales diferencias dependen de factores accidentales de la vida infantil -la falta de hermanos o su existencia, el nacimiento de un hermanito en época determinada, etc.-, de manera que el deseo de poseer un pene sería idéntico en el fondo, al de tener un hijo."

*"Sobre las transmutaciones de los instintos y especialmente del erotismo anal". (1916-1917)*

"El complejo de Edipo de la niña es mucho más unívoco que el del niño y, según mi experiencia, va muy pocas veces más allá de la sustitución de la madre y la actitud femenina con respecto al padre. La renuncia al pene no es soportada sin la tentativa de una compensación. La niña pasa -podríamos decir que siguiendo una comparación simbólica- de la idea del pene a la idea del niño. Su complejo de Edipo culmina en el deseo, retenido durante mucho tiempo, de recibir del padre, como regalo, un niño, tener de él un hijo. Experimentamos la impresión de que el complejo de Edipo es abandonado luego lentamente porque este deseo no llega jamás a cumplirse. Son dos deseos, el de poseer un pene y el de tener un hijo, perduran en lo inconsciente intensamente cargados y ayudan a preparar a la criatura femenina para su ulterior papel sexual.

*"El final del complejo de Edipo". (1924)*

"Hasta ahora no hemos mencionado en absoluto el complejo de Edipo, que no ha tenido tampoco intervención alguna hasta este punto. Ahora, empero, la libido de la niña se desliza hacia una nueva posición, siguiendo el camino preestablecido -no es posible expresarlo en otra forma- por la ecuación pene=niño, y con este propósito toma al padre como objeto amoroso. La madre se convierte en objeto de sus celos: la niña se ha convertido en una pequeña mujer... Si tal vinculación con el padre llega a fracasar más tarde y si debe ser abandonada, puede ceder la plaza a una identificación con el mismo, retornando así la niña a su complejo de masculinidad, para quedar fijada en él."

*"Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica". (1925)*

"Así, en la mujer dicho complejo representa el resultado final de un prolongado proceso evolutivo; la castración no lo destruye, sino que lo crea; el complejo escapa a las poderosas influencias hostiles que tienden a destruirlo en el hombre; al punto que con harta frecuencia la mujer nunca llega a superarlo. Por eso también los resultados culturales de su desintegración son más insignificantes y menos decisivos en la mujer que en el hombre. Posiblemente no estemos errados al declarar que esta diferencia de interrelación entre los complejos de Edipo y la castración es la que plasma el carácter de la mujer como ente social."

*"Sobre la sexualidad femenina". (1931)*

"He comenzado por anteponer los dos hechos que despertaron mi atención como algo nuevo: primero, que la fuerte dependencia paterna en la mujer asume simplemente la herencia de una vinculación no menos poderosa a la madre, y

segundo, que esta fase previa persiste durante un tiempo mucho más largo del que habíamos presumido."

*"Sobre la sexualidad femenina". (1931)*

"Con el abandono de la masturbación clitoridiana, la sujeto renuncia a un montante de actividad. La pasividad se hace dominante, y el viraje hacia el padre queda cumplido con ayuda, sobre todo, de impulsos instintivos pasivos. Habréis de reconocer que tal avance de la evolución, que acaba con la actividad fálica allana el camino de la feminidad. Si las pérdidas que en ello origina la represión no son demasiado considerables, tal feminidad puede resultar normal. El deseo con el que la niña se orienta hacia el padre es quizá, originariamente, el de conseguir de él el pene que la madre le ha negado. Pero la situación femenina se constituye luego, cuando el deseo de tener un pene es relevado por el de tener un niño, sustituyéndose así el niño al pene, conforme a la antigua equivalencia simbólica. No olvidemos que ya anteriormente, en la época fálica imperturbada, la niña deseó también tener un niño; tal era el sentido de sus juegos con las muñecas. Pero este juego no era, en realidad, la manifestación de su feminidad; favorecía la identificación con la madre con la intención de sustituir la pasividad por actividad. La niña jugaba a ser la madre, y la muñeca era ella misma; de este modo podía hacer con la muñeca lo que la madre solía hacer con ella. Sólo al despertar el deseo de tener un pene es cuando la muñeca se convierte en un hijo habido del padre y pasa a ser, en adelante, el fin optativo femenino más intenso. La felicidad es grande cuando el deseo infantil de tener un hijo encuentra más tarde su satisfacción real, sobre todo cuando el hijo es un niño que trae consigo el anhelado pene. En el deseo de tener un hijo del padre, el acento recae, con frecuencia totalmente sobre el primero de sus elementos, quedando sin relieve alguno el segundo. El viejo deseo masculino de la posesión de un pene se transparenta así todavía a través de la más acabada feminidad. Pero quizá debiéramos reconocer tal deseo del pene como exclusivamente femenino."

"Con la transferencia del deseo niño=pene al padre, entra la niña en la situación del complejo de Edipo. La hostilidad contra la madre, preexistente ya, se intensifica ahora, pues la madre pasa a ser la rival que recibe del padre todo lo que la niña anhela de él. El complejo de Edipo de la niña nos ha ocultado mucho tiempo su vinculación anterior a la madre, tan importante, sin embargo, y que tan perdurables fijaciones deja tras de sí."

*"Nuevas aportaciones al psicoanálisis", 6) La feminidad. (1923)*

"Pero en la situación de Edipo, el objeto amoroso de la niña es ya el padre y esperamos que, dado el curso normal de la evolución, acabará por hallar el camino que conduce desde el objeto paterno a la elección definitiva de objeto. Así, pues, en el curso del tiempo, la muchacha debe cambiar de zona erógena y de objeto, mientras que el niño conserva los suyos. Surge entonces la interrogación de cómo se desarrollan tales cambios y particularmente la de cómo pasa la niña de la vinculación a la madre a la vinculación al padre, o, dicho de otro modo, cómo

pasa de su fase masculina a la fase femenina que biológicamente le está determinada."

"La solución sería idealmente sencilla si pudiéramos suponer que, a partir de cierta edad, se imponía la influencia elemental de la atracción recíproca de los sexos e impulsaba a la mujercita hacia el hombre, mientras que la misma ley permitía al niño permanecer vinculado a la madre. Podríamos, incluso, añadir que los niños seguían con ello las indicaciones que les procuraban las preferencias sexuales de los padres. Pero las cosas no son tan fáciles; ni siquiera sabemos si podemos creer seriamente en aquel poder enigmático, resistente al análisis, que tanto apasiona a los poetas. Laboriosas investigaciones, en las que lo único fácil ha sido la disposición del material necesario, nos han suministrado datos enteramente distintos. Habéis de saber que son muchas las mujeres que permanecen eróticamente vinculadas al objeto paterno, e incluso al padre real hasta épocas muy tardías. Tales mujeres, de vinculación paterna intensa y prolongada, nos han procurado descubrimientos sorprendentes. Sabíamos, desde luego, que había habido en ellas un estado previo de vinculación a la madre; pero no que el mismo podía ser tan abundante en contenido ni tan prolongado ni que pudiera dejar tras de sí tantas ocasiones de fijaciones y disposiciones. Durante esta época, el padre no es más que un rival inoportuno; en algunos casos, la vinculación a la madre va más allá de los cuatro años. Casi todo lo que luego hallamos en la relación con el padre estaba ya contenido en ella y ha sido luego transferido al padre."

*"Nuevas aportaciones al psicoanálisis", 6) La feminidad. (1923)*

## **REPRESIÓN DE LA PUBERTAD**

**Sucumbe la sexualidad masculina. El clítoris cuando es excitado transmite esta excitación a los órganos femeninos vecinos y así cambia la zona directriz de la actividad sexual. En el curso del desarrollo, la muchacha debe cambiar de zona erógena y de objeto, mientras que el niño conserva los suyos.**

"Si se quiere comprender la evolución que convierte a la niña en mujer tiene que seguirse el camino recorrido por esta excitabilidad del clítoris. La pubertad, que produce en el niño aquel grave avance de la libido de que ya tratamos se caracteriza en la niña por una nueva ola de represión que recae precisamente sobre la sexualidad clitoridiana. Lo que sucumbe a la represión es un trozo de vida sexual masculina. La fortificación de los obstáculos sexuales creados por esta represión de la pubertad en la mujer constituye después un estímulo más para la libido del hombre y obliga a la misma a elevar sus rendimientos. Con el grado de la libido se eleva entonces también la supervaloración sexual, que recae con toda su fuerza en la mujer que se niega al hombre y rechaza su propia sexualidad. El clítoris conserva entonces el papel de cuando es excitado en el por fin consentido acto sexual, transmitir esta excitación a los órganos femeninos vecinos, así como una astilla de pino es utilizada para transmitir el fuego a la demás leña, más difícil

de prender. Con frecuencia es necesario determinado tiempo para que llegue a verificarse por completo esta transferencia, y durante esta época, la joven permanece totalmente anestésica. Esta anestesia puede ser duradera cuando la zona clitoridiana se niega a transmitir su excitabilidad, cosa que sucede cuando durante los años infantiles ha sido excesiva su actividad erógena. Conocido es que la anestesia en la mujer es, con frecuencia, sólo aparente y local. Son anestésicas en la entrada de la vagina, pero en ningún modo inexcitables en el clítoris y hasta en otras zonas. A estas causas erógenas de la anestesia se juntan después las psíquicas, igualmente determinadas por la represión."

"Cuando la transferencia de la excitabilidad erógena desde el clítoris a la entrada de la vagina queda establecida ha cambiado la mujer la zona directiva de su posterior actividad sexual, mientras que el hombre conserva la suya sin cambio alguno desde la niñez. En este cambio de las zonas erógenas directivas, así como en el avance represivo de la pubertad, que echa a un lado la virilidad infantil, yacen las condiciones principales para la facilidad de adquisición de la neurosis por la mujer, especialmente de la histeria. Estas condiciones están ligadas, por tanto, íntimamente con la esencia de la feminidad."

*"Una teoría sexual", 3) Las metamorfosis de la pubertad. (1905)*

"...Con el viraje hacia la feminidad, el clítoris debe ceder, total o parcialmente, su sensibilidad y con ella su significación a la vagina, y ésta sería una de las dos tareas propuestas a la evolución de la mujer, mientras que el hombre, más afortunado, no tiene que hacer más que continuar en el período de la madurez sexual lo que en el de la temprana floración sexual había ya previamente ejercitado."

*Nuevas aportaciones al psicoanálisis", 6) La feminidad. (1932)*

## **EL COMPLEJO DE EDIPO EN LA NIÑA Y EN EL NIÑO**

**La amenaza de castración hace que el niño abandone el complejo de Edipo. El deseo hacia la madre y la rivalidad con el padre, sucumben al temor de perder el pene. En la niña, al contrario, la castración y la envidia del pene, la introducen al complejo de Edipo, apartándola de la madre y lanzándola a los brazos del padre.**

"Cuando el sujeto infantil de sexo masculino ha concentrado su interés sobre sus genitales lo revela con manejos manuales y no tarda en advertir que los mayores no están conformes con aquella conducta. Más o menos precisa, más o menos brutal, surge la amenaza de privarle de aquella parte tan estimada de su cuerpo. Esta amenaza de castración parte casi siempre de alguna de las mujeres que rodean habitualmente al niño, las cuales intentan muchas veces robustecer su autoridad asegurando que el castigo será llevado a cabo por el médico o por el padre. En algunos casos llevan a cabo por sí mismas una atenuación simbólica de

su amenaza anunciando no ya la mutilación del órgano genital, pasivo en realidad, sino la de la mano, activamente pecadora."

"Habremos de afirmar ahora que la organización genital fálica del niño sucumbe a esta amenaza de castración, aunque no inmediatamente, y sin que a ella se agreguen otras influencias, pues el niño no presta al principio a la amenaza fe ni obediencia alguna. El psicoanálisis ha concedido recientemente un gran valor a dos clases de experiencias que no son ahorradas a ningún niño(...) la pérdida, temporal primero y luego definitiva del pecho materno y la expulsión diariamente necesaria del contenido intestinal. Pero no se advierte que estas experiencias entren en juego con motivo de la amenaza de castración. Sólo después de haber hecho otra nueva comienza el niño a contar con la posibilidad de una castración."

"Esta observación, que rompe por fin la incredulidad del niño, es su descubrimiento de los genitales femeninos. Siempre se le presenta alguna ocasión de contemplar la región genital de una niña y convencerse de la falta de aquel órgano, del que tan orgulloso está, en un ser semejante a él. De este modo se hace ya posible representarse la pérdida de su propio pene, y la amenaza de la castración comienza entonces a surtir sus efectos."

"El complejo de Edipo ofrecía al niño dos posibilidades de satisfacción, una activa y otra pasiva. Podía situarse en actitud masculina en el lugar del padre y tratar como él a su madre, actitud que hacía ver pronto en el padre un estorbo, o querer sustituir a la madre y dejarse amar por el padre, resultando entonces superflua la madre. El niño no tiene sino una idea muy vaga de aquello en lo que puede consistir la satisfacción amorosa, pero sus sensaciones orgánicas le imponen la convicción de que el pene desempeña en ella algún papel. No ha tenido ocasión tampoco para dudar de que la mujer posea también un pene. La aceptación de la posibilidad de la castración y el descubrimiento de que la mujer aparece castrada, puso, pues, un fin a las dos posibilidades de satisfacción relacionadas con el complejo de Edipo. Ambas traían consigo la pérdida del pene; la una, masculina, como castigo; la otra, femenina, como premisa. Si la satisfacción amorosa basada en el complejo de Edipo ha de costar la pérdida del pene, surgirá un conflicto entre el interés narcisista por esta parte del cuerpo y la carga ibidínica de los objetos parentales. En este conflicto vence normalmente el primer poder y el Yo del niño se aparta del complejo de Edipo."

"Ya he indicado en otro lugar de que forma se desarrolla este proceso. Las cargas de objeto quedan abandonadas y sustituidas por identificaciones. La autoridad del padre o de los padres introyectada en el Yo constituye en él el nódulo del Super-Yo, que toma del padre su vigor, perpetúa su prohibición del incesto y garantiza así al Yo contra el retorno de las cargas de objeto libidinosas."

"La observación analítica permite reconocer o adivinar estas relaciones entre la organización fálica, el complejo de Edipo, la amenaza de castración, la formación del Super-Yo y el período de latencia. Ellas justifican la afirmación de que el complejo de Edipo sucumbe a la amenaza de castración."

"El proceso descrito se refiere, como hemos dicho expresamente, al sujeto infantil masculino. ¿Qué trayectoria seguirá el desarrollo correspondiente a la niña?"

*"El final del complejo de Edipo". (1924)*

"En la niña el complejo de Edipo es una formación secundaria: la preceden y la preparan las repercusiones del complejo de castración. En lo que se refiere a la relación entre los complejos de Edipo y de castración, surge un contraste fundamental entre ambos sexos. Mientras el complejo de Edipo del varón se aniquila en el complejo de castración, el de la niña es posibilitado e iniciado por el complejo de castración. Esta contradicción se explica considerando que el complejo de castración actúa siempre en el sentido dictado por su propio contenido: inhibe y restringe la masculinidad, estimula la feminidad. La divergencia que en esta fase existe entre el desarrollo sexual masculino y el femenino es una comprensible consecuencia de la diferencia anatómica entre los genitales y de la situación en ella implícita; equivale a la diferencia entre una castración realizada y una mera amenaza de castración."

"El complejo de Edipo, sin embargo, es algo tan importante que no puede dejar de tener repercusión la forma en que en él se entra y se logra abandonarlo. Como lo expuse en el último trabajo mencionado -del cual arrancan todas estas consideraciones-, el complejo no es simplemente reprimido en el varón, sino que se desintegra literalmente bajo el impacto de la amenaza de castración. Sus catexias libidinales son abandonadas, desexualizadas y, en parte, sublimadas; sus objetos son incorporados al Yo, donde constituyen el núcleo del "Super-Yo", impartiendo sus cualidades características a esta nueva estructura. En el caso normal -más bien dicho en el caso ideal- ya no subsiste entonces complejo de Edipo alguno, ni aún en el inconciente: el "Super-Yo" se ha convertido en su heredero. Dado que el pene -siguiendo aquí a Ferenczi- debe su catexia narcisista extraordinariamente elevada a su importancia orgánica para la conservación de la especie, cabe interpretar la catástrofe del complejo de Edipo -el abandono del incesto, la institución de la conciencia y de la moral- como una victoria de la generación, de la raza sobre el individuo. En la niña falta todo motivo para el aniquilamiento del complejo de Edipo. La castración ya ha ejercido antes su efecto, que consistió precisamente en precipitar a la niña en la situación del complejo de Edipo. Así, éste escapa al destino que le es deparado al varón; puede ser abandonado lentamente, o liquidado por medio de la represión, o sus efectos pueden persistir muy lejos en la vida psíquica normal de la mujer. Aunque vacilo en expresarlo, se me impone la noción de que el nivel de lo ético normal es distinto en la mujer que en el hombre. El "Super-Yo" nunca llega a ser en ella tan inexorable, tan impersonal, tan independiente de sus orígenes afectivos como exigimos que lo sea en el hombre."

*"Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica". (1925)*

"El complejo de Edipo en el niño, en el cual desea a su madre y quisiera apartar al padre, viendo en él a un rival, se desarrolla naturalmente a partir de la fase de su sexualidad fálica. Pero la amenaza de castración le fuerza a abandonar tal actitud. Bajo la impresión del peligro de perder el pene, el complejo de Edipo es abandonado, reprimido y, en el caso más normal, fundamentalmente destruido, siendo instaurado, como heredero del mismo, un riguroso Super-Yo. En la niña sucede casi lo contrario. El complejo de castración prepara el complejo de Edipo en lugar de destruirlo; la influencia de la envidia del pene aparta a la niña de la



vinculación a la madre y la hace entrar en la situación del complejo de Edipo como en un puerto de salvación. Con la desaparición del miedo a la castración se desvanece el motivo principal que había impulsado al niño a superar el complejo de Edipo. La niña permanece en él indefinidamente, y sólo más tarde e incompletamente lo supera. En estas circunstancias, la formación del Super-Yo tiene forzosamente que padecer; no puede alcanzar la robustez y la independencia que le confieren su valor cultural. Las feministas nos oyen con disgusto cuando les señalamos los resultados de este factor para el carácter femenino medio."

*"Nuevas aportaciones al psicoanálisis", 6) La feminidad. (1923)*

*Las citas corresponden a las Obras Completas de Sigmund Freud, editadas por Biblioteca Nueva, Madrid, en el año 1948.*

## Capítulo 2

### HAS RECORRIDO UN LARGO CAMINO...

#### De la filogenia a la ontogenia

En el desarrollo filogenético de la sexualidad, partiendo del ser unicelular hasta llegar al humano, se produce un lento pasaje de la reproducción asexual a la sexual, de la fecundación externa a la interna.

En la transformación que culminó con el establecimiento de la fecundación interna, tuvo la hembra que renunciar al placer orgástico que le procuraba la expulsión del óvulo. Mientras el macho pudo continuar con su modalidad orgástica, en la hembra el orgasmo tuvo que adaptarse a nuevas adquisiciones filogenéticas, lo que demandó un proceso secundario de acomodación.

La vagina no tiene igual en la escala zoológica; en los primeros animales terrestres la cópula se realiza en la cloaca de la hembra o en el seno uro-genital.

La vagina es un desarrollo filogenético tardío y debe cumplir con diversas y complejas funciones:

a - adaptarse a la actividad receptiva del pene y a la forma del mismo.

b - conservar la actividad expulsiva como vía de excreción (en el parto, en el aborto, en la menstruación).

c - dilatarse en el parto y recuperar su tamaño normal después que pase un fruto desmesuradamente grande.

d - desarrollar una nueva excitabilidad predominantemente eceptiva, estimulante de la relación sexual. Para ello debe tener turgencia, tensión muscular elástico-tónica y elevada sensibilidad.

Otra adquisición de la mujer la constituye su capacidad permanente a la cópula. En tanto la posibilidad de aproximación sexual en la hembra animal depende del celo y es inaccesible fuera de éste, la disposición del macho es invariable. Este cambio constituye otra adaptación al hombre.

A partir de una síntesis apretada del desarrollo filogenético diferencial, inferimos que la mujer en su génesis sexual recorre un camino mucho más complicado que el hombre.

Al tiempo que la modalidad del orgasmo expulsivo en el macho continúa un proceso de sucesión uniforme a través de millones de años, la mujer tiene que adaptarse a adquisiciones filogenéticas que la tornan más vulnerable. Esta constatación explicaría una mayor labilidad sexual en las mujeres y la frecuencia de perturbaciones en ese área.

En el desarrollo ontogenético, la mujer también tiene desventaja con respecto al hombre. Mientras que éste cuenta con una sola zona sexual dominante, la mujer tiene dos: la vagina, órgano femenino propiamente dicho y el clítoris, órgano análogo al pene.

Esta diferencia anatómica determinará que la vida sexual de la mujer esté dividida en dos fases, la primera de carácter masculino y la segunda específicamente femenina. Pero aún cuando la niña se transforme en mujer y la vagina asuma la directriz de su sexualidad, el clítoris permanecerá como órgano excitable durante toda la vida.

La ofensa narcisística que deriva del descubrimiento de la falta de pene y la represión de la masculinidad, producto de la separación de la madre, induce la interrupción masturbatoria clitoridiana y si bien disminuye o elimina una actividad muy placentera, abre a la niña un nuevo camino que le conducirá a la feminidad.

En la feminidad conquistada, el clítoris tendrá la función de transmitir la excitación sexual a los órganos vecinos.

La mujer tiene que realizar este pasaje de una fase sexual a otra -del clítoris a la vagina-; el hombre no tiene más que continuar, en el período de su madurez sexual, con lo que ya venía ejercitando.

Pero no es ésta la única complicación que le tiene reservado el desarrollo ontogenético a la mujer; quien debe cambiar en su madurez sexual de objeto de amor, de la madre al padre, de la mujer al hombre. Este viraje no lo tiene que padecer el varón que sigue ligado a su primer amor.

El descubrimiento de la falta de pene constituye una herida narcisística. La niña culpa a su madre de haberle negado aquel órgano envidiado. A esto se agrega la desilusión de la niña al saber que su madre tampoco tiene pene. El

objeto de amor era la madre fálica y el descubrimiento de que está castrada, le hace posible abandonarla.

Si la madre busca en el padre la solución de su falta, si es el padre quien tiene lo que la madre desea, es lógico que la hija busque en el padre lo que la madre no le puede dar.

La transición de la madre al padre se lleva a efecto con la acentuación de los impulsos pasivos y la disminución de las tendencias activas.

El deseo que impulsa a la niña hacia el padre es el de conseguir de él el pene que la madre le ha negado; pero la situación femenina se constituye luego, cuando el deseo de tener un pene se transforma en el de tener un niño.

La transferencia de los lazos afectivos de la madre hacia el padre es el contenido esencial que conduce a la feminidad.

Lo anteriormente expuesto pone en evidencia que la mujer recorre un camino mucho más complejo que el hombre en su desarrollo. Desde el punto de vista filogenético, es la hembra la que realiza la adaptación a nuevas condiciones, como ser la fecundación interna o la tarea de readaptación secundaria en el orgasmo a la conducta inalterada del macho.

En la ontogenia tiene que cambiar de órgano sexual (del clítoris a la vagina) y de objeto de amor (de la madre al padre) tareas ambas que les son ahorradas al hombre.

La sexualidad masculina es más fija y se apega de una manera rígida al desarrollo logrado. El sexo femenino es más plástico, demostrando mayor capacidad de adaptación ante nuevos hechos. Esta maleabilidad sería indicador de una potencia creadora más juvenil y siempre disponible.

Werner W. Kemper ha señalado: "Freud afirma que debido a una mayor diversidad en su desarrollo psicosexual, el Super-Yo de la mujer, en comparación con el del hombre, "no puede alcanzar la fuerza y la independencia que le dan su significado cultural". Aunque aceptemos como cierta esta aseveración, no podemos dejar de preguntarnos si es que nuestros hallazgos no lo sugieren: si no es precisamente esta menor rigidez de principios lo que le posibilita a la mujer su asombrosa capacidad de adaptación, la cual junto a una gran aptitud creadora, son decisivas en situaciones de emergencia no solamente para la sobrevivencia del individuo sino también para la persistencia del apareamiento".

Quizás derivado de su desarrollo complicado, la naturaleza quiso resarcir a la mujer brindándole algunas compensaciones. La virtualidad de la maternidad es una de ellas; la otra recompensa es que si la mujer logra sortear los obstáculos que le impiden el gozo de la sexualidad, ésta tiene reservadas para ella una variedad de zonas erógenas destacadas y de gran riqueza sensual.

## Capítulo 3

# MEDUSA

## El horror a la castración

En la orilla más lejana del Océano, en los confines de la oscuridad eterna, habitaban las Gorgonas. Eran éstas tres hermanas, seres terribles con cabellos y cinturones de serpientes, cuyas miradas convertían en piedra a quien las mirara.

Perseo encontró a las Gorgonas dormidas y, con la cara desviada para evitar la terrible visión y quedar petrificado, cortó a una de ellas, Medusa, la cabeza. Para ello contó con la complicidad y ayuda de Atenea, la cual le mostró reflejada en su escudo la cabeza de Medusa mientras guiaba su mano para el golpe.

Perseo convirtió a sus enemigos en piedra valiéndose de la cabeza horripilante de Medusa y luego la regaló a Atenea (la diosa eternamente virgen, la hija virginal de Zeus, el dios del Olimpo) quien la colocó en el centro de su escudo.

La cabeza de Medusa era terror del Hades (mundo de los muertos, mundo inferior, infierno).

Para defender Tegea en ausencia de Hércules, éste entregó a la hija del rey la cabeza para que, en caso de que el enemigo se aproximara, la levantara tres veces sobre la muralla, ya que su sólo aspecto les pondría en fuga. Como resultado de la creencia en su poder para paralizar y aterrorizar al enemigo, los griegos esculpieron imágenes de ella en sus formas más terribles en escudos y pectorales. En la muralla sur de la Acrópolis de Atenas había una de gran tamaño.

Según Freud, la cabeza de Medusa simboliza la castración, pues decapitar es castrar, de allí el horror que despierta, tal como el del varón que mira los genitales femeninos rodeados de pelos. La abundante cabellera en forma de serpientes contribuye a mitigar el horror, pues éstas sustituyen al pene, cuya ausencia es su causa. La abundancia de serpientes equivale a una formación reactiva contra la evidencia de la falta de pene.

Leyendo un poco más detenidamente el mito, encontramos datos muy interesantes para analizar: en primer lugar las Gorgonas habitan en los confines de la oscuridad eterna, en el mundo inferior; ésto a mi entender estaría simbolizando lo inconciente. Las Gorgonas son tres, lo cual nos habla de la estructura edípica; son seres terribles, horripilantes, lo que nos señala su carácter incestuoso, y Perseo las descubre dormidas, o sea en el soñar.

El deseo incestuoso es castigado con la castración que horroriza a quienes la contemplan y sirve así como ejemplo de castigo para esa clase de crímenes (la ley del talión).

Los encargados del castigo (los padres, el Super-Yó) son Perseo y Atenea. De Atenea dice Freud que es la diosa virgen que luce en sus vestiduras la cabeza de Medusa, hecho que la convierte en mujer inabordable, ya que ostenta los genitales terroríficos de la madre. Freud prosigue su análisis afirmando que en el mito está presente el aspecto horroroso del genital femenino e ignorado el placentero.

Continuando mi análisis, está claro que Atenea simboliza a la madre, cuyo contacto incestuoso debe evitarse para evitar la castración.

En la raíz de la leyenda de Medusa se hallaba encerrada la idea según la cual ésta había sido una doncella hermosa cuya frondosa cabellera fue convertida en serpientes por Atenea, como venganza por la profanación de su santuario. Los sinónimos de profanar son: violar, deshonorar, y quiere decir tratar una cosa sagrada sin el debido respeto o aplicarla a usos profanos y también desdorar, prostituir, hacer uso indigno de cosas respetables.

Veamos ahora quien era Perseo. Perseo era hijo de Zeus y Danae, nieto de Acrisio. Un oráculo había predicho que Danae, la hija de Acrisio, daría a luz un hijo que mataría a su abuelo. Esto ya nos pone en la pista de un crimen incestuoso, en el cual el abuelo es un desplazamiento de la figura paterna.

Acrisio, ni lerdo ni perezoso, condenó a Perseo y a su madre a ser arrojados al mar encerrados en un cofre de madera. No podemos dejar de pensar, como lo hace Acrisio, que Danae y su hijo Perseo cometerían incesto y le matarían. Pero he aquí que un pescador los recogió en la isla de Serifo y cuidó de ellos. El pescador era hermano de Polidectes, el rey de la isla, quien se enamoró de la bella Danae. Encontrando sus avances entorpecidos por la presencia de Perseo, el rey engañó al joven, ya convertido en un hombre, prometiéndole hacer cualquier cosa por él, aún conseguirle la cabeza de Medusa.

Vemos que la historia se repite: Perseo, que era un obstáculo para las relaciones entre sus padres, ahora interfiere en las relaciones de su madre con Polidectes, por lo cual éste quiere sacarlo del medio.

Animado y ayudado por Hermes y Atenea, realizó la hazaña de decapitar a Medusa. Llegó a Etiopía donde rescató a Andrómeda de un monstruo marino y en premio la recibió por esposa. Volviendo a Serifo vengó a su madre que había tenido que sufrir las impertinencias de Polidectes, convirtiendo al rey y a sus amigos en piedra valiéndose de la cabeza de Medusa.

Con Danae y Andrómeda regresa a su tierra, pero antes, en Tesalia, mata sin querer con un disco a Acrisio, durante los juegos fúnebres en honor del rey de ese país. Perseo reinó en Tirene y levantó las ciudades de Midea y Micenas. Se considera que de su hijo mayor Persé descienden los Persas.

La historia de Perseo nos hace pensar que sus actos incestuosos son proyectados en Medusa y castigados en ésta, quien sirve así de chivo expiatorio.

La visión de la cabeza de Medusa provoca tal horror que convierte en piedra a quienes la contemplan. Freud interpreta que petrificarse ante la confirmación de la castración, quedar rígido, significa la erección que reasegura la posesión del pene.

La otra cara de la Medusa la constituye Priapo, Dios de la fecundidad de la tierra y de los rebaños, de los jardines y las vides. Sus estatuas solían colocarse en los jardines sobre un pilar. Estaban generalmente talladas en madera, pintadas de color bermellón, con una hoz, un palo y un pene enorme, representación de la potencia creadora de la naturaleza, representación de la sexualidad, de la vida.

Bajo el nombre de Priapeia se conoce una colección de unos ochenta elegantes, aunque indecentes, poemas latinos en distintos metros, dedicados a la exaltación de Priapo. Por su estilo, pueden atribuirse a la época de Augusto. He aquí uno de ellos:

## **Ecco la formula rituale del Priapo**

io ti irroro mío Priapo!  
Che il succo fermentato, nato dalla vite,  
ti faccia risorgere perennemente, o Priapo!  
Non obliare che da te  
dipende:  
il ciclo delle nascite,  
la gioia della vita,  
la spinta all arte.  
Da te l'energia sale  
come la linfa nel prezioso vitigno.  
Ecco!...  
,,bagno la mia bocca e  
aspergo te, fallo, esaltante e brioso!

Versi di Ausonio

Conozcamos a sus padres, Dionisios y Afrodita. Dionisios era el dios de la fertilidad pletórica, especialmente de los viñedos, y por lo tanto, dios del vino. Su representación tiene el carácter de alegría y de triunfo.

Los ritos que tenían como fin expresar el exceso de dolor y de alegría por la muerte y resurrección del dios, eran tales orgías que llegaban al salvajismo.

La más antigua representación de Dionisios consiste en imágenes de madera con el falo, símbolo del poder generador.

En Italia el dios indígena Liber, junto con la diosa Libera, correspondían al dios del vino griego. En la Ceres italiana la correspondencia con Dionisios era Baco.

Las festividades campesinas se celebraban con desenfrenada alegría durante la vendimia. La fiesta urbana en Roma se denominaba Liberalia.

Existía un culto secreto que de Roma pasó a toda Italia: las Bachanatta. Las bacanales eran celebradas por hombres y mujeres e iban acompañadas de tales excesos que en el año 186 A.C. fueron reprimidas por un decreto del senado.

Afrodita (en latín Venus) era su madre, la diosa griega del amor. Como diosa del amor pone de relieve su poder e influencia con los dioses y los hombres, a los que sabe enardecer con el encanto de su sonrisa y su voluptuosa coquetería. Eclipsa a todas las diosas en gracia y atractivos; en su cinturón lleva prendidos todos los mágicos encantos que pueden hechizar al hombre más prudente y cautivar a los mismos dioses. En su séquito está Eros (Cupido).

Uniendo las generaciones por los lazos del amor, llega a ser la diosa del matrimonio y la vida de familia.

La diosa del amor sufrió un ataque disociativo y quedó dividida en dos: Afrodita, diosa de la prostitución y Afrodita Urania, diosa del amor elevado y puro (especialmente el conyugal) como opuesto al lujurioso desenfreno sexual.

Pero Afrodita hizo carrera como la diosa del simple amor sexual, progresando rápidamente en determinados pueblos que imitaban los servicios religiosos

oficiados en Oriente a las diosas del amor. En Corinto, numerosos grupos de muchachas estaban consagradas como esclavas al servicio de los dioses y a la práctica de la prostitución.

Su representación fue variando a través del tiempo, de acuerdo al aspecto que se quisiera encarnar. En las obras antiguas se la mostraba vestida, en las posteriores, desnuda; progresivamente fue acentuando su carácter de diosa del amor sexual. Uno de sus hijos es Eros y la estatua de la diosa más conocida en la actualidad es la Venus de Milo.

Con semejantes padres, Dionisios dios de la fertilidad y Afrodita diosa del amor, ambos dioses inspiradores de la alegría de vivir y del goce del amor, Priapo se convierte en el reverso de la Medusa, del horror de la castración y la muerte. No habita en las oscuridades eternas sino en los jardines donde la vida florece y se reproduce.

Habíamos visto que el terror a la castración que inspiraba la cabeza de Medusa provocaba rigideces defensivas en quienes la miraban. Existe una patología de estas rigideces llamada priapismo, que consiste en una erección que se prolonga involuntariamente y que puede mantenerse mucho tiempo, causando dolor a quien la padece. A esta erección del pene, de la que fuí informado en dos oportunidades, no he tenido ocasión de analizarla y de por sí parece infrecuente.

Pero, aunque cause extrañeza, he podido observar tres casos de priapismo en mujeres. Cuando me refiero a priapismo estoy aludiendo a una erección dolorosa e involuntaria, o, si el término involuntario no es apropiado puesto que la erección no es sólo una cuestión de voluntad, una erección no buscada y no deseada (concientemente).

A una de estas pacientes la conocí en el Hospital Psiquiátrico siendo yo docente de la cátedra de Psiquiatría de la Facultad de Medicina de Rosario; a siguiente, siendo asistente del servicio de Psiquiatría del Hospital de Clínicas de Barcelona, y la tercera estaba internada en un clínica a la que yo concurría.

Por supuesto que no estoy afirmando que estas mujeres tuvieran pene ni que yo lo alucinara. Me estoy refiriendo a que el valor narcisista del propio cuerpo, según la ecuación cuerpo igual a falo, hace que la mujer, que no tiene pene, sea más propensa a efectuar esta ecuación. La mujer está más inclinada a proyectar y transformar alucinatoriamente su cuerpo en un falo.

Si el cuerpo adquiere las características del falo, puede por tanto tener erección, pues el cuerpo es eréctil, o sea, tiene la facultad o propiedad de levantarse, enderezarse o ponerse rígido.

La erectibilidad corporal padecida (deseada) por estas pacientes constituye un síntoma que, como todo síntoma, incluye la manifestación del deseo inconciente (la posesión del falo) junto con la prohibición del mismo.

De la transacción entre el deseo y la prohibición, nace un síntoma que se caracteriza por una contractura muscular del trapecio, los dorso-lumbares e izquiocibiales. Esta contractura, de la que también participan los músculos intervertebrales provoca la proyección del mentón hacia arriba y la extensión del esternón y el resto del cuerpo hacia adelante sin modificar el punto de apoyo.

Dicho de otra manera, el cuerpo reproduce la forma de una banana o de un falo en erección. Este priapismo femenino tiene que ver, obviamente, con una representación corporal que aleja o exorciza el fantasma de la castración.

De estos casos que implican una fuerte dosis de sufrimiento, pasamos a aquel en que la manifestación del deseo es poco censurada. Es frecuente observarlo en esas mujeres que se deslizan con el mentón ligeramente proyectado hacia adelante y que nos miran "desde arriba" o "desde arriba y de costado": ellas, jactanciosas poseedoras del falo.

Estos casos de priapismo femenino serían síntomas sustitutivos de la carencia. Pero existen otras reacciones femeninas ante la evidencia de la castración, cuya manifestación extrema la eneros en el horror y el espanto ante la vista de los genitales masculinos. Horror y espanto porque es evidencia, porque es prueba irrefutable de la castración, de la falta de pene en la mujer. Así como Medusa aterroriza al hombre señalándole la posibilidad de la castración, Priapo espanta a las mujeres testimoniando la castración acontecida.

El miedo a la castración hace que los homosexuales masculinos huyan de las mujeres y se arrojen en brazos de hombres para rodearse de un mundo donde todos tienen pene, un mundo sin faltas. Este mismo temor lanza a las mujeres en brazos de otras mujeres para no soportar la evidencia de su castración.

Hace algunos años, tuve en Barcelona una joven y agradable paciente que había hecho esfuerzos por mantener relaciones sexuales con jóvenes, quienes le resultaban muy agradables como compañeros y despertaban su atracción. Cuando estaban en una habitación a solas y el muchacho se desnudaba, la visión de sus genitales le causaba tal ansiedad que huía. Realizó todas las pruebas posibles, hasta utilizar la oscuridad como aliada, pero cuando sentía que el pene tocaba su vagina reaparecía la ansiedad y su prisa por abandonar la habitación. Dado que sus aventuras sexuales tenían como acompañantes a personas con las cuales guardaba mutuo afecto, era bien tratada y tolerada. Llegó al extremo de hacer un intento embriagada, pero con los mismo resultados.

Tiempo después de estos ensayos se enamoró de una joven con la que estabilizó sus relaciones afectivas y sexuales. Fué por ese entonces que decidió analizarse para tener sus cosas en claro.

Me referiré a otro caso, donde los genitales masculinos causan horror y/o rechazo. Todos conocemos la actividad de los exhibicionistas, que en su necesidad de reasegurarse acerca de la posesión de un pene, lo exponen a la mirada de las mujeres. ¿Qué es lo que persiguen con esto?: la sorpresa, el susto, el rechazo, el terror de una acción que es sentida como agresión. Podemos seguir preguntando: ¿Por qué la vista de los genitales masculinos es sentida por las mujeres (pues son éstas y sólo éstas las víctimas de los exhibicionistas) como un ataque?. La respuesta es que el genital masculino remite a la castración femenina. Conocemos además que tienen preferencia por niñas o púberes en las cuales la castración no ha sido elaborada.

Medusa y Priapo. Medusa es la castración y la muerte, las tinieblas, el horror, el dolor. Priapo la fecundidad, la sexualidad, la alegría y exaltación de la vida.

La Medusa es una cara de la moneda, Priapo es la otra. La moneda es la vida humana que se desenvuelve en la lucha entre la vida y la muerte.

## Capítulo 4



# AFRODITA

## El amor en plenitud

Urano es la personificación del cielo como elemento fecundo. Una versión dice que es hijo de Gea (la tierra), mientras que otra presenta a Urano y Gea como ambos hijos de la noche (o sea, hermanos). Cualquiera de estas dos leyendas nos indican la consumación de un incesto. La más conocida es aquella en la que Urano interviene como esposo de Gea (el cielo, en efecto, "cubre la tierra" entera, es el único a la medida de ésta), quien le dió numerosos hijos, entre ellos los Titanes. Urano odiaba tanto a sus hijos que no les permitía ver la luz compeliéndolos a vivir hundidos en las profundidades de su madre, la tierra. Gea, descontenta de esta situación y deseosa de sustraerse a los abrazos brutales de su esposo, resolvió liberar a sus hijos para que la vengasen de Urano. Ninguno accedió al pedido materno excepto el más joven Crono, impulsado por el odio que sentía hacia su padre.

Gea le entregó una hoz de acero muy afilada al parricida y éste preparó una emboscada. Cuando al llegar la noche Urano se acercó a Gea y la envolvió por todas partes, Crono cortó de un solo golpe los testículos de su padre y los arrojó detrás de él, al mar.

Castrado su padre y ya dueño del universo, Crono se casó con su hermana Rea y, como sus padres, depositarios de la sabiduría y del conocimiento del porvenir, le habían predicho que sería destronado por uno de sus hijos, iba devorando a éstos a medida que nacían.

Crono reinaba en el mundo de manera tan tiránica como lo había hecho Urano. Por la ley del Talión, Zeus, hijo de Crono, lucha contra éste y surge victorioso luego de una guerra que duró diez años.

Es interesante la leyenda: Urano no permite a Gea que de "a luz" a sus hijos, puesto que la procreatividad es la aceptación de la castración, del paso del tiempo y de la muerte; mientras los hijos están encerrados en el vientre de la madre no hay recambio generacional, la virtualidad generativa y la temporalidad aparecen congeladas.

Cuando Gea pare a sus hijos, da a luz, los saca de las profundidades de su vientre, comienza el fluir de la vida, la castración, la temporalidad y la muerte simbolizada en Crono (¿el tiempo?) que devora a sus criaturas. Crono, como antes Urano, quiere evitar que sus hijos ocupen su lugar y así como aquél no permitía que emergieran del interior de la madre, éste, con el mismo propósito, los devora al nacer.

Pero he aquí que la castración parricida de Urano por Crono pasó a constituirse en el acto germinal de la deidad más atractiva del Olimpo. Así fue; los testículos de Urano cortados por un golpe de hoz por el hijo rebelde para sellar

eternamente la derrota del padre y tirano, cayeron al mar y del contacto del esperma con la espuma (afros) de las olas nació Afrodita, la criatura más hermosa que jamás el hombre y los dioses conocieron. Así, emerge entre las olas del Mediterráneo, tan desnuda y tan bella como de costumbre se la pinta.

Afrodita era la "nacida de la espuma" ya que esa es la traducción literal de su nombre y en consecuencia el mar era la cuna de la diosa. Su santuario principal estaba situado en Pafos (Chipre); allí las sacerdotisas se bañaban ritualmente en el mar rememorando su nacimiento. Se contaba que en sus grandiosos palacios, como el que se dice que tuvo en Cnosos, las más bellas conchas marinas cubrían los suelos, mientras que los peces y los mariscos eran su manjar simbólico; de ahí que hoy día se tengan por "afrodisíacos" a estos alimentos, portadores de un pretendido poder vigorizante y erótico.

Afrodita, la más bella entre las diosas, y por ende, eternamente joven, se casó con el nada agraciado Hefesto, hijo de Zeus, contrahecho pero bondadoso y trabajador, con el cual tuvo tres hijos. El herrero Hefesto era muy feliz de haber sido elegido por la personificación del amor y la belleza, poseedora de una prenda mágica: el ceñidor, que la hacía irresistible a todos los hombres, mortales e inmortales.

Pero Afrodita amaba a Ares, y una mañana, Helios la descubrió durmiendo con su amante. Corrió a dar la noticia al burlado pero noble Hefesto; éste construyó una trampa para probar la infidelidad de la adúltera, tejiendo una red metálica sobre el lecho matrimonial, de modo tal que se disparase y atrapara a los que en él se hallasen.

Como luego de él hicieron otros maridos que querían sorprender a sus esposas con sus eventuales amantes, Hefesto le dijo a Afrodita que partía de viaje a la isla de Lemnos.

Ni lerda ni perezosa, deseosa de aprovechar la ocasión, Afrodita se reunió rápidamente con Ares; la red cayó sobre ellos y quedaron atrapados hasta el regreso de Hefesto. Éste reunió a los dioses varones para que le sirvieran de testigos y jueces de la culpabilidad de su esposa, puesto que pretendía recuperar lo que había pagado por ella.

Pero los dioses sucumbieron al encanto de Afrodita: Apolo deseó públicamente a la desnuda presa; Hermes no se limitó a observarla, pues confesó que le gustaría gozar con ella aún a costa de compartir su encierro. Poseidón pretendió arreglar el asunto, creyendo que Ares satisfaría el pago reclamado por Hefesto, aunque manifestó que si no lo hacía, él se comprometía a casarse con la adúltera.

Finalmente la red se levantó, Afrodita partió para nuevas aventuras y parece ser que nadie pagó a Hefesto. De este episodio salieron beneficiados los dioses. Afrodita había escuchado encantada el comentario de Hermes y al poco tiempo consiguió satisfacer los deseos del dios y recrearse con él; de esta unión nació Hermafrodita, divinidad dotada de doble sexo. La diosa fue a repetir su demostración de agradecimiento con otro dios, Poseidón, con quien tuvo dos hijos.

Un día, la diosa de la eterna juventud tropezó con el alegre Dionisios, dios de la vida vegetal y, muy especialmente, del vino y los placeres. Con éste yació y gozó lo suficiente como para que se enterasen otros dioses, pues era pródiga en exclamaciones, gritos y gemidos de placer. Entre los dioses que la escucharon se

encontraba Hera, a quien no le gustaban esos alardes de pasión y gozo desenfrenados fuera del matrimonio.

Para que no quedase duda de su disgusto, Hera utilizó sus poderes para influir malignamente en el desarrollo de la criatura que estaba gestando Afrodita. Así nació Priapo, quien sería dios de los frutos del campo y del ganado, divinidad de los jardines y, más que nada, de la virilidad. El niño nació bastante feo y dotado de un aparato genital de tremendas dimensiones, para que constase claramente que era hijo del desenfreno. A los griegos y a sus herederos culturales, el castigo les pareció una buena cosa y griegas y romanas utilizaban la característica tan particular del niño como alegre amuleto y como idolillo de buen augurio.

Llegó a oídos de Afrodita, que una reina afirmaba que su hija Esmirna era una doncella más bonita y atractiva que la vieja Afrodita. Ésta montó en cólera y decidió vengarse: hizo que Esmirna ardiera en deseo de su padre, el rey, y que le emborrachara para hacer el amor. Esmirna quedó embarazada de su padre, quien al darse cuenta, luego de pasados los efectos del alcohol, que era su hija la acompañante de la noche, arremetió contra ella, espada en mano. Afrodita, atenta a lo que sucedía, transformó a Esmirna en árbol, impidiendo al rey acabar con la vida de la criatura engendrada por él en su hija.

El hijo de Esmirna nació de la corteza del árbol y le llamaron Adonis. Afrodita no sabía que hacer con la criatura, así que la ocultó de la vista de todos, metiéndola en un arcón que entregó a la reina del imperio de las sombras, Perséfone. Una vez que Afrodita se retiró, la curiosidad llevó a Perséfone a abrir el arcón y fué a encontrarse con un niño tan bello que se decidió a cuidarlo como madre. Cuando el niño creció ya era para ella su muy satisfactorio compañero de amor.

Cuando Afrodita se enteró, acudió dispuesta a armar un gran escándalo, pero Perséfone, sin inmutarse, le dijo que no estaba dispuesta a abandonar al joven.

La fuerza del deseo de Afrodita, ante la belleza de Adonis, hizo que no cesara en su intento y acudió a ver a Zeus; éste no quiso saber nada de líos entre mujeres celosas y derivó su solución a Calíope, musa de la elocuencia y de la épica. Ella pensó que las dos rivales enamoradas tenían derecho al disfrute de Adonis, por lo que dispuso que cada una de ellas pasara un tercio del año con el dios y el tercio restante éste estaría en libertad de hacer lo que quisiera.

Con ayuda de su belleza y de la magia de su ceñidor, Afrodita logró que Adonis olvidara sus otros compromisos, por lo cual Perséfone, furiosa, marchó en busca de Ares, quien estaba celoso de los amoríos de Afrodita.

Ares, transformado en jabalí llegó al monte Líbano, donde Adonis se divertía cazando, y arremetiendo contra él, lo destrozó.

Muerto Adonis, Afrodita, bañada en llanto, fue nuevamente a implorar a Zeus para que su amado, que ahora estaba en el reino infernal y eterno de Perséfone, pudiera gozar de una libertad anual. Que fuera medio año para las tinieblas y otro medio año para el sol del verano. Zeus, conmovido por estos ruegos, concedió el deseo a Afrodita y así es que para siempre, al llegar el calor del verano Adonis sale de su encierro y se reúne con su amada.

Adonis y Afrodita representaban para los griegos la decadencia y el despertar de la vida anual. Cuando Adonis se marchaba al mundo de las tinieblas, la pasión del amor desaparecía; hombres y animales parecían olvidar la reproducción y toda

la vida estaba amenazada. Cuando llegaba la primavera y Adonis volvía a unirse con Afrodita, la naturaleza revivía. Era la lucha eterna entre Perséfone, perteneciente al mundo subterráneo, de los muertos, del infierno y Afrodita, la bella diosa del deseo y el amor fecundo. Era la eterna lucha entre Eros y Tánatos, poéticamente representada en la mitología antigua.

Vemos nuevamente ahora, con Afrodita, que la castración, la incompletud, impulsa a la generatividad. Así, con la castración de Urano, su esperma, en contacto con el elemento femenino, la mar, engendran a esa hermosa criatura que es Afrodita.

Ella es la diosa del amor; la aceptación de su feminidad la empuja a buscar en el hombre aquello de lo que ella carece. Es una diosa libre y desprejuiciada, se entrega a quien ama y a quien desea; es una mujer ardiente que atrae al hombre apetecido a su lecho, en lugar de mantenerlo a distancia colmado de excitación sexual.

Afrodita constituye el símbolo de la mujer en sus diversas facetas: su aceptación de la castración, de su carencia, le permite tolerar la diferencia de los sexos y asumir la genitalidad. Esta genitalidad la impulsa a la búsqueda del amor en pareja y así entre sus amantes se encuentran Hefesto, Ares, Hermes, Poseidón, Dionisios y finalmente su gran pasión, el bello Adonis.

La diosa no se limita al gozo de la sexualidad; también es generatriz, puesto que de la unión con sus amantes, tiene frutos. Los más famosos de ellos son Eros, Fobo, Harmonía y Priapo.

Afrodita no tiene inhibiciones sexuales y ello le permite obtener buenos orgasmos, a veces un poco ruidosos, pues no reprime las manifestaciones de placer que son aquellas con las cuales la mujer reconoce el esmero del hombre en hacerla gozar y su agradecimiento por ello.

Pero el logro de la plenitud heterosexual no es sencillo, ya que implica un desarrollo que presenta escollos y dificultades. Previamente al temor de castración, el niño adquiere la representación de pérdida corporal con la pérdida del seno materno después de mamar, por la expulsión diaria de las heces, e incluso por su separación del cuerpo de la madre en el momento del nacimiento. Cuando accede a la castración, cuando comprueba que hay personas que carecen de pene, reinscribe esas experiencias anteriores que le tocó vivir en esta nueva. Así, concluye que hay partes del cuerpo que se pueden perder.

El reconocimiento de la castración, de la incompletud, de la falta, introduce al sujeto en la necesidad del otro, en la pérdida de la omnipotencia y en la aceptación de la muerte.

La renuncia narcisista a la completud lanza a la persona a la búsqueda del sujeto complementario del otro sexo, en el reconocimiento que uno no es todo y no tiene todo.

Así, el sujeto, portador de un cuerpo erógeno, que ha logrado acceder a la genitalidad, ha podido integrar a ese nivel de desarrollo las experiencias que son propias de la oralidad, de la analidad y de lo fálico. Esas experiencias no se pierden, no se disocian, son organizadas e integradas en un cuerpo erógeno genital. Cuerpo erógeno genital que está preparado para el encuentro con otro sujeto que ha atravesado las mismas experiencias y con el cual puede lograr

placer y acceder al orgasmo, momento cúspide de la unión de dos seres complementarios que tienen la virtualidad procreativa.

La mujer tiene reservadas para la obtención de placer sexual una variedad de zonas intensamente erogenizadas, de gran riqueza sensual. Según Françoise Dolto, se pueden distinguir cuatro formas de orgasmo femenino: el orgasmo clitoridiano, el orgasmo clitoridiano-vulvar, el orgasmo vaginal y el útero anexial.

Estos orgasmos pueden sentirse aisladamente o en cadena, cuando uno suscita las condiciones que producen el otro; pero puede ocurrir que no sean discernibles entre sí. En cada nivel de progresión el proceso puede interrumpirse, reprimirse, negarse o reemplazarse por un síntoma.

El tiempo que se estima necesario para lograr el orgasmo es muy variable de una mujer a otra y aún en una misma mujer. También es variable la intensidad lograda, así como el tiempo de reposo para emprender otro coito. Estos factores están estrechamente relacionados con el vínculo que establece una pareja y el momento particular que esté viviendo.

Cuando una mujer logra llegar al orgasmo con un compañero sexual, la repetición de esta experiencia puede estabilizarse o tornarse cada vez más satisfactoria, siempre y cuando no se introduzcan perturbaciones en el vínculo afectivo de los participantes.

La excitación clitoridiana provoca cierta inquietud cuando existe la expectativa de la penetración vaginal y por ello resulta insatisfactorio si se produce el orgasmo con antelación a ésta.

La excitación vaginal reclama, después de adquirir cierta intensidad, la penetración peniana, único objeto adecuado. Voy a transcribir a Françoise Dolto, para introducir su concepto de orgasmo útero-anexial: "En el caso de un entendimiento entre los miembros de la pareja, cuyo ritmo coincide, los movimientos orbiculares ondulatorios vaginales se propagan a manera inconciente sobre el conjunto de las paredes de la vagina que se ajustan al pene y traen consigo una turgescencia secretoria del cuello uterino que, si recibe los choques o el contacto del pene, provoca en el punto máximo de la excitación vaginal espasmos vaginales cuyo efecto sobre el aparato sexual masculino es la eyaculación espermática en el punto máximo orgástico del goce femenino. La mujer que actúa y hasta este punto está consciente de su voluptuosidad, sólo puede ser ya pasiva, enteramente invadida por sensaciones receptoras, sobre todo después del desencadenamiento erógeno del cuello uterino, cuya participación provoca un orgasmo auténticamente satisfactorio.

"La entrada en escena en el coito del útero y del ligamento ancho se desencadena en general a raíz de la excitación peniana táctil del fondo de saco posterior de la vagina, del cuello, o por la inundación espermática del cuello uterino."

El orgasmo útero-anexial se caracteriza por movimientos del cuerpo uterino que se balancea de adelante atrás y de atrás adelante con una cierta articulación ritmada del cuello sobre el cuerpo uterino, con movimientos ondulatorios del cuerpo uterino que siguen a los de la vagina, pero de tipo de succión-aspiración, al punto que los espermatozoides son proyectados en algunos segundos hacia las trompas, cosa que la observación ha permitido confirmar (sin orgasmo útero-anexial su tiempo de recorrido es mucho más largo). Estos movimientos del

orgasmo útero-anexial son totalmente reflejos, y la mujer sólo muy raramente o en forma muy vaga está conciente de su desencadenamiento. Es el que produce el goce máximo, secreto y silencioso, característico de este orgasmo, goce tan vivo que no es compatible con el mantenimiento de la sensación de existir en la mujer que experimenta una sensación intensa de bienestar y de reconocimiento hacia su pareja."

En Atenas, Afrodita es la diosa del amor, abarcando este término todas sus acepciones. Durante el gobierno de Solón (640-560 A.J.), éste dispone que se designe a Afrodita como diosa de la prostitución. Es entonces que con el nombre de Afrodita Urania se nombra a la diosa del amor elevado y puro, especialmente el amor conyugal y la fecundidad como opuestos al placer meramente sexual.

De esta manera se institucionaliza una particular patología de la vida amorosa: la existencia de dos clases de mujeres diametralmente opuestas. Una de ellas, la diosa de la prostitución, a quien yo llamaré Afrodita Hetaira, pasa a contener los aspectos sensuales de la mujer, el erotismo en todas sus manifestaciones, el placer sexual sin represiones. La otra, Afrodita Urania, representa a la mujer de hogar, la señora de la casa, la que cocina, lava, barre o dirige estas actividades en sus criadas. Es la digna madre de los hijos del señor de la casa. Es una dama "honesta" que no siente gran entusiasmo por la relación sexual, ni siquiera en el matrimonio; su frigidez puede ser considerada una virtud.

Si pensamos que la prostitución acompaña al hombre (hasta donde tenemos documentos) a lo largo de su historia, debemos preguntarnos el motivo de este proceso disociativo de la vida anímica.

En "Sobre una degradación general de la vida erótica", Freud describe este proceso. Se trata de que la corriente sensual del amor buscará tan sólo objetos que no despierten el recuerdo de aquellos incestuosos prohibidos. Por ello las mujeres que podrían inspirarle al hombre una alta valoración por sus cualidades, no le provocan excitación sexual, sino sólo un cariño eróticamente ineficaz. La vida erótica de estos individuos permanece disociada en dos direcciones: si aman a una mujer no la desean, y si la desean no pueden amarla.

Tienen relaciones sexuales con mujeres a las que no aman para conservar alejada su sensualidad de los objetos incestuosos, y si la mujer elegida para mantener relaciones sexuales les recuerda en algún rasgo al ser amado incestuoso, responden con impotencia psíquica.

Aquellos que padecen esta disociación buscan degradar al objeto sexual (para mantenerlo alejado del incestuoso) o buscan objetos degradados (que les procura la institucionalización de la prostitución).

Una vez realizada tal degradación de la mujer, su sexualidad puede exteriorizarse libremente y procurarle intenso placer. A este exitoso resultado contribuye sin lugar a dudas la naturaleza misma de la sexualidad; la vida sexual conserva fines perversos cuyo incumplimiento es percibido como una disminución de placer y cuya satisfacción sólo es posible alcanzar con un objeto desvalorizado.

Muchos hombres ven coartada su actividad sexual por el respeto a la mujer y sólo pueden desarrollar su potencia y encontrar satisfacción con la mujer degradada y no con la mujer propia a la que aman. Por ello su necesidad de una mujer rebajada a la que dedicarán entonces sus energías sexuales, aunque su cariño y su amor pertenezcan a otra. Esto explica que las personas que proceden

de las llamadas "clases altas" busquen sus amantes en las llamadas "clases inferiores"; el hombre refinado en la mujer vulgar; el intelectual en la ignorante. Lo que importa es que a los ojos del hombre esta mujer sea considerada "inferior".

Esta disociación tan brutal, de tantas consecuencias para la vida amorosa del hombre, encuentra su correlato en una disociación similar de la mujer entre el amor y la sexualidad.

Pero las consecuencias serán distintas para el hombre y la mujer. Éste, dividido, aunque sea a medias, va a encontrar satisfacción para ambas corrientes de su vida erótica. Para la mujer está marcado un camino mezquino. La Afrodita Urania, "la reina del hogar" condenada a una honesta frigidez, no podrá disfrutar de las delicias de la cama. Y la Afrodita Hetaira podrá gozar de ser deseada pero no de ser amada.

## Capítulo 5

### AFRODITA URANIA

#### La matrona o el amor sin sexo

Afrodita, Venus para los latinos, se constituyó en diosa del amor en todas sus acepciones: el amor al hombre genital, o sea al hombre con el que podía gozar de su sexualidad y con el cual logrará generar nueva vida.

Pero esta imagen de una mujer completa que se integra a una pareja sexual completa (no escotomizada) termina disociada en un momento de la historia, en dos mujeres que incluyen dos aspectos de Afrodita, haciéndose cargo cada una, de uno de éstos.

Es así que nace Afrodita Urania, la diosa representante del amor espiritual, del amor elevado y puro (que así se llamaría al que inhibe o reprime los "bajos deseos sexuales") y la que denomino Afrodita Hetaira, la prostituta, representante de la sexualidad.

Esta disociación crea y fomenta la imagen de la matrona asexuada, inhibida en sus manifestaciones amatorias, que se convierte en ama de casa y paridora de hijos. Se mutilan así las posibilidades de esta mujer de acceder al goce pleno de su sexo.

No quiere decir esto que las mujeres casadas, las que se dedican a su hogar y tienen hijos, tengan que entrar necesariamente en esta categoría. Afortunadamente hay muchas Afroditas que pueden disfrutar de la sexualidad, de la maternidad y de su relación de pareja.

Afrodita Urania representa a las mujeres que por diversos motivos tienen que reprimir sus deseos sexuales y responder con frigidez a la demanda del hombre.

Una motivación para esta represión la puede constituir la dificultad para aceptar la "diferencia" entre ambos componentes de la pareja. No pueden tolerar la castración y por ello no pueden desear, anhelar a aquél que transitoriamente viene a completarla. En este caso la frigidez sería una resultante de la no aceptación de la vagina, órgano exclusivo y distintivo femenino, y/o de la negativa a renunciar al homólogo masculino, el clítoris, como órgano directriz de su sexualidad.

La "envidia del pene" hace sucumbir la sexualidad y los esfuerzos del hombre para hacerla gozar como mujer. Otra causa de frigidez la constituye la ligazón de la sexualidad a los primitivos objetos de amor incestuosos, por lo cual debe ser reprimida.

La que caracterizo como Afrodita Urania es aquella mujer disociada, que escotomiza su sexualidad y para la cual la frialdad o frigidez podría ser considerada como una virtud de mujeres "decentes" como ella, que no es ninguna "loca". En tiempos pasados se suponía que una mujer para ser honesta no debía sentir gran entusiasmo por el acto sexual, ni siquiera en el matrimonio. En realidad, se consideraba que su frigidez parcial o total era un signo de que no era lasciva.

Los tiempos han cambiado y lo que antes se juzgaba virtud comienza a transformarse en defecto, una falta ante la cual se considera necesario consultar y tratar. Pero todavía hay muchas personas que comparten la idea de que el hombre es el único beneficiario de la relación sexual y que la complaciente mujer ha sido inducida, ya sea por presiones, por la violencia o por afecto al varón al cual desea satisfacer.

La relación sexual se supone, en estos casos, como un acto cuya única finalidad es otorgar placer al hombre y al que la mujer tolera como un sacrificio por el amor a su compañero.

El coito puede ser sentido por ambos componentes de la pareja como la forma adecuada de lograr un tipo de higiene corporal para el hombre, como una necesaria descarga de tensiones que resguarda la salud.

Las relaciones sexuales bajo este manto ideológico adquieren un carácter anal: el hombre tiene que expulsar algo "malo" o "tóxico" de su cuerpo que puede dañarlo, enfermarlo. Si la mujer tolera estas relaciones "sucias" es por la higiene de su compañero sexual. Por ello el pene se transforma en un pene anal, o una "barra fecal" como diría Freud, y siendo así, también es natural que la mujer lo rechace y que su tolerancia constituya un servicio conyugal, una muestra de amor. Esta práctica higiénica que se desarrolla en el clima de la analidad, puede muy fácilmente pautarse obsesivamente, por ejemplo, el coito semanal del sábado por la noche.

He descrito hasta aquí mujeres totalmente frías; hay otras que por distintos motivos expresan su negativa al coito aún cuando tienen acceso al placer sexual. Para poder gozar con ellas el hombre tiene que vencer sus resistencias.

Muchas personas siguen considerando al hombre triunfante como un héroe conquistador y a la mujer víctima seducida. Los padres suelen enseñar a sus hijas desde temprana edad que el hombre representa un peligro que deben evitar. Es así que las muchachas "buenas" deben defenderse del acercamiento del varón (aunque ellas lo deseen) y oponer una fuerte resistencia al mismo.



Esta tradición es tan antigua que ya encontramos una mención de ella en la Sagrada Biblia. En Deuteronomio 22, leemos que "Si una joven virgen se desposó a un hombre, y encontrándola en tanto otro en la ciudad yace con ella, los llevaréis a los dos a las puertas de la ciudad y los lapidaréis hasta matarlos; a la joven por no haber gritado en la ciudad; al hombre por haber deshonrado a la mujer de su prójimo. Pero si fue en el campo donde el hombre encontró a la joven desposada y, haciéndole violencia, yació con ella, será solo el hombre el que muera. A ella nada le harás; no hay en ella reato de muerte, porque es como si un hombre se arroja sobre otro y le mata; el caso es igual. Cogida en el campo, la joven gritó, pero no había nadie que la socorriese."

Si el sexo es algo malo y sucio, el hecho de verse forzada a "hacer eso", a aceptarlo contra su voluntad (puesta de manifiesto en su resistencia), elimina el sentimiento de culpa que es trasladado al hombre. Esta actitud ante la sexualidad es muy frecuente y la encontramos no sólo en parejas ocasionales, sino también en parejas de novios y en el matrimonio.

Esta conquista con lucha puede desarrollarse día a día en una relación de pareja, el hombre tratando de ganar posiciones atrincherándose y haciéndose fuerte en cada una de ellas y la mujer peleando para impedir el avance. Pero, por supuesto, su resistencia nunca debe ser tan apasionada como para alejar al rival sexual. Se dicen muchas chanzas acerca de este "no" de la mujer, de esta negativa a la relación sexual, pues se sabe que esta contienda corresponde a un ritual que terminará felizmente en el apareamiento. En estos casos está en juego un mecanismo disociativo mediante el cual se atribuyen al otro los deseos sexuales prohibidos.

Una joven mantenía desde años atrás relaciones sexuales con su novio, relaciones muy satisfactorias en las cuales no se privaba de nada que pudiera causarle placer. Pero aducía con vehemencia que era "obligada a ello" por él. Cargando la responsabilidad en su pareja podía acceder a las relaciones sexuales. Ahora bien, ¿cómo justificar el gozo que obtenía de ellas?. Mediante otra disociación: manifestaba con énfasis que sólo experimentaba placer "de la cintura para abajo". Así, el cuerpo quedaba disociado en dos partes, una, elevada, espiritual, no mancillada por cópula, inmaculada. La otra parte de su cuerpo correspondía a "los bajos instintos", se le adjudicaba en esta partición el continente de lo "sucio", "feo", "cochino".

Si digo continente es porque esta disociación organiza una verdadera geografía corporal donde se constituye lo de arriba, elevado hacia el cielo y lo de abajo pegado a los avatares de la sexualidad, donde los genitales conviven "entre orinas y heces", por lo que Freud formulaba, citando a Napoleón: "la anatomía es el destino". "Los genitales mismos no han seguido tampoco la evolución general de las formas humanas hacia la belleza. Conservan su animalidad primitiva, y en el fondo tampoco el amor ha perdido nunca tal carácter. Los instintos eróticos son difícilmente educados, y las tentativas de este orden dan tan pronto resultados exiguos como excesivos. No parece posible que la cultura llegue a conseguir aquí sus propósitos sin provocar una sensible pérdida de placer, pues la pervivencia de los impulsos no utilizados se manifiesta en una disminución de la satisfacción buscada en la actividad sexual". "Aportaciones a la psicología de la vida erótica". (1910 - 1912)

Otro tipo de mujeres expresan también la negativa al coito, aunque, como en los casos anteriores, encuentren satisfacción plena en la relación sexual. Son mujeres que han logrado una integración sexual genital pero que conservan rasgos fálicos de carácter que la empujan a la rivalidad con el hombre. Trataremos de dilucidar el conflicto que les impide acceder a una práctica que les proporciona gozo.

Hay mujeres a las cuales la sexualidad molesta; una frase conocida entre ellas es la de: "mi marido no me molesta", o "mi marido me molesta poco", refiriendo de esta forma la menor o mayor apetencia sexual del cónyuge. Éstas, que trato de describir, se ajustarían a la fórmula: "mi marido no -o sí- me molesta mostrándome la diferencia de los sexos, haciendo evidente mi castración y humillándome en mi condición femenina". He podido analizar mujeres con este conflicto que desarrollan una serie de racionalizaciones para evitar el coito, pero que cuando acceden a las demandas de su compañero sexual, se entregan al amor con voluptuosidad.

En oportunidades la mujer oscila entre una actitud femenina, de aceptación de su sexualidad y de su partenaire sexual a otra masculina de rivalidad con su pareja. Esta fluctuación puede ser ocasional o abarcar períodos de su vida. En su artículo "La feminidad" Freud explica que éstas son manifestaciones de la bisexualidad femenina, que las regresiones a las fases anteriores del Complejo de Edipo son frecuentes y que lo que para el hombre constituye el "enigma de la mujer" es el producto de esta oscilación.

Cuando la mujer acepta su feminidad y el coito llega a un feliz resultado, puede sobrevenir el agradecimiento por el goce. Si la mujer está inserta en la rivalidad con el hombre, el orgasmo puede desatar su odio o resentimiento porque el otro la situó en el lugar por ella rechazado.

Afrodita Urania, en su repudio de la sexualidad llega a inhibir la ternura y el amor a su pareja, puesto que sus demostraciones de afecto pueden desencadenar los deseos del hombre al que mantiene excitado y expectante. Manifiestan que no pueden acercarse a su pareja, no pueden hacerle una demostración de afecto, pues esto es interpretado por él como una disposición al coito.

Por este motivo van "enfriando" las relaciones con su compañero. Esta distancia produce agresividad en éste, lo cual incrementa el alejamiento de su pareja.

A varias pacientes (y esta observación no es privativa de un consultorio psicoanalítico) pude mostrarles cómo la organización de su vida, cómo sus costumbres, su ordenamiento de las actividades diarias apuntaban a evitar encontrarse con su marido en la cama.

Una de ellas me manifestaba su agrado por ejecutar algunos trabajos caseros por la noche, cuando todos dormían en su casa. Después de cenar miraba televisión y luego realizaba tareas tales como lavar o planchar, escuchar radio, leer, dedicarse a actividades personales como coser su ropa, lavar su pelo, teñirlo, depilarse, etc. Como resultado de estas ocupaciones nocturnas, se acostaba de madrugada y se levantaba cerca del mediodía.

Toda la casa giraba alrededor de estas costumbres. La mujer que le ayudaba en las tareas domésticas trabajaba después del almuerzo y los hijos, que también dormían por la mañana, iban a la escuela por la tarde. La excepción era el marido

que debía concurrir a trabajar desde la mañana. Cuando el marido se dirigía al trabajo, ella dormía, y cuando por la noche, él, cansado, se retiraba a dormir, ella iniciaba sus actividades nocturnas. Consecuencia de esto: no tenían relaciones sexuales por el desencuentro horario.

Otra paciente comentaba que su madre también tenía costumbres nocturnas; le encantaba acostarse muy tarde por la noche y levantarse tarde por la mañana. Su padre, en cambio, tenía que acostarse temprano por la noche pues madrugaba.

Para evitar las relaciones sexuales puede utilizarse otro recurso similar al anterior, pero a la inversa. Cuando el marido se dispone a acostarse encuentra que la mujer lo hizo antes que él y está profundamente dormida.

La experiencia nos enseña que no es necesario recurrir a técnicas tan extremas; los hombres conocen la innumerable serie de excusas que tiene la mujer para evitar las relaciones sexuales: que tiene mucho sueño, le duele la cabeza, está muy cansada, se debe levantar temprano, los chicos la volvieron loca y está agotada, quiere descansar, hoy no vino la muchacha y trabajó mucho, no está con ánimos, no tiene deseos, está menstruando, le duelen los ovarios, tiene los pechos hinchados, los chicos están despiertos, a esa hora no le gusta, si quiere coger a la noche que la trate bien durante el día, es muy tarde, etc.

Otra de las técnicas para evitar el coito, cuando éste es inminente, es iniciar un reclamo a fines de provocar una pelea y con ella el consiguiente distanciamiento. El llevar a la cama discusiones no zanjadas y sobre las cuales se sabe que existe un profundo desacuerdo, irrita a la pareja e inhibe los deseos sexuales.

Para Afrodita Urania la sexualidad está al servicio de la procreación y esto justifica su idea de que el goce no es necesario para esos fines. Las parejas de estas mujeres suelen manifestar su disgusto y resentimiento por esta actitud de rechazo al coito y en general no dejan de manifestar que ella "antes no era así", que tenía una disposición positiva al encuentro sexual y no daba tantas vueltas para ir a la cama.

Si "antes no era así", debemos investigar qué ocurrió para que la mujer cambiara de la manera en que lo hizo. Muchas podrán argüir que las obligaciones hogareñas modifican las condiciones de vida de la pareja, que durante el noviazgo se tienen menos responsabilidades a las que hacer frente y que la llegada de los hijos sumó a las tareas cotidianas otras más importantes e impostergables.

Si indagamos acerca del comienzo del desencuentro sexual de la pareja, observamos que coincide con el nacimiento del primer hijo. Esta convergencia en atribuir a este acontecimiento la insatisfacción sexual del hombre, hasta entonces conforme, puede hacernos pensar que el hijo se interpone entre los padres causando su separación o su infelicidad como pareja. Pero si buscamos más concienzudamente, tendremos la evidencia de que este distanciamiento comienza con la certeza del embarazo.

Si el fin de la sexualidad es la procreación, cuando la mujer ha sido fecundada, el apareamiento carece de sentido. Podemos por tanto inferir que, para Afrodita Urania, la sexualidad es una práctica que debería estar reservada al período de "celo", entendiendo por tal a aquel en el cual existe una expectativa generatriz.

La aceptación del coito, ya sea durante el noviazgo o los primeros tiempos del matrimonio -si no hay intenciones de embarazo-, constituye una especie de introducción o de "espera" hasta el momento anhelado.

Esta actitud femenina de repulsa a la sexualidad no procreativa, tiene necesariamente una complementariedad en su pareja. Como expresé en otro capítulo, existe una perturbación de la vida erótica de los hombres que provoca la disociación entre el amor y la sensualidad. Si el amor está ligado a los objetos incestuosos, no pueden desear a quienes aman.

La persona respetada, que le inspira al hombre una alta valoración de sus cualidades, despierta su amor pero no su sensualidad. Muchos hombres ven coartada su actividad sexual por la exagerada consideración a la mujer y sólo pueden desarrollar su potencia y encontrar satisfacción en una mujer degradada que no le recuerde en nada a los objetos incestuosos.

El excesivo respeto e idealización de la mujer, hace que el hombre soporte su carga de frustración con sometimiento, pues estas características de su vida conyugal tienen que ver con su elección de objeto.

Dice Freud que el amor completo al objeto, conforme al tipo de aposición, es característico del hombre y muestra aquella singular hiperestimación sexual cuyo origen podemos encontrar en el narcisismo primitivo del niño transferido al objeto sexual. Se crea así una desmesurada valoración sexual que conduce al enamoramiento, empobreciéndose la estima del yo en favor del objeto. El objeto recibe una investidura de libido narcisista de la cual se despoja el Yo del sujeto.

Si a este empobrecimiento libidinal masculino, le agregamos la contrapartida femenina, se crea una relación complementaria. La evolución de la mujer muestra una intensificación del narcisismo primario, desarrollo que se acrecienta en las mujeres bellas. Esta transformación femenina resulta desfavorable para estructurar un amor objetal.

Las mujeres bellas se aman a sí mismas y no necesitan amar sino ser amadas; aceptan al hombre que llena esta condición. Si éste ha renunciado a su narcisismo, es atraído fácilmente por aquéllas que no lo han abandonado.

Así queda cautivo el hombre en una relación narcisista que lo somete a pagar un alto precio por el atractivo femenino: la insatisfacción amorosa y la incertidumbre del amor de su pareja.

Creo que lo dicho anteriormente explica que una vez logrado el embarazo finalice la disposición de la mujer al coito, con la consiguiente insatisfacción de su compañero sexual. El cónyuge se convierte en prisionero de la cárcel que él ha construido.

Nos encontramos con la inexistencia de "celo" en la especie humana; por lo tanto, la cohabitación es posible en cualquier momento en que la pareja sexual se lo proponga. Pero hay mujeres que se entregan gustosamente al hombre con el fin de procrear y lo hacen de mala gana si no es ése el objetivo. ¿No se constituye así un "celo" femenino?

Pensamos que al hombre le va mal con estas Afroditas, pero entre los animales la situación puede ser mucho más dramática. En mamíferos cercanos a nuestra especie, los chimpancés, a los machos les va peor. Como el desarrollo infantil de estos simios antropomorfos es muy lento y la madre ha de ocuparse intensivamente de la cría durante siete años, es cada siete años que la chimpancé

tiene un período de celo. Por unos pocos días la hembra está dispuesta al apareamiento y lo desea.

Lo que entonces sucede es terrible; los machos del grupo la atacan conjuntamente y la violan uno tras otro; en ocasiones llegan a formar cola. La hembra, cuando esto sucede, se pone a gritar, manifiesta un gran temor e intenta fugarse, todo en vano. Esta escena se repite varias veces en los días siguientes; luego, la hembra entra de nuevo en una pausa sexual de siete años.

Los períodos menstruales, que son un signo de feminidad, comienzan en la pubertad y afirman a la muchacha en la vitalidad de su sexo fálicamente castrado, pero con la virtualidad procreativa que le señala un camino de opciones heterosexuales, una estimulación a proyectos que la independizarán de su familia y a la vez le permitirán conformar otra.

Pero si la castración no es asumida, las reglas pueden representar "un dolor" como testimonio de una feminidad rechazada. Estos dolores pueden consistir en verdaderos tormentos que dejan a la mujer postrada. La intensidad de este sufrimiento nos revela el grado de rechazo a su sexualidad. Como este padecimiento es frecuente y la idea de normalidad se guía por criterios estadísticos, se estima que este sufrimiento cíclico está justificado por la fisiología femenina, a punto tal que nuestra legislación laboral contempla un franco mensual para "esos días": el día femenino.

Mi experiencia psicoanalítica me permite pensar que el sufrimiento menstrual muestra el rechazo a la condición femenina, que las mujeres que lo padecen "sangran por la herida de su narcisismo": la falta de pene y la envidia del mismo. La aceptación de la castración y la resolución del complejo de Edipo en el curso de un tratamiento hacen desaparecer los dolores menstruales que se manifestaban en forma dramática.

Debemos tener en cuenta también que la aparición de la regla revela la inexistencia de embarazo, y, como veremos, éste constituye la reparación femenina a la carencia de pene, la compensación por la castración.

La menstruación constituye también un momento de veda sexual para muchas mujeres, aunque el hombre se muestre dispuesto a copular en esas condiciones. Nuestra Afrodita Urania mostrará un rechazo aún mayor durante las reglas, puesto que durante ellas la mujer no está preparada para la concepción, no es período procreativo.

Estas mujeres que permanecen frías para el hombre tienen un camino que las conduce al amor objetivado en toda su plenitud: el hijo al que dan vida. En éste se les presenta -dice Freud- una parte de su propio cuerpo como un objeto exterior al que pueden consagrar un pleno amor sin tener que pagar el precio de abandonar su narcisismo.

La madre logra una satisfacción ilimitada en la relación con su hijo, la más libre de ambivalencia. El chico es un producto de la mamá, es una parte de sí que está investida narcisísticamente y a la vez algo separado, un objeto distinto pero que no por ello deja de ser su prolongación.

La madre atiende al niño con los sentimientos procedentes de su propia vida sexual, le acaricia, le acuna, le besa, le abraza, tomándole como objeto erótico. Así, con su dedicación, con su amor y ternura despierta la sexualidad del hijo, erogeiniza su cuerpo, aunque ella posiblemente se escandalizaría si lo supiera.

Estos cuidados maternales excitan al niño o a la niña, el lenguaje expresivo de su cuerpo participa de un diálogo con la madre.

No hay necesidad de una estimulación de los genitales, puesto que sabemos que el sujeto tiene un cuerpo erógeno y a través de la madre lo va descubriendo y significando. Es ella quien abre las puertas de acceso a la sexualidad o la que con su actitud puede inhibirla.

En "El final del Complejo de Edipo", dice Freud: "Son dos deseos, el de poseer un pene y el de tener un hijo, que perduran en lo inconciente intensamente cargados y ayudan a preparar a la criatura femenina para su ulterior papel sexual". Y en "La feminidad", expresa: "Pero la situación femenina se consttuye luego, cuando el deseo de tener un pene es relevado por el de tener un niño, sustituyéndose así el niño al pene, conforme a la antigua equivalencia simbólica".

Al fin, mediante la ecuación pene=niño, la mujer tiene en el hijo el acceso a la completud, el bebé es una masa fálica en sus brazos, con la cual experimenta intensos placeres. La sensación de completud, de no carencia que logra con el hijo, constituye una reparación narcisista que le ofrece la naturaleza en compensación a la falta de pene. El amor materno, tan conmovedor, es una resurrección del narcisismo de la madre, transformado ahora en amor objetivado.

Si las madres, como en el caso de estas Afroditas, no se complacen en los brazos de su pareja, no encuentran el goce en la complementariedad de su compañero sexual, van a necesitar más de sus niños como masa fálica, que sus niños de ellas, y van a gozar más con el niño que en brazos de su pareja.

En el juego con el niño, la mamá está satisfaciendo -en una dimensión inconciente- el deseo de recrearse masturbatoriamente con un falo imaginario, corporizado en el pequeño. Esto es evidente cuando la mamá le dice al chico: "¿de quién es esta cosita?" y se acerca, le besa la panza, le hace cosquillas, se ríe con él, habla con la criatura y expresa: "esta es la cosita mía", "esta cosita es de su mamá".

El espectador de esta relación puede quedar fascinado, puesto que observa una completud; la madre goza al jugar con una prolongación de sí misma que también goza. El atractivo que ejerce una mujer embarazada o la mamá jugando con el niño, es propio de este estado de plenitud narcisista en que ésta está inmersa, plenitud narcisista de la que todos, como hijos, una vez participamos y a la que tuvimos que renunciar.

En "La feminidad", Freud expresa que: "La distinta reacción de la madre ante el nacimiento de un hijo o de una hija muestra que el antiguo factor de la falta de pene no ha perdido aún su fuerza. Sólo la relación con el hijo procura a la madre satisfacción ilimitada; es, en general, la más acabada y libre de ambivalencia de todas las relaciones humanas. La madre puede transferir sobre el hijo la ambición que ella tuvo que reprimir y esperar de él la satisfacción de todo aquello que de su complejo de masculinidad queda aún en ella".

Obtenido el hijo, la Afrodita a la que nos venimos refiriendo, embriagada en la plenitud fálica, no necesita del hombre para resolver su carencia, puesto que no carece, está completa.

Reclamado para la manutención de la familia, el hombre es condenado a presenciar un goce para él vedado.

## Capítulo 6

### AFRODITA HETAIRA

#### La prostituta o el sexo sin amor

Desde tiempos remotos la prostitución acompaña al hombre en su camino. Parece que su práctica tiene en un principio sólo un origen cultural, puesto que, como desarrollaré más adelante, durante siglos las mujeres se prostituían en los templos ofrendando el producto de su entrega a la manutención de éstos, si bien el propósito de contribuir a los gastos del templo era accesorio.

En las sociedades primitivas se consideraba al sexo como portador de una fuerza sobrenatural en contacto directo con los poderes divinos, asociada al mundo de lo no visible, reservorio de las energías de la comunidad. Así se hace necesario administrar esta energía y la prostitución religiosa sirve a esos fines: de concentrarla en el templo de manera tal que la comunidad pueda aprovecharla al máximo.

Las relaciones sexuales en el templo tenían como objetivo invocar a los dioses de la fertilidad y de la vida, estimularlos para que con su unión sexual generaran el crecimiento de las plantas, el nacimiento de los animales y la multiplicación de los hombres.

Los antiguos hebreos rendían culto a árboles que consideraban sagrados; el profeta Oseas (769-693 A.J.) denuncia esta superstición: "Sobre las cimas de los montes sacrifican, y sobre las colinas queman ofrendas, bajo la encina, el álamo y el terebinto, porque es grata su sombra. Por eso se prostituyen vuestras hijas y vuestras nueras cometen adulterio. No castigaré a vuestras hijas porque se prostituyan, ni a vuestras nueras porque cometan adulterio, por cuanto ellos mismos se aparten con las rameras, y con las hieródulas ofrecen sacrificio".

Ezequiel (570 A.J.?) dice: "Y sabréis que yo soy Yahvé cuando yazgan sus caídos en medio de sus ídolos, alrededor de sus altares, en toda la colina elevada, en las cumbres todas de los montes y bajo todo árbol verde y todo terebinto ramoso, allí donde han quemado perfume de suave olor a todos sus ídolos". Isaías (770 A.J.?) también amonesta a estos idólatras: "Os sonrojaréis, pues, de los grandes árboles en que os deleitasteis, y os abochornaréis de los huertos que elegisteis"; "Vosotros, los que os inflamáis a la sombra de las encinas, y bajo los verdes árboles; que sacrificáis a los niños en los valles, y bajo las hendiduras de las rocas".

Los profetas proclaman su condena a estas costumbres idólatras, principalmente el sacrificio de niños y la prostitución religiosa que era llevada a cabo a la sombra de los árboles sagrados.

Su condena apunta a cultos mucho más antiguos que el monoteísmo del Dios padre bíblico. El primitivo culto de la humanidad es el árbol sagrado. Los bosques fueron los primeros templos de Dios. El primer espacio vital para la humanidad es el árbol, símbolo del alimento, no sólo por ser proveedor de frutos, sino también por ser el hogar del hombre donde mora la madre nutricia. Muy tempranamente el árbol fué identificado con la madre; sus ramas son los brazos que se extienden protectores.

El otro culto anatemizado es el de la Diosa Madre. Cuando se refiere a las hieródulas está aludiendo a las mujeres que en los santuarios de Isis e Istar de Egipto y Babilonia, pero principalmente en los santuarios de Astarté de los cananeos, se dedicaban a la prostitución religiosa en el templo, recibiendo dinero que ofrecían al santuario. Los muchachos (hieródulos) también practicaban la prostitución aunque en número reducido y recibían a cambio limosnas que dedicaban a la diosa.

Maryse Choisy deduce que en tiempos prehistóricos la sociedad era matriarcal y que el primitivo le concedía a la mujer el lugar de una diosa. Según ella, esto se debía tanto a las posibilidades nutrientes de la mujer como a su actividad procreadora, tan milagrosa para él, que no advertía su papel en la procreación. Pero la mujer era portadora además de otro misterio, su sexualidad obedecía a un ritmo cósmico.

El primer monoteísmo sería femenino; en todas partes, desde Japón a España, fué adorada la misma Diosa Madre. En los tiempos protohistóricos toda Eurasia adoraba a una sola deidad. En poblaciones egeas, sumerias y dravidianas y en toda Europa y Asia se encuentra su imagen.

Para la Gran Diosa, el amor en todas sus formas era sagrado. Donde ella reinaba siempre había cortesanas veneradas. Este culto, fruto de una sociedad matriarcal religiosa incluía siempre la prostitución cultural.

Así como más tarde judíos y musulmanes, estrictamente monoteístas, rindieron culto al Dios Padre, la Diosa Madre reinaba en la unidad del absoluto. No tenía hermanos ni hermanas, ni madre ni padre, ni siquiera un esposo. Tenía solamente un hijo, y este hijo era también su amante y corría el mismo destino todos los años: morir cuando ha terminado su tarea. Así como la planta desaparece después de haber asegurado la supervivencia de la especie, como una semilla, él retorna a la tierra, se queja de su suerte en el Hades y es resucitado en primavera.

La Diosa Madre era adorada por poblaciones sedentarias que labraban la tierra. El matriarcado estuvo siempre unido a la agricultura que tiene un aspecto místico. El destino del hijo-amante de la Gran Diosa seguía estrictamente las metamorfosis estacionales de la vegetación.

Encontramos ejemplos de lo anterior en las parejas de los dioses sumerio-babilónicos Temmuz e Istar; los fenicios-helénicos Adonis y Afrodita; los sirios-palestinos Baal y Baalat (ésta última fué desplazada por Astarté) y los egipcios Osiris e Isis.

Baal, frecuentemente mencionado en el Antiguo Testamento lo es muchas veces en plural, como Baales, lo cual no tiene nada de extraño pues este término significa señor, igual que Adonis. También Astarté es mencionada a veces en



plural, englobando Baales y Astartés a los dioses y diosas cuyo culto idólatra apartaba a los israelitas de su devoción a Yahvé.

He aquí algunas menciones del Antiguo Testamento: "Apartándose de Yahvé, sirvieron a Baal y Astarté" (Jueces 11,13); "Porque me ha abandonado y se ha posternado ante Astarté... No ha marchado por mis caminos, haciendo lo que es bueno a mis ojos y guardado mis leyes y mis mandamientos como lo hizo David, su padre". (Reyes 1,33. 621 A.J.); "Volviéron los hijos de Israel a hacer mal a los ojos de Yahvé y sirvieron a los baales y astartés... y se apartaron de Yahvé, no sirviéndole más". (Jueces X, 6); "Dijo pues Samuel: "Si de todo corazón os convertís a Yahvé, quitad de en medio de vosotros los dioses extraños y las astartés; enderezad vuestro corazón a Yahvé y servidle sólo a él y él os librá de las manos de los filisteos". (Samuel I, 7, 3. 583 A.J.); "...amaron a Yahvé diciendo: "Hemos pecado porque hemos abandonado a Yahvé y hemos servido a los baales y a las astartés. Líbranos ahora y nosotros te serviremos". (Samuel I, 12, 10).

La importancia de Biblos, antigua ciudad fenicia de la costa mediterránea, como centro religioso se remonta hasta el cuarto milenio. Los dioses de la ciudad eran venerados hasta en Egipto y por su parte los egipcios construyeron también templos en Biblos donde introdujeron sus mitos. Se aseguraba que el sarcófago de Osiris, asesinado por su hermano, había sido arrastrado por las aguas hasta Biblos. El mito de Isis-Osiris, tal como el de Afrodita-Adonis, explicaba el cambio de las estaciones del año. En la época romana era famoso el templo de Adonis en Biblos.

Los fenicios llevaron sus dioses a Chipre donde el gran centro de culto de Afrodita y Adonis fue Pafos, siendo su santuario una de las más célebres capillas del mundo antiguo. Es posible que a la llegada de los fenicios, los indígenas adoraran en el mismo lugar a alguna diosa nativa de la fertilidad a quien los recién llegados identificaron con su propia Afrodita o Astarté. Si esta fusión fué posible, podemos suponer que ambas eran variedades de la Gran Diosa de la maternidad y de la fertilidad, cuyo culto parece haberse extendido por toda el Asia Menor desde una época antiquísima. Esta hipótesis estaría confirmada tanto por la figura arcaica de su imagen como por el carácter de sus ritos, ambos compartidos por otras deidades asiáticas.

La imagen era sencillamente un cono o pirámide blanca, como las encontradas en la costa meridional del Asia Menor, en Siria, Líbano, Chipre, Malta y en el Sinaí.

En Chipre, todas las mujeres antes de casarse, eran obligadas por la primitiva tradición a prostituirse a los extranjeros en el santuario de la Diosa, llevase ésta el nombre de Afrodita o Astarté. Estas costumbres prevalecían en muchos lugares del Asia Menor donde eran consideradas como un solemne deber religioso ejecutado al servicio de la Diosa Madre

También en Babilonia, toda mujer, rica o pobre, tenía que someterse una vez en la vida a la cópula con un forastero en el templo y dedicar a la Diosa el estipendio de su santificada prostitución. El recinto sagrado estaba repleto de mujeres que esperaban para cumplir con el ritual.

En Heliópolis (Siria), ciudad famosa por la grandeza de sus templos, la costumbre del país exigía que toda doncella debía prostituirse a un extranjero en el templo de Astarté, lo mismo que las matronas.

En los templos fenicios las mujeres se prostituían alquilándose al servicio de la religión, en la creencia de que con este proceder se propiciaban a la Diosa y conseguían su favor. Era ley de los amorreos que la que estaba para casarse tenía que situarse a la puerta durante siete días para fornicar. En Biblos, las gentes se afeitaban la cabeza en el duelo anual por Adonis; las mujeres que rehusaban sacrificar su cabellera tenían que entregarse a los extranjeros en cierto día del festival, y el dinero así conseguido se dedicaba a la Diosa.

Organizando estos datos, podemos deducir con Frazer, que una Gran Diosa Madre, personificación de todas las energías reproductivas de la naturaleza, fue adorada bajo diferentes nombres pero con un ritual parecido en muchos pueblos del Asia Menor; que ella estaba asociada con uno o varios amantes a los cuales se unía año tras año y esta unión era considerada esencial para la reproducción de los animales y las plantas. Esta unión divina era imitada en la tierra por las criaturas humanas que copulaban en el santuario de la Diosa persiguiendo el mismo propósito sagrado: asegurar la fertilidad de la tierra y la multiplicación de hombres y animales.

Los antiguos seguían los cambios de estaciones que se manifestaban de manera dramática en el mundo vegetal y que ellos extendían a los animales y al hombre. Frente a la eclosión de la naturaleza en primavera le sucedían el otoño y el invierno. Los pueblos de Egipto y Asia Menor representaron la decadencia y el despertar de la vida anual personificándola como un dios que muere y vuelve a la vida.

Sus diosas de la vegetación, de la fertilidad animal, de la fertilidad humana y de la maternidad tenían una época de generosidad y fecundidad, de jubilosa actividad a la que sucedía la estación de la tristeza y aflicción cuando sus creaciones se marchitan y mueren.

Para propiciar este florecimiento anual, para reforzarlo, para apoyarlo, se convocaban a la unión sexual que favorecería la multiplicación de los frutos, de los animales y de los hombres. Para ellos, el origen, la continuidad y la reproducción de su vida estaba íntimamente ligada a la del mundo vegetal y animal que la sustentaba.

Vivir y hacer vivir, crecer y reproducirse; éstos eran los deseos humanos que los unía en un conjuro: mediante las relaciones sexuales en el templo atraían las corrientes de la vida y expulsaban las de la muerte. Era la lucha continua entre Eros y Tánatos.

El mito de Adonis constituye un arquetipo: dios de la naturaleza, después de un breve florecer, moría. Cuando las aguas del río Adonis cerca de Biblos arrastraban la tierra roja desde el Líbano durante las lluvias otoñales, se interpretaba que Adonis había sido muerto por un jabalí en la montaña y las aguas corrían teñidas con su sangre. Las mujeres celebraban sus ritos fúnebres con lamentos, aflicción y llantos desenfrenados, y luego su resurrección con ceremonias que constituían alocadas bacanales.

Recordemos que Adonis era disputado por dos diosas: Perséfone, la diosa de la Muerte y Afrodita, la diosa del Amor. En esta querrela intervino Zeus, quien decidió que Adonis conviviera una parte del año con Perséfone en el mundo subterráneo y la otra con Afrodita en el mundo superior. La lucha entre la vida y la muerte, la batalla ininterrumpida entre Eros y Tánatos.

No podemos determinar si la prostitución profana se desarrolla paralelamente a la cultural o es un derivado degradado de la misma.

Maryse Choisy cree que se produce un acontecimiento de gran relieve en el devenir de los pueblos que consiste en el reemplazo del matriarcado por el patriarcado. Tribus guerreras invaden las pacíficas sociedades agrícolas matriarcales provocando un cambio cultural y religioso de magnitud.

"La Diosa Madre que fue la gran derrotada era la tierra poseída y violada por los invasores. El gran vencedor fue el cielo. Las naciones agrícolas ven siempre la misma tierra. Solamente el cielo cambia con cada estación y con cada nube. Los jinetes ambulantes nunca asientan el pie en el mismo suelo, pero en todas partes encuentran el mismo sol y la misma luna. Para el matriarcado agricultor, la tierra es el país materno. Para los nómades la patria es el cielo".

"Los nómades introdujeron la ética de la verticalidad, que desde entonces ha subsistido en todas las lenguas indoeuropeas. Todo lo que es elevado es bueno, lo bajo es malo. Los sentimientos se dividen en superiores e inferiores. El tiempo se espacializa. La ascensión se vuelve sagrada. El mayor pecado es la caída del hombre. El cielo es el paraíso. En ese sagrado mundo subterráneo donde el grano de trigo medita hasta su resurrección está ubicado ahora el infierno.

"Para la Gran Diosa, el amor en todas sus formas era sagrado. Donde ella reinaba había siempre cortesanas sagradas. Sólo cuando se establece el patriarcado la prostitución de los templos fué deformada y malinterpretada. Con el patriarcado la libertad sexual desaparece. La cortesana sagrada o degenera en prostituta o se convierte en respetable matrona."

"Mientras que la prostitución profana involucra el odio de la mujer contra el hombre, y la confesada intención de éste de degradar a la mujer, la prostitución sagrada nos habla del amor desinteresado de la mujer hacia el hombre y del culto del hombre a la feminidad en cuanto expresión terrenal de la Magna Mater".

"Así como los árabes convirtieron al colegio de sacerdotisas en un harén, las sociedades patriarcales hicieron de las cortesanas sagradas, mujeres de la calle. Lo que había sido sagrado se convirtió en vergonzoso. El código moral se transformó. Las cortesanas ya no fueron sacerdotisas sino esclavas que podían ser vendidas y compradas".

Estemos de acuerdo o no con Maryse Choisy, sus ideas pueden explicar el pasaje de la prostitución cultural a la profana. Tampoco conocemos una "fecha de comienzo" de esta última.

El comercio sexual con mujeres por dinero, era corriente en Israel y en el Antiguo Testamento se mencionan varios casos de mujeres prostitutas: "Fué Sansón a Gaza, donde había una meretriz a la cual entró". (Jueces 16, 1); "Josué, hijo de Nan, mandó en secreto dos espías desde Seim, diciéndoles: "Id a explorar la tierra y Jericó" y entraron en la casa de una cortesana de nombre Rahab y pararon allí". (Josué II, 1. 900?); "Vinieron por entonces al rey, y se presentaron ante él dos mujeres de mala vida". (Reyes I, 3, 16).

Los padres no tenían reparo en prostituir a sus hijas, aunque la ley prohibía semejante práctica. Ello podía deberse a que la rohibición afectara únicamente a la prostitución cultural.

De Génesis 38, 15 se concluye que las meretrices se daban a conocer como tales tapándose la cara con un velo. No hay indicios de que los israelitas tuvieran

por especialmente censurable la conducta de estas mujeres. En cambio, el Antiguo Testamento reprende sin reservas a las mujeres y a los hombres que se prostituyen en el santuario en honor de los dioses.

En el Nuevo Testamento se menciona a la cortesana Rahab y es justificada por su fé: "Por la fé, Rahab, la meretriz, no pereció con los incrédulos, por haber acogido benévolamente a los espías". (Hebreos 11, 31), "...y, asimismo, Rahab la meretriz, ¿no se justificó por las obras, recibiendo a los mensajeros y despidiéndolos por otro camino?" (Santiago II, 25).

En I Corinto 6, 15, San Pablo habla del trato con meretrices y previene enérgicamente a los miembros de Cristo que no se conviertan en miembros de una meretriz.

Corinto, ciudad griega de la antigüedad, cuyo origen se remonta al cuarto milenio A.J., fue una colonia agrupada alrededor de la fuente Peirene. La ciudad se fundó después del año 1000 A.J.. Por su situación favorable junto a dos puertos se convirtió en la mayor ciudad portuaria de Grecia, cruce de los caminos entre oriente y occidente.

Era una ciudad de extremos contrastes sociales (dos tercios de la población esclavos, extrema pobreza y escaso número de acaudalados) y con muy mala fama por su baja moralidad.

La denominación "muchacha de Corinto" quería decir muchacha de moral sospechosa y capaz de llevar una vida licenciosa. Esta situación moral se debía en su mayor parte a que en el templo de Afrodita, en la Acrópolis, unas mil mujeres estaban dedicadas a la prostitución sagrada.

En las ruinas del teatro se descubrió un bloque de piedra de los asientos, que por su inscripción "Koipfan" (de las niñas) prueba que las hetairas tenían en el teatro un asiento propio.

En Atenas, Afrodita inicia su carrera como diosa del amor, abarcando su reinado todas las acepciones de este término. En virtud de una disposición de Solón (640-560 A.J.), este nombre adquiere otro significado, designando a Afrodita como diosa de la prostitución. Fue entonces cuando con el nombre de Afrodita Urania pasó a nombrarse a la diosa del amor elevado y puro, especialmente del amor conyugal y la fecundidad, como opuestos al placer meramente sexual.

Pero la función más importante la realizó Afrodita simplemente como diosa del amor sexual y su culto adoptó modalidades que imitaban los servicios religiosos practicados en Oriente a las diosas del amor, especialmente en Corinto.

Con este movimiento dissociativo se constituyen Afrodita Urania, y la que denominaré, Afrodita Hetaira. Con el nombre de hetaira se designa a las cortesanas que ejercían la prostitución.

Las hetairas fueron introducidas en Atenas en un intento para salvaguardar la castidad de la vida doméstica. Por ello, el trato de los solteros con estas mujeres no era considerado inmoral en tanto que en el caso de los casados era mal visto o solamente soportado. Después de la guerra del Peloponeso (404 A.J.) las costumbres se tornaron más tolerantes.

Existían dos clases de hetairas: las esclavas, que vivían confinadas en locales especialmente acondicionados para su actividad, que pagaban un impuesto al Estado y aquellas que practicaban el libre comercio y procedían principalmente de familias extranjeras o de esclavos libertos. Era desde cualquier

punto de vista inconcebible que una muchacha de familia ateniense se dedicara a la prostitución.

Después de la guerra del Peloponeso, las hetairas asumieron un papel importante en la vida social del estado ateniense. Como las mujeres respetables, casadas o doncellas, estaban recluidas en sus hogares y no se les permitía alternar en la sociedad de los hombres, las mujeres que lo hacían eran exclusivamente las cortesanas, quienes de esta manera adquirirían una cultura y un trato social que les era negado a las otras. Muchas hetairas llegaron a ser célebres por poseer una cultura superior y atraer a los hombres eminentes de su tiempo.

Así Aspacia, de Mileto, logró hacer de su casa de Atenas el punto de reunión de los hombres más notables de su época, entre los que se encontraban Sócrates y Pericles. Este último llegó a abandonar a su esposa para unirse con Aspacia.

En Roma, las cortesanas (llamadas meretrices en latín) eran tan toleradas como en Grecia, y tampoco se censuraba el trato de los solteros con estas mujeres. Se caracterizaban por su vestimenta que las distinguía de las mujeres respetables. En los buenos tiempos este comercio era ejercido sólo por esclavas o esclavas libertas, pero más tarde lo fué también por mujeres libres.

Esta actividad, cuyos rastros pudimos seguir hasta tiempos remotos ha sobrevivido hasta nuestros días pero en el recorrido histórico se ha despojado del origen sagrado que tenía la prostitución del templo: la adoración de la capacidad nutriente y la procreatividad femenina. Perdido su carácter religioso, nos preguntamos cuáles pueden ser las motivaciones de las mujeres que la practican.

En el film "El imperio de los sentidos" con guión original y dirección de Nagisa Oshima, se narra la historia de una joven prostituta. Esta se encuentra apasionadamente atraída por un amante con el cual vive en permanente excitación sexual.

El deseo no tiene contención ni medida y la reiteración de la relación sexual es tan estimulante y compulsiva que los aleja del cuidado personal y de la satisfacción de otras necesidades. Es así que no se alimentan y permanecen siempre en una habitación. Este comportamiento desenfrenado y reiterativo los va debilitando.

Ella se muestra ávida e insaciable, no puede alejarse de su amante y de continuo le incita al coito. Esta actividad insistente les va agotando, consumiendo sus fuerzas.

Para que la excitación sea más intensa y el goce máximo, desarrollan un juego amoroso con la muerte. En el clímax de uno de éstos, él pierde la vida.

Es entonces que ella corta su pene y lo guarda en su mano, mostrando con crudeza el motivo de su frenesí amoroso: la posesión del pene, que a pesar de su esfuerzo, no podía contener dentro de sí más que el lapso de tiempo acotado por la cópula.

Freud manifiesta en su artículo "Sobre las transmuciones de los instintos.." que: "He tenido varias ocasiones de conocer sueños femeninos subsiguientes a un primer contacto sexual. Estos sueños descubrían siempre el deseo de conservar en el propio cuerpo el miembro masculino, correspondiendo, por tanto, aparte de su base libidinosa, a una pasajera regresión desde el hombre al pene como objeto deseado."

¿Qué mejor ejemplo que la protagonista de "El imperio de los sentidos" para ilustrar esta cita de Freud?.

Podemos observar que desde la pubertad hasta edades juveniles, a las muchachas les encanta disfrazarse de prostitutas. Es frecuente entre los recuerdos familiares encontrar fotografías que así lo muestran, aunque si preguntamos a las protagonistas o a sus madres acerca del disfraz, van a declarar riendo: "nada, nos hacíamos (o se hacían) las locas"; y sabemos que "locas" es un término ambiguo de doble significado.

En lugares de veraneo donde muchachos y muchachas se disfrazan con ropas antiguas para obtener fotos cómicas, el disfraz de prostituta es uno de los más apetecidos junto al de monja (la formación reactiva a los deseos de promiscuidad sexual).

He tenido oportunidad de ser testigo de hechos a los cuales años más tarde el estudio del psicoanálisis me permitió interpretar.

Sucedieron estando en un cuartel cumpliendo de mala gana con el servicio militar. Me encontraba destinado a la enfermería, hecho que me permitía estar relacionado con todas las compañías del regimiento. En esos días percibía que algo inusual ocurría: se presentaron para ser asistidos varios soldados que habían contraído sífilis, enfermedad cuyo origen era inexplicable, dado que el contagio no guardaba ninguna relación con los días de salida del cuartel de los infectados.

Una circunstancia fortuita me situó sobre la pista de las causales del contagio venéreo como de la inquietud que percibía entre los soldados. Estando sentado con unos compañeros en el jardín de la enfermería desde donde observábamos a los vehículos y personas que pasaban por la calle, pues de ésta sólo nos separaba un alambrado, pasó una jovencita que dijo que a la noche podíamos encontrarla en un determinado lugar del cuartel.

Esa noche me acerqué al lugar de la cita donde me hicieron tirar al suelo para no llamar la atención de alguna autoridad que pasase por allí. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, pude distinguir una gran cantidad de soldados que, con el cuerpo pegado al piso, hacían turno para tener relaciones con la muchacha que estaba echada en el pasto. Durante la noche la fila se iba renovando y no se si la luz del día o la retirada de la chica daban fin a la prestación de estos "servicios" que eran ofrecidos gratuitamente.

Sobre este episodio juvenil he reflexionado años más tarde: ¿Qué buscaba esta joven en esa multitud anónima de machos?. Podía responder con seguridad que no reclamaba satisfacción sexual, pues aún si sus apetencias fuesen exageradas, no necesitaba de un regimiento para colmarlas.

Si su necesidad era de afecto, no era ésta la forma de conseguirlo, puesto que no se acostaba con un chico que le agradaba, del cual pudiera sentirse amiga o compañera, o del cual pudiera enamorarse, sentir o dar afecto; ni siquiera un amante fugaz que apagara su deseo sexual.

Sus amantes eran anónimos, hombres sin rostro, sin nombre; en la oscuridad de la noche no podía discriminar con quien copulaba, era un desfile incesante de... penes!. Eran penes anónimos los que la penetraban uno tras otro.

A esta joven hetaira no le interesaba relacionarse con personas; éstas constituían un accidente y su presencia se justificaba únicamente por ser portadoras o transportadoras de penes.

En su febril actividad nocturna esta joven Afrodita hacía "uso" de los soldados para calmar su angustia derivada de la falta de pene. No se relacionaba con personas que tenían una historia personal con dolores y alegrías, con experiencias indelegables o con una vida independiente; se relacionaba sólo con un órgano de las mismas, con un trozo de su cuerpo.

Y así, en un acto omnipotente y mágico rechazaba los aspectos de la realidad que le resultaban displacenteros: expulsaba el fantasma de la castración repudiando la necesidad de un otro distinto y complementario propietario de aquello de lo que ella carecía.

En "Una teoría sexual", Freud se refiere a la sobrevaloración que recae sobre el objeto sexual, que no se limita más que en rarísimos casos a los genitales del mismo. Esta sobrevaloración se extendería a todo el cuerpo e incluiría todas las sensaciones emanadas del mismo. Igual sobreestimación aparecería en el campo psíquico manifestándose una pérdida del sentido de realidad.

En nuestra hetaira, la valoración psíquica recae en el genital masculino exclusivamente. En "Sobre las transmutaciones de los instintos y especialmente del erotismo anal", Freud dice: "No nos es difícil indicar el destino que sigue el deseo infantil de poseer un pene cuando la sujeto permanece exenta de toda perturbación neurótica de su vida ulterior. Se transforma entonces en el de encontrar marido, aceptando así al hombre como un elemento accesorio inseparable del pene."

La Afrodita del regimiento aceptaba a los hombres con los que copulaba como elementos accesorios proporcionadores de penes, ella no los quería a ellos sino a sus penes. Los dadores eran impersonales, indiscriminados; ella necesitaba penes y penes había muchos, sobre todo si penetraba por la noche en un cuartel; ella sabía donde hallarlos y en cantidad para lograr su propósito: zafar de la castración.

Esta concepción del macho como inevitable prolongación del pene, me recuerda una ocurrente y graciosa poesía: "A una nariz", cuyo autor, Quevedo, exalta las dimensiones de una que debió haber llamado su atención (contenido manifiesto) como una forma de ensalzar el tamaño que tienen algunos órganos viriles (contenido latente). Éstos adquieren así una categoría que borra el interés que pudieran despertar sus portadores, convirtiendo a los mismos en intrascendentes y accesorios.

### **A una nariz**

Érase un hombre a una nariz pegado\*  
érase una nariz superlativa,\*  
érase una alquitara medio viva,\*  
érase un peje espada mal barbado;

era un reloj de sol mal encarado,  
érase un elefante boca arriba,  
érase una nariz sayón y escriba,  
un Ovidio Nasón mal narigado.\*

Érase el espolón de una galera,  
érase una pirámide de Egipto,\*  
los doce tribus de narices era;\*

érase un naricísimo infinito,\*  
frisón\*, archinariz\*, caratulera\*,  
sabañón garrafal\*, morado y frito.

Érase...pegado. Se produce la personificación y, a la vez, la cosificación y se encuentran así trastocados los valores del ser humano y el miembro.

érase...superlativa. La estructura se repite en forma paralela.

Alquitara. La comparación con un alambique inicia el grotesco que sigue en gradación creciente.

Ovidio...narigado. Juego con el apelativo del poeta latino.

Egipto. Arcaísmo por Egipto.

las doce...era. Alusión a los judíos y a la nariz prominente.

Naricísimo. Creación idiomática de Quevedo, es el superlativo sobre el sustantivo.

frisón. Caballo de Frisia, aquí con el sentido de "gordo" o "grande".

archinariz. Creación idiomática sobre el prefijo "archi".

caratulera. de carátula o careta, es decir, apropiada para hacer una.

garrafal. Ciruela de gran tamaño y, por extensión, cualquier cosa fuera de las medidas normales.

Un dicho italiano confirma esta asociación entre la nariz y el pene: "de tal naso, tal caso".

Desde la oralidad, la Afrodita hetaira del cuartel, exhibe una exagerada voracidad hacia el objeto que busca incorporar. Observamos un rasgo compulsivo de aidez, un tragar descontrolado, un comer excesivo que impide la satisfacción, goce o deleite del producto de la ingesta. Ella "traga" penes, pretende hartarse para tapar los agujeros que le denuncian su carencia.

A diferencia del apetito sexual que le permitiría seleccionar el objeto de incorporación y disfrutar de sus características distintivas y únicas, ella busca "llenarse", es una "comilona" en la doble acepción que puede darse al término.

Si nos referimos a la analidad, la retención y el control del objeto está asegurado puesto que es un pene indiscriminado, separado de su portador, es un pene anal, es decir intercambiable pues no tiene sello, no tiene nombre, es impersonal. En la medida que se tienen muchos penes se apaciguan las ansiedades de pérdida; si hay muchos, no habrá carencias.

El nivel alcanzado es el fálico puesto que aparece el fantasma de la castración, tanto en la búsqueda de la completud, como en el valor concedido a la integridad del propio cuerpo. Pero el mantenimiento de este desarrollo logrado, de esta estructuración mantenida con tal compulsividad, nos permite suponer que cualquier situación crítica puede arrastrarla regresivamente a un estadio de organización más primitivo, teniendo en cuenta que nuestra hetaira no tiene el soporte institucional del que gozaban las que en la antigüedad se dedicaban a la prostitución cultural.



Volviendo a nuestra Afrodita del cuartel, vemos que, como sus antepasadas del templo, promovía relaciones sexuales que servían de hechizo, de conjuro para ahuyentar la castración y la muerte. ¿Acaso no equivalía a un ritual pagano el que se realizaba por las noches en el regimiento? ¿No constituía un exorcismo para convocar a Afrodita y alejar la siniestra figura de Perséfone?.

La fantasía emergente de esta ceremonia nocturna era convocar los poderes de la vida, de la fuerza creadora y alejar a la reina de las tinieblas, la diosa sombría de la muerte ante cuyos poderes se está más expuesto en la oscuridad de la noche.

Esta forma de alivio es propia de una estructura mental donde el uso de la negación y de la omnipotencia buscan transformar la realidad para adecuarla a los deseos. Pero ésta, si no estamos frente a un psicótico, no es vencida por completo y no tarda en imponerse nuevamente señalando la falta, la carencia, por lo cual el ciclo debe renovarse. Tener el pene en su cuerpo, tapan el agujero de la castración alivia transitoriamente la angustia, pero ésta se reitera y entonces tendrá que abrir nuevamente las piernas ante machos anónimos.

Su condena, su esclavitud, es similar a la de Sísifo, quién, por ser "el más taimado de los hombres", acusado hasta de gozar de los encantos de su propia cuñada, fue sentenciado a un duro trabajo: estaba forzado para siempre a levantar una roca de enormes dimensiones y llevarla sobre sus hombros hasta la cumbre de una montaña; al llegar arriba, la roca resbalaba montaña abajo y Sísifo debía bajar a buscarla para cargarla nuevamente sobre sus hombros y subirla otra vez hasta lo alto de la montaña. El resultado no tendría variación alguna y tantas veces como subiera Sísifo con la roca a la cumbre de la montaña, otras tantas rodaría aquella hasta el valle, debiendo empezar este agobiante y penoso trabajo nuevamente.

## **Capítulo 5**

### **AMAZONAS**

#### **La homosexualidad femenina**

El historiador griego Herodoto, en sus Nueve Libros de la Historia, es quien habla por primera vez de la existencia de unas tribus guerreras de mujeres conocidas con el nombre de Amazonas; supone que éstas son oriundas del Cáucaso y que llegaron a formar un pueblo guerrero en el Ponto Euxino, a orillas del Termodón, cerca de Trebizonda y cuya población principal era Termiscira. Consiguieron ocupar una gran parte del Asia Menor, siendo dueñas de Éfeso,

Esmirna, Pafos y otras ciudades, conforme se desprende de gran número de medallas antiguas.

El nombre de Amazonas proviene, según una de las tradiciones, del griego "mazós": teta y "a": privativo, ya que desde niñas las guerreras comprimían o cortaban su pecho derecho para que no les estorbase en la práctica del arco o el manejo de la lanza.

Esta mutilación de las Amazonas, al parecer un puro producto del lenguaje sin ejemplos en las representaciones figurativas, aparece en un texto de Hipócrates en el siglo V, mientras que otra leyenda afirma, por el contrario, que su nombre significa mujeres de pechos grandes o desarrollados, dándole a la letra griega alfa valor aumentativo.

Sus principales deidades eran Ares (Marte para los romanos) y Artemisa (la Diana itálica). Por sus objetos de culto podemos acercarnos al conocimiento de estas mujeres. Ares es el dios de la guerra por excelencia. Es el espíritu de la batalla que goza con la matanza y la sangre. Si bien ante Troya, combate casi siempre al lado de los troyanos, poco le importa la causa que defiende. Su talla es sobrehumana y profiere gritos terribles. Como es natural, la mayoría de los mitos en que interviene Ares, son mitos guerreros, narraciones de combates. Pero no siempre el dios sale vencedor. Por el contrario, parece como si los griegos, desde la época homérica se hayan complacido en mostrar la fuerza bruta de Ares contenida o burlada por la más inteligente de Heracles (Hércules itálico) o por la viril prudencia de Atenea (Minerva)

Ares habita en Tracia, país semisalvaje, de clima rudo, rico en caballos y recorrido por poblaciones guerreras. También mora allí, por lo menos según cierta tradición, el pueblo de las Amazonas, que son hijas de Ares.

Artemisa permaneció virgen, eternamente joven y es el prototipo de la doncella arisca que se complacía sólo en la caza. Va armada con un arco, del cual se sirve contra los ciervos (a los cuales persigue a la carrera) y también contra los humanos. Es vengativa y fueron numerosas las víctimas de su cólera. Entre ellas figura Orión, el cazador gigante; una versión cuenta que éste había intentado violarla. Todas las leyendas alrededor de Artemisa son relatos de cacería que representan a la diosa salvaje en bosques y montañas, con sus compañeros habituales: las fieras. Era honrada en todas las regiones montañosas y agrestes de Grecia; en el mundo griego su más célebre santuario era el de Éfeso, donde su culto se había asimilado a una antiquísima divinidad asiática de la fecundidad. Pero la diosa, en el panteón helénico, ocupó el lugar de la "Señora de las fieras", revelado por los monumentos religiosos cretenses. Ha asimilado también cultos bárbaros, como el de Táuride, caracterizado por la flagelación de jóvenes espartanos.

Artemisa era la protectora de las Amazonas, guerreras y cazadoras como ella y, como ella, independientes del yugo masculino. Las Amazonas no permitían que entre ellas vivieran hombres, pero una vez al año, en primavera, copulaban con sus vecinos más cercanos a fines de asegurar la continuidad de su pueblo. Estos encuentros nocturnos descartaban la elección del compañero sexual ocasional, pues se realizaban al azar, y la oscuridad de la noche impedía el reconocimiento de éste.

Como no toleraban ningún hombre entre ellas, si el fruto era niño lo mataban o lo entregaban a sus vecinos; en cambio, si era niña, la cuidaban y adiestraban en sus costumbres y la fatiga de la guerra.

Según leyendas posteriores, a orillas del Don, de su contacto con los escitas, nació el pueblo llamado Sauromatoc. Los escitas, a quienes atacaron, las tomaron por varones; pero luego, cuando el error fue reconocido, dejaron de guerrear. Los más jóvenes se acercaron, cada vez más y más cerca, como se hace con un animal feroz y terminaron por unirse a ellas.

Los escitas estaban interesados en esa unión para obtener niños de los que harían buenos guerreros, pero las Amazonas aceptaban ese lazo imponiendo su propio modo de vida, que era la exacta contrapartida de la sociedad griega: las mujeres hacían la guerra y retenían las magistraturas; los hombres hilaban la lana y se ocupaban de los niños.

Otras veces la sumisión era más radical: las Amazonas toleraban a los hombres sólo como criados, para los trabajos serviles y los hijos varones eran mutilados al nacer, volviéndolos ciegos o cojos para que sean incompetentes en la guerra

Las Amazonas usaban como armas, el arco, el carcaj, el hacha de doble filo, el escudo de media luna y la lanza arrojadiza. Eran diestras en el manejo del caballo, que montaban en pelo o cubierto con una gualdrapa, sabiendo guerrear tanto a pié como a caballo.

Su espíritu belicoso las embarcó en expediciones que la leyenda elevó a la celebridad por la alcurnia de los luchadores. Los griegos, habiéndolas hecho prisioneras, las llevaron en sus barcos y fueron muertas por ellas, justificando así su nombre de "matadoras de machos" (androktonoi).

En una excursión invadieron la Licia, siendo rechazadas por Belerofonte; en otra, entraron en la Frigia para auxiliar a Príamo, al final de la guerra de Troya, guiadas por su reina Pentesilea, quien fué muerta por Aquiles.

También combatieron contra Heracles (Hércules) que quería apoderarse del cinturón (Zoster) de su reina Hipólita. Este cinturón era del propio Ares (Marte), quien se lo había dado a Hipólita para simbolizar el poder que ella tenía sobre su pueblo, convirtiéndose en signo de su excelencia guerrera. Desnudado por el esposo en la noche de bodas, era un símbolo de su destino de mujer. Después de una lucha desesperada, Heracles (Hércules) logra al fin apoderarse del cinturón y de Hipólita.

Teseo, acompañado de Piritoos, peleó con las Amazonas raptando a Antíope. Éstas, para vengarla, invadieron el Ática, llegando hasta las puertas de Atenas y acampando en el Aerópago (colina de Ares). Tan reñido fue el combate, que en Megara, en Queronea y Tesalia se mostraban las tumbas de las Amazonas muertas en la lucha.

El origen de la leyenda de las Amazonas no ha podido aclararse. Según unas opiniones, se trata de un pueblo histórico de mujeres guerreras. Otras amazonas africanas que tenían por reina a Mirina, llegaron a dominar a los nómadas, etíopes, gorgones y atlantes, siendo por último, exterminadas por Heracles (Hércules).

En el siglo VIII hubo también mujeres guerreras en Bohemia. Estaban organizadas militar y civilmente; no admitían hombres que no consintieran en ser esclavos y montaron a mujeriegas y durante ocho años hicieron ruda guerra al duque

Przmislas. Éste, en un principio, no las quiso tomar en serio, pero tuvo que variar de parecer en vista de que sus soldados caían muertos o prisioneros sin lograr reducirlas. Estas mujeres construyeron un castillo (Castillo de las Doncellas) que fortificaron hasta hacerlo inexpugnable. Las dirigía Vlasta, quien al llegar el momento en que vió inútil su resistencia, degolló 21 prisioneros que retenía en el castillo y salió de él para pelear denodadamente contra los soldados del duque hasta encontrar la muerte.

En el siglo XVI, el conquistador español Orellana afirmó haber luchado con Amazonas americanas a orillas del Marañón. De esta afirmación tomó el río el nombre de Amazonas; sin embargo, lo más que puede suponerse, es que entre los guerreros que combatían a Orellana se encontraban algunas mujeres.

Últimamente, los reyes de Dahomey tuvieron un cuerpo de Amazonas que desapareció al ser este país conquistado por los franceses.

Así como las "verdaderas mujeres" entregan a los hombres su tierra-ventre con el fin de que ellos la inseminen y hagan crecer la planta que las continuará después de la muerte, las Amazonas roban a los hombres su simiente y se sirven de ellos para sus propios fines: dar a luz niñas que continuarán amenazando el orden masculino.

En aquella época primitiva del helenismo, cuando la humanidad despertaba a formas superiores del pensamiento, cuando el hombre pasaba de la oscuridad mítica a la claridad mental y empezaba a meditar sobre la creación del mundo, sobre la esencia de la vida y sobre la relación entre hombre y mujer, la mente humana creó fenómenos sorprendentemente parecidos a los que la naturaleza había producido de modo real al principio de su filogenia al dar forma y transformar del modo más diverso todas las posibles variantes de hombre y de mujer.

En el caso de las Amazonas el precedente era un animal que la ciencia ha llamado lógicamente "molly amazona". La molly amazona es una parienta próxima de los conocidos gupis o peces del millón; tiene más o menos la longitud de un dedo y su medio ambiente está en América Central. Casi todas las particularidades de las antiguas figuras míticas pueden aplicarse a este animal extraño, con una sola excepción: las mollys Amazonas madres no matan a su descendencia masculina. Simplemente carecen de ella.

Estas Amazonas forman un pueblo de hembras, que sólo traen hembras al mundo. Pero los miembros de este pueblo de mujeres ¿de dónde sacan los hombres, que, por desgracia para ellas no son tan superfluos a la hora de tener hijos?. De los pueblos vecinos, pertenecientes a otras especies. Una vez al año las mollys Amazonas olvidan su repugnancia hacia el otro sexo y visitan a los machos de especies muy emparentadas con ellas que habitan en territorios aledaños. En los ríos y lagunas costeras del sur de Texas las Amazonas escogen a los machos de los mollys de aletas anchas, y en las aguas dulces y saladas del nordeste de México se dedican a los machos de los mollys de hocico puntiagudo.

De todos modos, lo que las Amazonas hacen con los machos forasteros es un abuso patente. Los espermatozoos no fecundan los óvulos. Se limitan a "simularlo". Es cierto que penetran en el óvulo, pero lo único que hacen en su interior es poner en marcha el alud de divisiones celulares del mismo, es decir el

proceso que después de miles de millones de divisiones transformará el diminuto embrión de vida en un ser completo.

Toda la masa hereditaria masculina desaparece una vez cumplida esta misión, sin fundirse con los cromosomas femeninos, como hace en casi todos los demás seres vivos. Este es el asesinato del elemento masculino dentro de la célula femenina.

Se trata, pues, de una partenogénesis muy especial, puesto que la amazona no continúa siendo virgen. Por ello el especialista no designa el fenómeno con el nombre de partenogénesis, sino con el de un caso especial: la ginogénesis.

El resultado es un cardumen muy raro. Todas las hijas poseen exactamente los mismos factores hereditarios. Cada hermana se parece a la otra en todos sus detalles, y crece como una reproducción minuciosa de la madre. Las Amazonas traen al mundo Amazonas que son siempre iguales que la madre y que no han heredado el menor rasgo del padre. Y así continúa todo, de generación en generación, durante milenios, sin que se produzcan cambios en la estructura del cuerpo o en el carácter. (Vitus B. Dröscher, "La vida amorosa de los animales").

Protegidas de Ares, el dios de la guerra, brutal y cruel, y de Artemisa, que repudia el contacto con los hombres, vengativas respecto de quienes las ofenden y expertas cazadoras, las Amazonas tienen las características de la personalidad de sus protectores.

Mujeres que viven en una comunidad de mujeres, que segregan a los hombres, contra quienes combaten indomables, no dejan lugar a dudas de que constituyen un grupo homosexual.

Si la relación entre la actividad y la pasividad caracterizan lo masculino y lo femenino respectivamente, no nos equivocamos en nuestra anterior apreciación. En la mujer y emanado de su papel en la función sexual, encontramos una cierta preferencia por la actitud pasiva que se extiende como una mancha de aceite sobre diversos aspectos de la vida.

Las Amazonas son un prototipo de virilidad femenina, puesto que hacen del arte de la guerra (tradicionalmente reservado al hombre) su actividad específica, cuando el sojuzgamiento de la agresividad, constitucionalmente prescripto (por su potencia física inferior a la masculina) y socialmente impuesto a la mujer, favorece en ésta el desarrollo de intensos impulsos masoquistas.

Este complejo de masculinidad que ha dificultado el desarrollo hacia la femineidad, implica lo que Freud denomina "el proceso de renegación que supone una verdadera escisión en el yo producida por la negación de la realidad de la castración. La figura de las Amazonas representadas sobre su cabalgadura, montadas a la manera masculina, es la imagen de la mujer fálica que entrepiernas tiene un potente corcel, compensatorio de la castración renegada. Se rehúsan a la aceptación de la falta y se conducen como si fueran hombres.

Su rechazo al varón tiene su explicación en que éste revela con sus genitales la percepción de la diferencia anatómica entre los sexos: que el que tiene pene es él y no ella, situación traumática que trata de evitar a toda costa, evitando por ello la presencia masculina.

Guerrear contra el hombre es equipararse a éste en la destreza y en la fuerza física y tratar de eliminarlo, para borrar con su muerte la diferencia sexual, para aniquilar aquello que les denuncia su falta.

En otro capítulo expuse el caso de una joven, Patricia, que se empeñaba en mantener relaciones sexuales con muchachos, pero que en el momento en que éstos se desnudaban y se hacía evidente la diferencia sexual, no podía tolerar el encuentro y huía apresuradamente. Trató entonces de realizar el coito con la habitación a oscuras, pero el contacto con el miembro eréctil tenía el mismo efecto; desesperada de que sus intentos de relacionarse sexualmente con varones fracasaran, intentó realizarlos alcoholizada, obteniendo el mismo resultado negativo. La relación con el hombre le evidenciaba su incompletud, su castración, y esta situación intolerable para su yo, la condujo a una elección de objeto homosexual.

En la leyenda referente a las Amazonas, éstas feminizan, castran a los hombres por la intensa envidia que éstos les despiertan. Si los hijos son niños los matan o entregan a sus vecinos por no poder soportar la visión del genital masculino, o los mutilan al nacer (castran), volviéndolos cojos o ciegos.

Si en la leyenda conviven con hombres, éstos tienen reservadas las tareas tradicionalmente asignadas a las mujeres o los trabajos serviles. Los hombres deben montar a mujeriegas, o sea, en una postura que se considera exclusivamente femenina, resultando una forma de impedir la exhibición de un falo simbólico entrepiernas.

En el diccionario, entre otras definiciones de la palabra "amazonas", encontramos una: "mujer de ánimo varonil", y otra: "mujer que monta", lo cual me hace pensar en aquellas mujeres que, a diferencia de las Amazonas de la leyenda, aceptan el coito, pero con una condición: han de ser ellas las que monten al hombre, las que estén encima de él. También pensé que una moderna versión de las Amazonas son aquellas jóvenes que van montadas en potentes motocicletas, llevando entrepiernas muchos "caballos de fuerza".

Recuerdo a Paula, una paciente con marcados signos de virilidad caracterológica, que, habiendo formado pareja heterosexual satisfactoria en muchos aspectos, no lograba excitación en el coito. Paula podía obtener orgasmo mediante la estimulación masturbatoria del clítoris, pero desconocía toda sensibilidad vaginal. Además de este síntoma de frigidez en la relación con su compañero, aparecía otro que la preocupaba aún más que su insensibilidad vaginal: tanto cuando estaba copulando como en su actividad onanista, se le presentaba una escena que trataba de rechazar pero que retornaba a pesar de sus esfuerzos, y que consistía en que el compañero sexual era una amiga. Esta representación le despertaba una intensa excitación que ella rechazaba con angustia.

Freud decía que el descubrimiento de la castración constituye un punto crucial en el desarrollo de la niña y que bajo su impresión se le abren tres caminos: uno de ellos consiste en la transformación del carácter en el sentido de una masculinización; otro camino puede conducirla a la inhibición sexual o a la neurosis; y por fin existe otro camino que consiste en asumir la castración y consiguientemente la feminidad.

En el primer caso, el de Patricia, que no podía mantener relaciones sexuales con hombres, podemos observar que el complejo de castración y la envidia del pene se resuelve en una identificación homosexual, ya sea con la madre fálica o con el padre, formando una pareja con una persona del mismo sexo.

Paula persiste en resaltar el elemento fálico de su sexualidad con el cual puede obtener placer y se niega al placer vaginal por ser éste una característica distintiva de lo femenino. La anestesia vaginal es un síntoma que muchas veces expresa la negativa a asumirse como mujer. Tenemos entonces un síntoma que es la frigidez o inhibición sexual neurótica y por otra parte una cierta masculinidad en el carácter que unida a la fantasía de relaciones con una mujer, nos señala un conflicto entre sus identificaciones femeninas y masculinas. La neurosis es el negativo de la perversión.

Patricia no resiste la visión o el contacto con el genital masculino y huye despavorida, lanzándose a los brazos de mujeres que no ponen en evidencia su incompletud. Paula puede copular con su pareja, pero también huye con su fantasía homosexual del pene, testigo de su carencia. Con su anestesia lo desconoce como potencialidad viril, capaz de convertirla en mujer, haciéndola gozar con aquello que le es propio y distintivo. Ambas tienen en común el intento de evitar la angustia que les despierta la falta.

Al comienzo de una sesión, luego del fin de semana, Paula, muy excitada, relata que había mantenido relaciones sexuales "como el hombre primitivo". El sábado había asistido a la proyección de una película titulada "La guerra del fuego", cuyo argumento tiene que ver con los albores de la humanidad y el proceso de hominización. Es un relato emocionante donde nuestros ancestros pasan de la necesidad de conservar el fuego ininterrumpidamente en combustión, hasta el conocimiento de su producción.

La progresión en las relaciones sociales corren paralelas a la evolución en sus costumbres sexuales; se exhiben imágenes de un hombre que ante la visión del trasero de una mujer agachada al borde de un río bebiendo, se acerca a ella, huele sus genitales y la toma sexualmente desde atrás, desatendiendo la negativa de la hembra. Mientras tanto hay grupos humanos más desarrollados que realizan el acto sexual cara a cara, con el consentimiento y el gozo de la mujer.

Paula realiza una lectura objetiva del film, el hombre primitivo poseía a la hembra desde atrás como lo hacen otras especies animales, pero ella interpretaba erróneamente que la penetración era anal. Luego del cine, en la intimidad del hogar y estimulada por las imágenes antedichas, había mantenido relaciones anales con su pareja.

Paula es una joven mujer, egresada de la Universidad y con una vasta cultura; ella "sabe" cuál es el origen, "de donde vienen los niños". Cuando le pregunto cómo se reproducía el hombre primitivo, piensa, hace insigth, se sorprende y sus mejillas enrojecen de pudor.

Freud, en "La organización genital infantil", en el capítulo que se refiere a "Teorías sexuales de los niños" dice que: "El desconocimiento de la vagina afirma también al niño en la segunda de sus teorías sexuales. Si el niño se forma dentro del cuerpo de la madre, desprendiéndose luego de él, tal separación no puede tener efecto sino por un solo camino, esto es, por el conducto intestinal. El niño es expulsado como un excremento, una deposición."

"La teoría de la cloaca, exacta en tantos animales, era la más natural y la única que el niño podía encontrar verosímil."

"Pensando consecuentemente, niega el niño a la mujer el doloroso privilegio de parir hijos. Si los niños son paridos por el ano, también el hombre puede

parirlos. Así, pues, el niño puede fantasear que da a luz a un hijo, sin que por ello hayamos de imputarle tendencias femeninas. Tales fantasías no son sino un resto de actividad de su erotismo anal."

Freud dice que el desconocimiento de la vagina es la segunda de las teorías sexuales de los niños; la primera es la existencia de un mismo órgano sexual masculino para todas las personas.

Este coito "como el hombre primitivo" de Paula con su compañero sexual, borra la diferencia entre los participantes de la cópula puesto que no entra en juego lo distintivo femenino que abre las puertas a la virtualidad procreativa. Pero el movimiento defensivo es doble: el proceso de negación de la desigualdad sexual (vagina-pene) se consolida con la afirmación de lo semejante (ano-cavidad rectal).

En otra oportunidad Paula me participa avergonzada que había tenido relaciones de masturbación anal recíproca y simultánea con su pareja. Esta forma de obtener placer estaría marcando la simetría óptima en las relaciones hombre-mujer, pues en esta experiencia no interviene ningún elemento diferencial.

Lejos de mi ánimo está el propósito de "recomendar" un modelo "vaginal"; no se trata de esto, el psicoanálisis ha conceptualizado al cuerpo como erógeno en toda su extensión y a sus órganos pasibles de mayor o menor grado de erotización, dependiendo ésto de factores constitucionales y de la actuación de una estimulación temprana.

Se trata de la posibilidad evolutiva de asumir y experimentar ese cuerpo erótico en su totalidad. Las experiencias orales, anales y fálicas, subsistirán si no son escotomizadas, pero en un nuevo clima dependiente del grado de evolución logrado.

Evangelina estaba casada hacía unos años y de esa unión tenía dos hijos; mujer joven, bastante llamativa en su aspecto, consultaba por problemas sexuales con su esposo. Después de un tiempo de casados, éste comienza a manifestar falta de erección cuando van a realizar el coito. Evangelina encuentra una solución a esta dificultad: se pone de costado ofreciéndose para realizar un coito anal que se realiza exitosamente. Este tipo de relación se prolonga durante varios años y continúa en el momento en que soy consultado.

Evangelina piensa que su marido es homosexual y que mantiene relaciones amorosas con uno de los directores de la empresa que él dirige y con quien no sólo tiene actividades laborales sino también deportivas. Ella cree que el vínculo tan estrecho que Leonardo tiene con su amigo es más que una profunda amistad.

No es mi propósito seguir abundando en la relación de este matrimonio; mi intención se reduce a mostrar cómo ellos escotomizan un aspecto de la sexualidad, cómo la genitalidad es negada. Aquí, el clima es anal, la experiencia excluye los genitales, la vagina es reemplazada por el recto. Se podrá argumentar que el pene es incorporado en esta práctica, y efectivamente, lo es, pero como pene anal, excremental.

Los componentes de la pareja erotizan la analidad en la cual pueden encontrar una simetría, evitando aquellos sectores de la sexualidad donde surge la diferencia; escotomizando lo que en la sexualidad tiene que ver con la castración.

Volviendo a nuestras Amazonas, ellas viven en una comunidad simétrica, donde no hay experiencia de castración ya que no hay genital masculino. Pero



una vez al año, sus necesidades de perpetuarse las impulsan a la cópula. Freud, en "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina" (1920), dice que: "Nuestra libido oscila normalmente durante toda la vida entre el objeto masculino y el femenino; el soltero abandona sus amistades masculinas al casarse y vuelve a ellas cuando el matrimonio ha perdido para él todo atractivo". Necesidad obliga y nuestras Amazonas parten para el encuentro amoroso, eso sí, a oscuras, como intentaba realizarlo Patricia, por aquello de que "ojos que no ven corazón que no siente". Una vez satisfecha la necesidad de procrear se vuelcan nuevamente a su comunidad homosexual.

Mito o leyenda, las Amazonas, doncellas ariscas y guerreras, montadas en briosos corceles, exhiben los símbolos de su falta.

## Capítulo 8

### ATENEA

#### La virginidad o la parálisis de la vida

Atenea es la diosa que los romanos identificaron como Minerva, hija de Zeus (Júpiter) y de Metis (Consejo), la titánide esquiva. A pesar de los trucos que empleaba Zeus para conquistarla, Metis conseguía despistarle una y otra vez, lo que hacía aumentar los deseos libidinosos del dios, quien como divinidad suprema terminó por lograr su propósito.

Metis quedó embarazada y cuando estaba a punto de dar a luz una hija, Zeus se la comió. Hizo esto por consejo de Urano y Gea, quienes le revelaron que Metis pariría una hembra, pero que en su siguiente embarazo iba a engendrar al varón que le destronaría, arrebatándole el imperio del cielo.

Zeus recordaba lo que su padre Cronos había pasado por querer destruirle a él y cómo resultó destronado por su hijo. Así que, sin dudarlo, se comió a la embarazada con el feto de Atenea. Parece que el feto siguió su proceso, y al cabo del tiempo reglamentario Zeus sintió los dolores de parto y no sabiendo a qué se debía tal penar, se tiró al lago Tritón para aplacar en sus aguas el extraño síntoma. De nada valió el chapuzón, ahora la cabeza le dolía como nunca se podría imaginar en un dios. Al verlo en tan penosa situación se le acercaron sus colegas y Hermes diagnosticó la causa de la jaqueca: era un embarazo craneal.

Llegado el momento del parto, Hefesto, por orden de Zeus le abrió el cráneo con un golpe de maza sobre la cuña dispuesta para rajar la cabeza sagrada. Como resultado de esta violenta trepanación, Zeus parió una joven completamente armada, Atenea, la diosa eternamente virgen, quien emergió profiriendo un grito de guerra que resonó en cielo y tierra.

Atenea fue la hija virginal del dios del cielo, diáfano y transparente éter, cuya pureza surge siempre resplandeciente a través de las nubes que lo circundan. Su parto, sin madre, ya proclama su condición virginal. Atenea sale directamente del cráneo paterno y no necesita de ningún seno materno que la cobije durante su gestación, tal vez por eso no conozca varón ni lo necesite.

Por afinidad a su carácter guerrero, se le venera como protectora y defensora de las acrópolis y ciudades. Los atributos de Atenea eran la lanza, el casco, la égida y su escudo. La égida, especie de coraza de piel de cabra, constituía un bien del que participaba en común con Zeus. En su escudo fijó la cabeza de la Gorgona, otorgada por Perseo, que tenía la virtud de convertir en piedra a quien la mirara. Su animal favorito era la lechuza -ave de la sabiduría-, su planta, el olivo.

Atenas, que lleva su nombre, fue el lugar más importante de su culto. Poseidón le disputó esta soberanía y cada uno trató de ofrecer al país el mejor regalo a fin de acrecentar sus méritos. Poseidón, de un golpe de tridente, hizo surgir un lago salado en la Acrópolis de Atenas. Atenea hizo que brotase allí un olivo, su regalo para que el pueblo la reconociese como soberana. Los dioses y diosas elegidos como árbitros, dieron su preferencia al olivo y confirieron a Atenea el reinado sobre el Ática.

Atenea permaneció virgen. En muchas ocasiones recibió el requerimiento amoroso de otros dioses, pero siempre se mantuvo fiel a su idea inicial de rechazar el contacto sexual. Esto no constituía un capricho de la diosa; ella comprendía que su nacimiento marcaba su destino, separada absolutamente del sexo que ni siquiera había existido en su concepción.

Si bien ella podía y sabía resguardar su condición virginal, su escudo con la horripilante cabeza decapitada de Medusa, la tornaba inaccesible. La visión de la cabeza de Medusa, representando el genital femenino rodeado de pelos, paraliza de terror a quien la contempla, petrificándolo. Atenea, la diosa virgen, lleva este símbolo del horror sobre sus vestiduras. Se convierte así en la mujer inabordable que repele todo deseo sexual, ya que ostenta los genitales terroríficos de la madre, de la mujer que causa repulsa por su castración.

La diosa se defendió de cualquier amante que buscara su entrega. Cuando sucede la guerra de Troya, Atenea se dirige al dios de la fragua, Hefesto, para que él forje su arsenal. Éste, enamorado de la bella y aguerrida diosa, acepta su encargo. A pesar de su fealdad, el herrero fue el marido de la bella entre las bellas, Afrodita, si bien su matrimonio no haya resultado todo lo satisfactorio que él esperaba. La presencia de Atenea le hace pensar en recomponer su vida y hallar la felicidad al lado de una mujer tan maravillosa.

Cuando hablan del precio por el trabajo, Hefesto indica que le basta el amor de Atenea; ella piensa que esto no es más que un cumplido, pero él cree sellar un trato. Poseidón, que se había quedado con la sangre en el ojo por haber perdido la soberanía del Ática, fue con el cuento de que la diosa -con la excusa de las armas- buscaba ser poseída brutalmente por el herrero.

Al oírla entrar en la forja, Hefesto, creyendo cumplir con los deseos de la virgen, se lanzó sobre ella. La diosa reaccionó sorprendida e indignada ante tal ataque y Hefesto, ya desbordado de deseo y de pasión, eyaculó en el muslo de su amada.

Atenea, asqueada, se limpia el muslo con unos vellones de lana que arroja al suelo. Gea, la tierra, recibe el vellón empapado con esperma y queda preñada. Gea no estaba dispuesta a cargar con ese hijo no deseado y cuando nace Erictonio, Atenea lo considera como hijo suyo, lo educa y luego de encerrarlo en un cofre lo confía a las hijas del rey de Atenas.

Atenea siente repulsa por la sexualidad y tiene la firme decisión de mantenerse inmaculada. Se indigna con Hefesto cuando éste decide abordarla sexualmente y le repugna que el herrero la "ensucie", la "manche" con las secreciones fruto de sus "bajas" pasiones.

Si los dioses están constituidos a imagen y semejanza de los hombres, podemos, a través de su examen, conocer a sus creadores.

Afrodita es la diosa que representa al amor; Atenea se caracteriza por su virginidad. Si bien encontramos valores opuestos en el mundo de los griegos, esto sólo confirma que el espíritu humano se caracteriza por oposiciones y conflictos.

Atenea es la expresión de un ideal (contrapuesto al de Afrodita) que sobrevive desde la antigüedad. Trataremos de acercarnos a su comprensión.

El estudio de culturas primitivas nos permite verificar que la virginidad constituye un tabú y está sometida a una serie de restricciones, costumbres y ceremonias cuyo objetivo es anular el peligro que ésta representa.

El tabú de la virginidad está tan estrechamente ligado a otros tabúes alrededor de la sexualidad femenina, que un estudio de su conjunto nos brindará un conocimiento más amplio del temor que la mujer inspira al hombre.

Me referiré a los tabúes sobre la pubertad, la menstruación, el parto, las relaciones sexuales y la virginidad. He seleccionado, de un gran número de testimonios, unos pocos ejemplos representativos del conjunto. Las citas -encomilladas- que ilustran estos tabúes, excepto el de la virginidad, pertenecen al libro "La rama dorada" de J.G. Frazer.

El primitivo establece un tabú allí donde teme un peligro, y no podemos negar, que en todos los preceptos de aislamiento que vamos a estudiar, se manifiesta un temor fundamental a la mujer.

El motivo de las restricciones que con tanta frecuencia se imponen a las jóvenes al llegar a la pubertad, es el temor que casi todos los pueblos primitivos abrigan por la sangre menstrual. Le temen siempre, pero especialmente en su primera aparición; por eso las limitaciones que oprimen a las mujeres en su menarca suelen ser más rígidas que las que han de cumplir en cualquier subsecuente recurrencia de ese manar misterioso.

"Entre los Koniags, pueblo esquimal de Alaska, una muchacha en pubertad era colocada en una cabaña pequeña y tenía que permanecer en posición cuadrúpeda seis meses; después alargaban un poco la choza para permitirle desencorvar la espalda, pero en esta postura debía quedar seis meses más. Durante todo ese tiempo era considerada como un ser impuro con el que nadie podía tener relación."

"Cuando los síntomas del primer catamenio aparecían en una muchacha de la tribu, los indios guaraníes del sur del Brasil, en las fronteras paraguayas, cosían su hamaca con ella dentro, de modo que sólo quedase una pequeña abertura para respirar. En esta condición, envuelta y amortajada como un cadáver, estaba por

dos o tres días, tanto tiempo como durasen los síntomas, período en el cual tenía que observar el ayuno más completo."

"Para los maticos o mataguayos, tribu india del Gran Chaco, la niña pubescente tiene que permanecer en reclusión por algún tiempo. Se tiende en un rincón de la cabaña, cubierta de ramaje u otras cosas, sin mirar ni hablar con nadie, y durante ese lapso no puede comer carne ni pescado. Mientras tanto, un hombre toca el tambor frente a la casa."

"Entre los Yucarares, tribu india de Bolivia oriental, cuando una joven percibe los signos de la pubertad, su padre construye una choza pequeña de hojas de palma cerca de la casa. En esta choza encierra a su hija de modo que no pueda ver la luz y allí permanece cuatro días en ayuno riguroso."

Cuando una doncella hindú alcanza la madurez sexual, queda encerrada cuatro días en una habitación oscura y tiene prohibido ver el sol. Se la considera impura y nadie puede tocarla. Su dieta está restringida a arroz cocido, leche, azúcar, requesón y tamarindo sin sal. En la mañana del quinto día va a un estanque vecino acompañada por cinco mujeres casadas "cuyos maridos vivan". Untada de agua de cúrcuma, se bañan todas después y vuelven a casa tirando la esterilla del lecho y otras cosas que hubiere en el cuarto."

Vemos los temores que suscita en el primitivo el inicio del sangrado cíclico de la mujer. La aparición del ciclo menstrual inspira una repulsa similar, si bien algo más atenuada.

"Según el Talmud, si alguna mujer al principio de su período pasa entre dos hombres, uno de ellos morirá. Los campesinos del Líbano creen que las mujeres menstruantes son la causa de muchas desgracias, que su sombra marchita las flores, seca los árboles y hasta paraliza el movimiento de las serpientes; si alguna de ellas montase a caballo, el animal podría morir o al menos quedaría inservible por largo tiempo."

"Los Guaykiríes del Orinoco creen que cuando una mujer está con sus reglas, morirá todo lo que pise y si un hombre pisa sus huellas se le hincharán las piernas instantáneamente. Entre los indios Bribe de Costa Rica, una mujer casada sólo usa hojas de plátanos como platos durante la regla y los tira en un sitio apartado al terminar de usarlos, pues si una vaca los encontrara y comiera, el animal se extenuaría y moriría. También bebe exclusivamente de una vasija especial, porque cualquier persona que beba después en la misma vasija infaliblemente se debilitará hasta perecer."

"En la mayoría de las tribus de indios norteamericanos había la costumbre de que las mujeres menstruantes se retiraran del campamento o pueblo para pasar el período de su impureza en chozas o abrigos para su uso. Allí vivían apartadas, comiendo y durmiendo solas, calentándose en hogueras propias y absteniéndose estrictamente de toda comunicación con los hombres, que a su vez las eludían como si estuviesen apestadas."

En las naciones civilizadas de Europa, las supersticiones que se acumulan alrededor de este aspecto misterioso de la naturaleza femenina, no son menos extravagantes que las existentes entre los salvajes. En la enciclopedia más antigua que poseemos -la Historia Natural de Plinio-, la lista de los peligros que pueden provenir de la menstruación es más larga que la de los propios bárbaros. Según Plinio, el contacto de una mujer menstruante convertía el vino en vinagre,

atizonaba los granos, mataba los semilleros, plagaba las huertas de parásitos, hacía caer prematuramente los frutos de los árboles, nublabo los espejos, embotaba las navajas, oxidaba el hierro y el latón (especialmente en luna menguante), mataba las abejas o al menos las alejaba de sus colmenares, hacía abortar las yeguas, y así sucesivamente.

"En varios sitios de Europa todavía se cree que si una mujer con su regla entra en una bodega, la cerveza se acederá; si toca cerveza, vino, vinagre o leche, se estropearán; si hace conservas, se pudrirán; si monta en yegua, ésta abortará; si toca capullos de flores, se secarán; si trepa por un cerezo, se secará. En Brunswick la gente cree que si una mujer menstruante asiste a la matanza de un cerdo, la carne se pudrirá."

En la actualidad, en nuestro medio, se piensa que si una mujer está con la regla no puede hacer mahonesa, pues ésta se corta. Años atrás existía la convicción de que una muchacha menstruando no debía ducharse, ni siquiera lavarse la cabeza o los pies, puesto que el sangrado podía interrumpirse y la joven correría el peligro de enloquecer.

Durante el puerperio se imponen a las mujeres restricciones similares por las mismas razones. En este período se supone que las mujeres están en una condición tan peligrosa que pueden contagiar a cualquier persona o cosa que tocasen; por eso se les impone la cuarentena hasta que recobran la salud y la energía, habiendo pasado el peligro imaginario.

"Así, en Tahiti, una mujer después del parto está recluída dos o tres semanas en una choza provisional levantada en terreno sagrado; durante el tiempo de encierro queda excluída de tocar las provisiones que le traen, por lo que otra mujer le da su alimento. Además, si alguien toca al recién nacido en este período, queda sujeto a las mismas restricciones que la madre hasta la ceremonia de purificación."

"Igualmente, en la isla de Kadiar, en Alaska, una mujer en trance de dar a luz, se retira a una cabaña baja y mísera construída de juncos, donde permanece hasta veinte días después de haber nacido el hijo, sin atender a la época del año y se la considera tan impura que nadie puede tocarla, por ello le aproximan los alimentos con una vara."

"Para los indios Bribi la impureza del puerperio es mucho más peligrosa que la catamenial. Cuando una mujer siente que su parto está cercano, se lo dice a su marido, que con presteza construye una choza en un lugar solitario. Allí vivirá sola sin mantener conversación con nadie, salvo con su madre o alguna otra mujer. Después del parto el curandero la purifica soplándole mientras ella sostiene un animal. Pero aún así, esta ceremonia solamente mitiga su impureza dejándola en un estado considerado equivalente al de una mujer menstruante; durante un mes lunar completo vivirá aparte de su familia cumpliendo las mismas reglas de comer y beber que las relativas a lo períodos menstruales."

"El caso es aún peor y la purificación es todavía más mortífera si tiene un aborto o un niño muerto antes de nacer, pues entonces ella no puede estar cerca de ningún alma viviente y el simple contacto con cosas que ella haya usado es excesivamente peligroso, dándosele su alimento en la punta de una pértiga. Ésto dura por lo general tres semanas, después de cuyo tiempo puede volver a su

casa, sujeta solamente a las restricciones habituales de un confinamiento por parto".

En muchas culturas los hombres deben abstenerse de relaciones sexuales en tiempos de guerra; cabe conjeturar que el motivo es un miedo supersticioso; según los principios de la magia, un contacto íntimo con mujeres les inyectaría su femenina debilidad y cobardía. Asimismo, hay pueblos que imaginan que el contacto con una mujer durante el puerperio enerva a los guerreros y debilita sus armas. "Los Kayanos de Borneo van tan lejos en esto que mantienen que el tocar un telar o ropas de mujer debilita tanto que un hombre no podría tener éxito en la pesca, en la caza ni en los combates. Por esto, no son solamente las relaciones sexuales con las mujeres las que rehuye el guerrero; tiene también sumo cuidado en evitar cualquier otra clase de relaciones con ellas."

"En las tribus montañosas del Asam no sólo está prohibido a los hombres cohabitar con sus mujeres durante o después de una excursión bélica, sino también comer alimentos preparados y cocinados por mujer, e incluso dirigir la palabra a la propia. En cierta ocasión, una mujer que sin saberlo faltó a la ley, hablando a su marido mientras estaba bajo el tabú de guerra, enfermó y murió cuando se enteró del terrible crimen que había cometido."

Otro tabú que deben observar los hombres pertenecientes a culturas primitivas es el tabú de la virginidad que como los anteriores tiene prescripciones cuyo incumplimiento acarrearía serios perjuicios.

La significación fisiológica del himen -la membrana más o menos gruesa, más o menos elástica, que en general obstruye parcialmente la vagina de las vírgenes- no se conoce.

En los pueblos primitivos la desfloración constituye un acto importantísimo que ha llegado a ser objeto de un tabú, esto es, de una prohibición de carácter religioso. Sería erróneo decir que no dan valor alguno a la virginidad, aduciendo para ello su costumbre de hacer desflorar a las adolescentes fuera del matrimonio y antes del primer coito conyugal; lo que ocurre es que en lugar de reservarla al prometido y futuro marido de la adolescente, la costumbre exige que el mismo eluda tal función.

Freud utiliza el testimonio de Crawley, volcado en su libro "The mystic rose, a study of primitive marriage": "Entre los Dieri y algunas tribus vecinas (Australia) es costumbre general proceder a la rotura del himen al llegar las jóvenes a la pubertad. En las tribus de Portland y Glenlg se encomienda esta función a una anciana, acudiéndose también, a veces, en demanda de tal servicio a los hombres blancos."

"La rotura artificial del himen es verificada algunas veces en la infancia, pero más generalmente en la pubertad. Con frecuencia aparece combinada -como en Australia- con un coito ceremonial."

"El himen es perforado artificialmente y los hombres que han asistido a la operación realizan después el coito (de carácter ceremonial) con la joven, conforme a un orden de sucesión preestablecido. El acto se divide, pues, en dos partes: perforación y coito."

"Entre los Masais (África ecuatorial), la práctica de esta operación es uno de los preparativos más importantes del matrimonio. Entre los Sacais (malayos), los Tates (Sumatra) y los Alfoes (islas Célebes), la desfloración es llevada a cabo por

el padre de la novia. En las islas Filipinas existían hombres que tenían por oficio desflorar a las novias cuando éstas no lo habían sido ya, en su infancia, por una anciana encargada de tal función. En algunas tribus esquimales se abandona la desfloración de la novia al angekok o sacerdote."

El término virgen aparece por primera vez en el conjunto de leyes que datan del segundo milenio, conocidas como "Leyes Asirias": "En el caso en que un hombre haya violado a una virgen, el padre de la virgen tomará a la mujer del violador y la abandonará a la prostitución; no la devolverá a su marido, sino que la retendrá en su casa. El padre donará su hija desflorada al violador como esposa. Si el violador no está casado debe pagar la dote al padre y el padre puede forzarlo al matrimonio con su hija, aunque el violador no tendrá ningún derecho, después de haber pagado la dote si el padre decide casarla con otro hombre. Pero si la virgen se ha entregado voluntariamente, el hombre lo jurará y su mujer no será tocada. El hombre pagará al padre el precio de una virgen, un "tercio de plata" y el padre hará con su hija lo que quiera."

Este pasaje indica que la virginidad tenía en Asiria un cierto valor comercial, y es muy probable que también lo tuviese entre los babilonios y los sumerios. Pero no a causa de ciertas evaluaciones morales, sino debido al hecho de que el himen estaba considerado como una protección contra los demonios, que se servían de una violación o de un acto voluntario de parte de la virgen antes del matrimonio para entrar en la matriz. Por esto, en ciertos períodos de la historia babilónica y asiria, la desfloración de una joven prometida en matrimonio debía celebrarse en un templo durante un rito específico, o en la casa del padre ante alguna imagen de una divinidad, por parte del novio.

La importancia que le concedían a la virginidad los antiguos israelitas está expresada en un pasaje de Deuteronomio 22: "Si un hombre después de haber tomado mujer y haber entrado a ella la aborreciere y le imputare falsamente delitos y la difamase, diciendo: "He tomado a ésta por mujer, y cuando a ella entré no la hallé virgen", el padre y la madre de ella tomarán las pruebas de su virginidad y las presentarán a los ancianos de la ciudad en las puertas. El padre de la joven dirá: "Yo he dado por mujer mi hija a este hombre, y él, habiéndola aborrecido, le imputa cosas deshonorosas, diciendo: no la he hallado virgen. Ahí están las pruebas de la virginidad de mi hija", y desplegará la sábana ante los ancianos de la ciudad. Éstos tomarán al hombre y le castigarán, le impondrán una multa de cien siclos de plata, que entregarán al padre de la joven, por haber esparcido la difamación de una virgen de Israel; tendrá que tomarla por mujer, y nunca en la vida podrá repudiarla. Pero si la acusación fuera verdad, habiéndose hallado no ser virgen la joven, la llevará a la entrada de la casa de su padre, y las gentes de la ciudad la lapidarán hasta matarle, por haber cometido una infamia en Israel, prostituyéndose en la casa paterna; así quitarás el mal de en medio de ti."

Esta valoración de la virginidad impediría a los jóvenes mantener relaciones sexuales antes del matrimonio. Debemos tener en cuenta que en aquella época lejana, el período de abstinencia no era muy prolongado pues las jóvenes se desposaban precozmente, probablemente a la entrada de la pubertad.

A pesar de este temprano acceso al matrimonio, los primitivos israelitas sabían, como nosotros, que la sexualidad es difícil de reprimir y la ley no se

obedece y pierde su efectividad si es demasiado dura para quienes deben cumplirla.

Por ello, la reglamentación de la ley permite una serie de prácticas que pueden sustituir al coito vaginal y no afectan la integridad del himen ni la virginidad de las muchachas.

La ley está formulada en la Misnáh de la manera siguiente: "Incluso si diez hombres han copulado de una manera contranatural con una virgen prometida, continúa siendo virgen". La Gemära proporciona la siguiente explicación: "Si la herida del ano debe ser considerada como poseedora de las mismas restricciones que la herida del himen, y por tanto si se tuviese que poner en práctica la descalificación contra la cópula contra-natura, no se haría mujer alguna que fuese digna de convertirse en la mujer de un gran sacerdote, porque no existe ninguna que no haya sido herida de alguna forma. Pues está dicho: tomará por esposa a una mujer todavía virgen. A la viuda, a la mujer repudiada o profanada por la prostitución, no las tomará por esposa; sino que tomará por esposa solamente a una virgen entre los suyos, no profanará su descendencia levítica, pues soy yo, Yahvé, quien lo he santificado. Así pues, puesto que los grandes sacerdotes se han casado, el comercio carnal contra-natura no influye en la virginidad."

Recorriendo la lista de tabúes que recaen sobre la mujer en culturas primitivas, comprobamos que su sexualidad está sujeta a prohibiciones en casi todas sus manifestaciones.

La mujer representa un terrible peligro para el hombre en cuanto se muestra como tal, en cuanto evidencia las particularidades que la distinguen.

En el Diccionario de la Real Academia Española, hombre es: "ser animado racional" - "bajo esta acepción se comprende a todo el género humano" - "varón". Varón es: "la criatura racional del sexo masculino".

Es curioso que el término hombre sea extensivo para todo el género humano, como si su uso datara desde antes de la creación de Eva, la primer mujer.

Si buscamos macho, dice: "animal de sexo masculino" y hembra: "animal de sexo femenino" - "mujer". O sea que atribuye a la mujer una equivalencia con los animales, cosa que no se atreve a hacer con el hombre, a pesar de que muchos estarían muy orgullosos de ser llamados machos.

Mujer es: "persona del sexo femenino" - "la que ha llegado a la pubertad". Observamos que no se la califica simétricamente al hombre como "criatura racional del sexo femenino".

Esta lectura del diccionario nos ha sido útil para comprobar los prejuicios encubiertos que los hombres tienen de la mujer y nos informa que lo que constituye a ésta, como tal, es su sexualidad, diferente de la masculina; así como lo que constituye al hombre es su sexualidad distinta de la femenina. Y la sexualidad de la mujer es objeto de tabúes en todas sus manifestaciones. Incluso el coito es tabú en determinadas circunstancias -durante la menstruación, antes o después del combate, etc- por los peligros que emanan de la mujer.

Cada uno de estos tabúes ha sido y es objeto de explicación por separado; distintas disciplinas han construido teorías para explicarlos. El psicoanálisis también ha aportado sus puntos de vista y ya nos extenderemos en las explicaciones freudianas sobre el tabú de la virginidad.



Mi propósito es analizar el peligro que para los primitivos podía significar la rotura del himen. Si integro estos temores con otros que provienen de la sexualidad femenina, es porque creo que además de sus explicaciones diferenciales, tienen otra en común que las globaliza: el terror a la castración.

La vista de los genitales femeninos constituye para el niño la amenaza de perder los suyos; él no distingue entre masculino y femenino, entre hombre y mujer. En un primer momento, para él, todos los seres humanos poseen pene; cuando observa con horror que hay algunos que han sido despojados de tal atributo, teme que tamaña desgracia pueda recaer sobre él. ¡Cuánto más terrorífica será esta visión si junto a su constatación de la falta de pene, observa el genital femenino manando sangre!

Como ya lo señalamos, para Freud, la cabeza de Medusa simboliza la castración, pues decapitar es castrar; de allí el horror que despierta. La castración tiene un aspecto terrorífico que tanto al niño, como también al hombre partícipe de culturas primitivas, se le aparece corporeizado en los genitales femeninos que adquieren la categoría de castrados.

Por ello, el salvaje hace objeto de tabú a la mujer en todas las manifestaciones femeninas en que hay flujo de sangre entre las piernas. Su temor tiene relación no sólo con el horror que le produce la vista de los genitales castrados sino también con el miedo a contagiarse de esas características femeninas.

¿Podemos imaginar el terror que hubiera invadido al salvaje, si al copular con una mujer menstruante, se retirara de ella con el pene bañado en sangre?

El guerrero, preparado para el combate, no debe tener relaciones sexuales, puesto que el contacto con la mujer puede feminizarlo y despojarlo del valor y coraje necesarios para la lucha. También el enfermo de lepra era alejado de los poblados y su contacto evitado por temor al contagio.

Comprobamos que la mujer sangrante provoca tal espanto en el primitivo que éste la retira de su vista (ojos que no ven, corazón que no siente) hasta que el peligro de contagio haya concluído. Este contagio tiene relación nada menos que con la castración, por ello debe alejar a quien está poseída de tal demonio.

El tabú de la virginidad ha sido objeto del psicoanálisis por primera vez en "El tabú de la virginidad", donde Freud realiza un estudio detallado cuyos puntos principales trataremos de sintetizar.

En primer lugar, el desfloramiento de las jóvenes provoca, por lo general, efusión de sangre, y los primitivos sienten aversión al derramamiento de sangre, pues consideran a ésta la fuente de la vida. El tabú de la sangre se enlaza a la prohibición de matar y constituye una defensa contra los instintos homicidas.

En segundo lugar, el primitivo experimenta angustia ante situaciones nuevas para él, situaciones que se apartan de lo normal.

En tercer término, los preceptos de aislamiento en muchas manifestaciones de lo femenino, revelan un temor fundamental a la mujer como diferente del hombre, enigmática e incomprensible para éste. El hombre teme contagiarse de su femineidad y mostrarse incapaz de hazañas viriles.

En cuarto lugar, el hombre siente desprecio hacia la mujer; una repulsa narcisista referida al complejo de castración.

En quinto lugar el desfloramiento ocasiona dolor en la muchacha y atrae su encono a quien lo produce. A ello podemos agregarle la hostilidad provocada por la ofensa narcisista concomitante a la destrucción de un órgano. Ofensa acrecentada por la disminución del valor sexual de la desflorada.

En sexto término, las primeras fijaciones de la libido tienen una extraordinaria intensidad; trátase de deseos sexuales infantiles conservados, de una fijación al padre o a un hermano, sucedáneo de aquél. El marido es siempre un sustituto; así que, de la intensidad de las fijaciones anteriores depende su aceptación o rechazo.

Por ello, los primitivos tienen la costumbre de encomendar el desfloramiento a uno de los ancianos de la tribu o a un sacerdote, esto es, a una persona de carácter sagrado, en definitiva, a un sustituto del padre. En este punto parece iniciarse un camino que nos lleva a la tan discutida "primera noche" de los señores feudales.

Por último, la envidia del pene despierta la hostilidad de la mujer contra el hombre, hostilidad que nunca falta por completo en las relaciones entre los dos sexos.

El punto de vista de Freud hasta aquí examinado, no integra dos elementos del tabú de la virginidad por él mencionados: "la efusión de sangre", que Freud vincula a la prohibición de matar, y la intervención del "complejo de castración", que remite aquí a una repulsa narcisista, elementos cuya relación explicaría la causa del espanto del salvaje.

Considero que, como en otras manifestaciones de la sexualidad femenina que producen hemorragia, la desfloración despierta el horror del salvaje ante un genital -según su percepción- castrado y sangrante, pues él teme ser objeto de esa mutilación que observa en otros seres.

No creo innecesario destacar que estos temores tan dramáticamente vividos, tan intensamente experimentados por el hombre perteneciente a culturas primitivas, continúan operando en nosotros, ya sea conciente o inconcientemente.

Las consideraciones de Freud con respecto al tabú de la virginidad, están referidas a las emociones que embargan al hombre ante la mujer virgen y muy tangencialmente al significado que para ésta puede tener el desfloramiento.

El sujeto de investigación es aquí el masculino, que, en un drama de dos personajes, se apropia del papel principal y relega a la mujer a uno secundario. Vamos a tratar de girar la óptica y enfocar las ansiedades que despiertan en la muchacha, el asumir su desarrollo corporal y enfrentar una sexualidad que la reclama.

Claudia nos permitirá ejemplificar, en un contexto psicopatológico, los conflictos que estamos describiendo. Es una chica de dieciséis años que padece de una grave anorexia y que me es derivada junto con sus padres, a terapia familiar. Inteligente, excelente alumna de un colegio religioso y buena deportista, es asistida psiquiátricamente pues en los últimos meses ha descendido de peso notablemente.

Dieta mediante, ha logrado reducir sus 60 Kgs. a los 37 que pesa actualmente; dado que es una joven alta, podemos decir que ha quedado convertida en "piel y huesos".

Sus padres, ambos bien parecidos, tienen alrededor de cuarenta y cinco años de edad. Me muestran una foto de Claudia obtenida con anterioridad a sus síntomas anoréxicos, y en ésta observo a una chica en bikini, de formas femeninas pronunciadas, que nadie dudaría en considerar atractiva. Su madre dice: "un día se acostó nena y se levantó mujer. Todos comentaban el desarrollo espectacular de Claudia."

Consecuencia de su delgadez es la interrupción de sus reglas, una baja temperatura corporal y la pérdida de sus formas femeninas.

Ya en la primera entrevista se hace evidente que Claudia y su madre forman una dupla de la cual el padre queda excluido y alejado. Si bien en su escolaridad, en la vida deportiva o en la relación con sus compañeros no parecen existir conflictos, éstos se manifiestan con su madre, con quien discute mucho, pero a la que está muy apegada. El padre dice que su mujer todavía lleva a la hija en el útero.

Claudia manifiesta que su necesidad de controlar la ingesta surgió porque tiene las piernas gordas como el padre y no quiere ser como él, que es gordo y come de manera descontrolada, así como es descontrolado para todo, también en sus reacciones emocionales.

Cuando hubo que elegir escuela se hizo la voluntad de la madre, quién trató de inculcar a su hija "valores espirituales", "que no esté en la pavana, en lo material, que busque y se acerque a Dios" (ella vino a la entrevista con un rosario y Claudia lleva un crucifijo colgado en su cuello).

El padre, en cambio, deseaba que la hija concurra a una escuela laica y mixta; él apoya los "aspectos terrenales", habla de lo corto de la existencia, de la necesidad del goce, de poder disfrutar los aspectos placenteros de la vida. Muy diferente es el discurso de la madre, quien habla a su hija de la necesidad de controlarse, de cuidarse, de no cometer locuras. Hasta el año anterior, Claudia tuvo un novio y su madre le advertía una y otra vez que no debía estar a solas con él.

Claudia vive muy preocupada porque Luisa, su mamá, siempre tiene alguna enfermedad o está sufriendo por algo. Ella piensa que si crece, su mamá envejecerá y morirá sin disfrutar lo que tendría que haber disfrutado; manifiesta que quisiera volver a la infancia para que la vida de su madre sea diferente.

A los ocho años Claudia tuvo juegos sexuales con un primo y quedó culpabilizada. Una de las razones por las que luego interrumpió su noviazgo fue la aparición de intensos deseos sexuales; tenía temor de no lograr controlarse y convertirse en una puta. Piensa que una vez que se empieza ya no se puede parar.

Recuerda a una compañera de colegio que estaba tomando sol en la terraza cuando subió el novio; comenzaron a abrazarse, a besarse y terminaron acostándose; ya no pudo parar, ahora es una puta. A esta chica y a otra que quedó embarazada, las monjas las expulsaron de la escuela.

En nuestra paciente observamos los síntomas característicos de los cuadros de anorexia, muy frecuentes en las jóvenes. En primer lugar una involución del desarrollo corporal, que produce el borramiento de las formas femeninas adquiridas, y, por tanto, una cierta indiferenciación sexual.

La interrupción del ciclo menstrual (testigo de la feminidad) contribuye a la indiferenciación sexual y paraliza el calendario biológico que marca el paso del tiempo.

El desarrollo y florecimiento corporal y sexual introduce la temporalidad, la castración y la muerte.

Crecer implica el duelo por el cuerpo infantil -donde hombre y mujer no están diferenciados- y de los padres infantiles. Los cambios corporales obligan a modificar los vínculos con uno mismo y con el mundo; imponen una definición del rol sexual que se deberá asumir, y el abandono de la teoría del doble sexo o de la completud sexual.

Sin sexualidad no existe incompletud ni somos seres pertenecientes a una dupla separada.

El desarrollo corporal implica la pérdida de la fantasía de la bisexualidad, del cuerpo infantil, de los padres infantiles y de la identidad de la infancia.

Mantenerse únicamente en el tiempo experiencial, es un intento de paralizar el tiempo y los cambios; de negar la existencia de un pasado y la perspectiva de un futuro.

Para Claudia comer es crecer, dejar envejecer y morir a la madre. Si no come, se inmola ella en aras de la juventud y la vida de sus padres. La relación con su madre, la exclusión del padre, nos indica también una regresión objetal, dado que habiendo logrado sostener un noviazgo, lo ha perdido y ahora se encuentra muy volcada a la madre.

Claudia tiene la fantasía de que la mamá dejó a un lado al padre para ocuparse de ella, sacrificando su sexualidad y ahora no puede abandonarla, es un deber de fidelidad, tiene que ser el bebé-pene de la madre que de esta manera podrá gozar, disfrutar con ella lo que no ha disfrutado con el marido; Claudia se ofrece como objeto de satisfacción.

Si la madre, que la está esperando para gozar, es abandonada, envejece y muere. Esta es una fantasía de madre fálica en la que ella es el falo de mamá. Por eso, si accede a la sexualidad, las monjas (madres carentes de padres) la van a expulsar como hicieron con sus compañeras.

En Claudia, como en otras jóvenes anoréxicas, se produce un desplazamiento que convierte a la boca en vagina, el comer en copular y el engordar en embarazarse.

Este desplazamiento en la geografía corporal, nos explica los sentimientos de culpa que rodean una comida deseada y satisfactoria. El apetito descontrolado tiene estrecha relación con los deseos sexuales, así como la inhibición del hambre se relaciona con la abstinencia sexual. Por ello encontramos en las jóvenes anoréxicas esa necesidad de control riguroso sobre la ingesta y un "rechazo moral" por la comida, puesto que ésta tiene otro significado inconsciente.

Comprobamos, analizando los conflictos de Claudia, el grado de exigencia que lleva implícito el desarrollo personal. Los problemas que analizamos en nuestra joven paciente no son privativos de ésta. Si estudiamos los conflictos en un cuadro psicopatológico, es con el propósito de hacerlos resaltar como si utilizáramos una lente de aumento.

La problemática que ha paralizado a Claudia, impide, por el momento, el ejercicio de su sexualidad en la plenitud genital. Cuando esto ocurra, nuestra joven

tendrá que pasar la experiencia universal que implica, para la mujer, la primera relación sexual y la consiguiente desfloración.

Es cierto que el desfloramiento ocasiona dolor en la muchacha, que es muy difícil que ésta pueda gozar en su primer o en sus primeras relaciones sexuales como resultado de un coito vaginal. Sólo conozco un caso de excitación placentera con orgasmo. En general, la experiencia nos muestra un tránsito a veces lento, de la sexualidad clitoridiana a la vaginal.

Es indudable también que la rotura del himen, vaya acompañada de sangre o nó, representa para la joven la destrucción de un órgano; y si este daño es irreparable, lo es también el cambio de condición -de virgen a desflorada- que representa el primer coito.

Para comprender la importancia de la desfloración, considero necesario destacar un aspecto sobresaliente: la función que cumple la integridad del himen. Éste cierra las puertas a la castración. Si bien la joven ha tenido que pasar por esa experiencia -la de la castración-, ésta puede ser renegada.

El himen actúa como barrera que protege a la mujer del conocimiento y de la experiencia de la complementariedad del compañero sexual; la priva del saber de su falta.

Como expresé en capítulos anteriores, la homosexualidad femenina es una renegación de la diferencia de los sexos y de la castración. La virginidad también puede operar como desconocimiento de ella.

La desfloración introduce a la joven en la castración, en la incompletud y en la complementariedad de "hombre-mujer", "pene-vagina". Complementariedad en la que, si ella acepta ser mujer para el otro hombre, debe abandonar su sexualidad masculina para erotizar aquello distintivo de su feminidad.

Si acepta la castración, si decide albergar en su interior lo propio del hombre, se abre su ser a la generatividad. Paso muy importante, pues si bien sus frutos pueden compensarle de su falta de pene y la masa fálica del hijo darle una ilusión narcisista de completud, la maternidad la introduce inexorablemente al devenir corporal, al recambio generacional y a la muerte.

A los cambios experimentados en la pubertad, cambios corporales que señalan el decurso de la vida, al suceder de sus reglas cual un calendario lunar, se agregan los cambios corporales del embarazo y parto, el crecimiento y la madurez de los hijos, la muerte de los padres y la expectativa de la propia muerte.

Un sacerdote, el padre, una autoridad, o quien sea que represente la ley, tanto en la comunidad primitiva como en la nuestra, se encarga de introducir a la muchacha en el devenir de la vida. La ley impuesta de esta manera, salvaguarda al marido de la hostilidad que esto provoca en la joven, derivándola a las instituciones reguladoras de la comunidad.

En otro ámbito, el escudo con la horripilante cabeza de Medusa protege a Atenea de los hombres y la convierte en mujer inabordable. En aras de la vida eterna -premio a su virginidad- hubo de paralizar su devenir, renunciar a la sexualidad, al amor y a la generatividad. Así deambula por el Olimpo la diosa eternamente virgen, eternamente estéril.

## Capítulo 9

### HERMAFRODITA

#### La fantasía de completud

Se designa con el nombre de hermafroditas a todos los seres que participan de una doble naturaleza: masculina y femenina. En la mitología griega se denomina así al hijo de Hermes y Afrodita, unión que está firmemente sellada en la condensación del nombre de sus padres. La fortuna acompañaba a Hermafrodita, puesto que heredó la belleza de ambas deidades.

Según la leyenda, cuando tenía quince años quiso conocer el mundo y viajó por el Asia Menor. Encontrándose en Caria, llegó un día a las márgenes de un lago de maravillosa hermosura. La ninfa de este lago, llamada Salmacis, se enamoró de él en el mismo momento en que le vió, tal era la hermosura de Hermafrodita.

Salmacis le declaró su amor pero fué rechazada. La ninfa aparentó resignarse y aguardó un momento más propicio. No tuvo que esperar mucho tiempo, pues Hermafrodita, atraído por la limpidez del agua, se quitó la ropa y se zambulló en el lago.

Cuando Salmacis lo vió en sus dominios y a su merced, se dirigió rápidamente hacia él y lo estrechó en sus brazos con fuerza, mientras rogaba a los dioses que sus cuerpos nunca pudieran separarse, que se unieran hasta hacer de ambos solamente uno. Los dioses escucharon sus plegarias y les fusionaron en un nuevo ser provisto de dos sexos.

Pero su nombre, ¿no nos está señalando, ya desde la concepción, su naturaleza dual? ¿No es Hermafrodita heredero de las características sexuales de ambos padres? Estas características son muy especiales, pues, si Afrodita es la diosa del amor, la bella entre las bellas, Hermes no le va a la zaga, ya que sus representaciones le muestran dotado de un órgano viril muy destacado.

Hermafrodita obtuvo del cielo el poder de disminuir la virilidad de quien se bañase en las aguas del lago Salmacis. Se decía que sus aguas habían civilizado a los bárbaros que llegaron a establecerse en la región, puesto que ablandaba la valentía y afeminaba a los hombres que de ellas bebían.

Probablemente la leyenda está inspirada en la tendencia que predominaba en las religiones orientales, de confundir los atributos de los dos sexos. En Chipre, por ejemplo, al lado de la diosa Afrodita, se veneraba a un Afrodito masculino, ataviado con vestiduras femeninas.

Una de las leyendas acerca de Narciso, el bello hijo del dios-río Céfiso, refiere que éste tenía una hermana gemela a la que se parecía en extremo; ambos eran bellísimos. La muchacha murió, y Narciso, que la quería entrañablemente,

experimentó gran dolor. Un día, al verse reflejado en una fuente, mitigó su pena creyendo contemplar a su hermana. Aunque sabía claramente que no era a ella a quien veía, se acostumbró a mirarse en las fuentes para consolarse de su pérdida.

En ambas leyendas encontramos elementos comunes: tanto Hermafrodita como Narciso son jóvenes, de inigualable hermosura, ambos desprecian los reclamos amorosos y sellan en las aguas espejadas su destino. Hermafrodita queda unido para siempre a la imagen especular que lo completa y Narciso, enamorado de su imagen gemela femenina, encuentra con ella su plenitud.

Encontramos expresados en estos mitos la fantasía de completud humana: la existencia en una misma persona de las características de ambos sexos; la negación del desgarró, de la falta, que nos empuja a encontrar en el otro distinto y complementario, aunque no sea más que por momentos, esa unidad ansiada que no somos.

Aristófanes, en el "Banquete" de Platón, dice que el amor constituye la búsqueda de la totalidad perdida, de una totalidad que alguna vez fuimos. Relata que, al principio eran tres las clases de hombres y no dos como ahora, siendo la tercera una clase común a ambas: los machi-hembras, que en su tiempo eran una realidad visible y con nombre común formado de ambos, de macho y de hembra.

Esos hombres eran redondos, con espalda y pechos dispuestos en círculo, con cuatro manos, con dos rostros perfectamente iguales sobre un cuello circular, una sola cabeza, rostros opuestos, cuatro orejas, dos vergüenzas, etc.

Podían caminar recto en ambas direcciones, pero si alguna vez se les daba por correr a toda prisa, podían hacerlo dando volteretas circulares sobre sus ocho miembros.

Eran tan temibles por su robustez y su fuerza, y con pensamientos tan grandiosos en sus mentes, que pusieron manos a la obra de escalar el cielo para encumbrarse sobre los mismos dioses. Para castigar semejante osadía, Júpiter decidió debilitarlos dividiendo a cada uno en dos. Cortada así la naturaleza humana, se dirige una mitad hacia su otra mitad con ansias de unión; los varones que son corte de machi-hembra, son amantes de mujeres y de ellos salen los adúlteros; las mujeres amantes de varones y adúlteras proceden de este mismo tipo. Las mujeres que son cortes de mujer no hacen gran caso de varones y se entienden mejor entre ellas.

Y Aristófanes hace su apología de las relaciones homosexuales: "Empero, los que son cortes de varón van tras los varones; y mientras son jóvenes, por ser nada más recorte de varón, se dan al amor de los varones y les es un placer dormir juntos y abrazarse con ellos; y son éstos los jóvenes mejores y los mejores mozos, puesto que son de naturaleza superlativamente varonil. Tíldanos algunos de desvergonzados, mas falsamente; que no obran así por desvergüencería; que, más bien, se abrazan con sus homosexuales por valientes, por viriles, por machos."

Cuando cualquiera de estas tres clases tienen la suerte de dar con aquella mitad que es la suya, no quieren separarse ni por un momento y si fuese posible les agradaría hacer de los dos uno solo.

Esta fantasía de la existencia de una naturaleza primitiva donde cada ser constituye una totalidad autosuficiente, es la expresión del deseo de borrar la falta y la necesidad del otro.

En el mundo animal podemos encontrar seres con características de ambos sexos, mientras que en el hombre esta completud sexual sólo forma parte de sus fantasías individuales y de sus mitos colectivos. Vitus Dröscher, en "La vida amorosa de los animales", describe casos de hermafroditismo: "En el borde de un arrecife cinco *Serranellus Subligarius* bailan una danza de hadas. Observamos especialmente al mayor de ellos, un ejemplar soberbio de quince centímetros de longitud y de aspecto guerrero. Este pez revestido de escamas brillantes de color anaranjado y dorado con manchas de color azul oscuro y bandas blancas como la nieve, y las puntas de las aletas también blancas, está en trance de seducir a un compañero de especie de colores anodinos. No hay duda: el pez mayor es un macho que está cortejando a su hembra. Llamémosle Jorge."

"Ahora se ha colocado exactamente paralelo a su Jorgelina y vibra como un sonajero. En este instante los huevos de la hembra bajan en diagonal por el agua como pequeñas pompas de jabón. Jorge proyecta sobre ellos una niebla de "leche" y los fecunda."

"Pero ahora sucede algo que hace pensar en la obra de un trasgo: pocos segundos después de este acto una irisación recorre el traje de adorno de Jorge. El color anaranjado brillante desaparece. Las manchas de color pardo oscuro aumentan de tamaño, inundan todo el cuerpo y se transforman en una superficie de azul añil intenso con estrellitas violetas. Las aletas de color blanco brillante se convierten en orlas negras. Y mientras tanto Jorgelina se reviste instantáneamente con el mismo traje llameante que hace poco llevaba Jorge."

"Jorgelina no sólo tiene todo el aspecto de un macho, sino que se comporta como tal y corteja a su amado Jorge con pompa y ceremonial cortesano. Y de repente brotan de Jorge los huevos y de Jorgelina el esperma."

"O sea que la apariencia del traje no engañaba. Inmediatamente después de la primera fecundación el macho se había transformado en hembra y Jorgelina se había convertido en Jorge."

"El *Serranellus Subligarius* es macho y hembra en una sola persona y puede cambiar sus papeles en pocos segundos".

Un amigo que conocía mi interés por los temas relacionados con el hermafroditismo, me alcanzó un curioso libro titulado "Guerreros, chamanes y travestis" de Alberto Cardín. El autor ha recogido una extensa y valiosa información etnológica sobre homosexualidad, travestismo y chamanismo en los pueblos llamados primitivos, que él prefiere denominar "exóticos" o "distintos". De esta información he seleccionado algunos ejemplos que me serán útiles para el desarrollo de la temática sobre hermafroditismo.

El chaman es un brujo, hechicero o sacerdote tribal al que se supone dotado de poderes sobrenaturales para sanar a los enfermos, adivinar, invocar a los espíritus, etc.

Entre los indios Yurok (América del Norte), algunos de ellos preferían la vida y el atuendo propio de las mujeres y recibían el nombre de Wergeru. La explicación de este fenómeno es que estos varones adoptaban esa conducta por el deseo de hacerse chamanes.

Los Haxuxarra (hombres que viven como mujeres) se encontraron entre los Arapaho, al igual que entre los Cheyenne, Sioux, Omaha, Ute y muchas otras tribus. Se transformaban como resultado de un don sobrenatural de los animales o



los pájaros. Estos individuos mostraban un deseo natural de ser mujeres; según crecían se convertían en tales de manera gradual. Renunciaban a los deseos propios del varón y se casaban con hombres. Tenían poderes milagrosos y podían hacer cosas sobrenaturales, como transmutar en veneno el agua de lluvia.

Según Macrobio (637), uno de los casos que, a su parecer, es de compleja explicación, lo constituye la adopción del vestuario femenino por parte de sacerdotes, chamanes y hechiceros. Allí donde, por diversas razones mitológicas, existe una divinidad andrógina, es natural que los sacerdotes que la sirven, por simpatía, usen su vestido. El sacrificio a la Venus barbada de Chipre era realizado por hombres vestidos de mujeres y por mujeres vestidas de hombre.

Los chamanes Chukchi (Asia) generalmente visten como mujeres. Los Basir Dayak (Asia) que viven de la brujería, visten también de mujeres. Los Koryak (Asia) pensaban que los chamanes que cambiaban de sexo eran muy poderosos. Los indios Illinois y Nudowessie (América del Norte) miraban a los hombres que "habían cambiado de sexo" como "manitús" o "personas sobrenaturalmente dotadas"

Los hechiceros patagones (América del Sur), escogidos entre los niños afectados del baile de San Vito, usaban ropa femenina. Los sacerdotes, entre los indios de Louisiana (América del Norte), vestían de mujeres. En las islas Palau (Oceanía) se observó un notable cambio de sexo: una cierta diosa elegía siempre a un hombre para ser su portavoz; en este caso el hombre, vestido de mujer, era considerado y tratado como tal.

El sacerdote de Heracles en la isla de Cos (Europa) vestía ornamentos femeninos a la hora de celebrar. Los nganga o hechiceros de Bengala (Asia), en ciertas ceremonias que tienen lugar tras un asesinato, se visten de mujer para descubrir al asesino. Frente a la costa de Aracan había "conjuradores" que vestían y vivían como mujeres. En el Congo (Africa) vivía un sacerdote que vestía de mujer y era llamado "abuela". Los Nahanarvales (vándalos), tribu de antiguos germanos de Europa, tenían un sacerdote que vestía de mujer.

En esta exposición de conductas o procederes de pueblos exóticos, he querido resaltar el hecho de que el brujo, sacerdote o hechicero es, en muchas ocasiones, un travestido. Estos chamanes travestis son en la mayoría de los casos homosexuales que viven como si fueran mujeres. La inversión sexual aparece señalada por la inversión vestimentaria.

Los datos aportados por la etnología, despertaron mi curiosidad para pensar la relación existente entre homosexualidad, travestismo y chamanismo.

La sociedad generalmente tiene dos respuestas para estos travestidos: por una parte son objeto de cierta sorna, de una ridiculización benevolente; por la otra, se les tiene estima y respeto por sus poderes.

La pregunta que nos podemos formular desde el psicoanálisis es la siguiente: ¿qué fantasías se ponen en juego para que los chamanes travestis ocupen un lugar tan prestigiado en su cultura como el de brujo, sacerdote o hechicero?

Considero que, por un lado, la burla o el ridículo a estos travestidos, es fruto de la discordancia entre sus características masculinas y la adopción de una mímica y pantomímica que exagera una condición femenina. Pero, por otro lado, el travestido encierra una fantasía de completud, de inexistencia de la falta; detrás de su ropaje femenino se encuentra un pene que niega la castración. Es la mujer

fálica o el ser completo que reúne los atributos de ambos sexos, asegurando para los otros miembros de su cultura la posibilidad de acceso a la completud o la renegación de la castración. Es esta significación, esta investidura desde lo inconciente lo que ubica al travestido en un lugar social estimado, lo que le da poder: de sanar, de realizar milagros, de espantar a los espíritus malignos, de ser portavoces de los dioses o espíritus e intérpretes de sus deseos. Un ser humano sin carencias, sin faltas, completo, Hermes y Afrodita: Hermafrodita.

En "Teorías sexuales infantiles", Freud expresa que: "La primera de tales teorías se enlaza con el desconocimiento de las diferencias sexuales, indicado ya antes como característica infantil, que consiste en "atribuir a toda persona, incluso a las de sexo femenino, órganos genitales masculinos", como los que el niño conoce por su propio cuerpo. Precisamente en aquella constitución sexual que reconocemos como "normal" es ya en la infancia el pene la zona erógena directiva y el principal objeto sexual autoerótico, y el valor que el sujeto le concede se refleja lógicamente en una imposibilidad de representarse a una personalidad análoga al "yo" sin un elemento tan esencial. Cuando el niño ve desnuda a una hermanita suya o a otra niña, sus manifestaciones demuestran que su prejuicio ha llegado a ser lo bastante enérgico para falsear la percepción de lo real. Así, no comprueba la falta del miembro, sino que dice regularmente, como con intención consoladora y conciliante: "Él...es aún pequeñito, pero ya le crecerá cuando vaya siendo mayor". La imagen de la mujer provista de un miembro viril retorna aún en los sueños de los adultos. El durmiente, presa de intensa excitación sexual, se dispone a realizar el coito con una mujer; pero al desnudarla descubre, en lugar de los genitales femeninos, un cumplido miembro viril, y esta visión pone fin al sueño y a la excitación sexual. Las numerosas figuras hermafroditas que la antigüedad clásica nos ha legado reproducen fielmente esta representación infantil, generalmente extendida un día, siendo de observar que tal imagen no hiere la sensibilidad de la mayoría de los hombres normales, mientras que los casos reales de hermafroditismo genital despiertan casi siempre la máxima repugnancia."

"Cuando esta representación de la mujer provista de un miembro viril llega a quedar "fijada" en el niño, resistiendo a todas las influencias de la vida ulterior y creando la incapacidad de renunciar al pene en el objeto sexual, el sujeto -cuya vida sexual puede permanecer normal en todo otro aspecto- se hace necesariamente homosexual, y busca sus objetos sexuales entre hombres que por algunos caracteres somáticos o anímicos recuerden a la mujer."

Este ideal hermafrodita, de completud, de huida frente al registro de la falta por temor a la castración y a la herida narcisista que supone la necesidad del otro, no es privativo del hombre.

La niña se desilusiona de su constitución, puesto que no puede ofrecerle a la madre lo que ésta busca en el padre: el pene. Pero también se desilusiona de la madre, en cuanto persona incompleta, carente de aquello que el padre sí tiene. Es en esta dinámica donde se inscribe la eventualidad de construir el mito de la madre fálica, aquello que sería todo, que lo tiene todo, un ser completo.

Si la madre es todo, el sujeto que está cautivo en la especularidad, también puede llegar a ser todo, disfrutar de una plenitud que le evite la necesidad del otro para su satisfacción. Si la madre no lo tiene todo, si es carente, si denuncia su

falta en la búsqueda del padre, cierra al hijo la posibilidad de constituirse en un ser pleno.

A propósito de este tema, recuerdo a una joven e inteligente paciente, quien, luego de la ruptura de un noviazgo de varios años, se sentía muy sola. Al tiempo, retomó la amistad de antiguas compañeras de universidad y pasaba sus ratos libres con ellas y grupos ocasionales. Fué así que conoció a otros hombres, pero no sintió hacia ninguno de ellos la atracción suficiente que la impulsara a estructurar una pareja. En esta época sueña que con repugnancia se sacaba gran cantidad de lombrices de la vagina. Recordemos que en "La cabeza de Medusa", cuyo cabello suele representarse en forma de serpientes, Freud dice: "Es notable que, a pesar de ser horribles en sí mismas, estas serpientes contribuyen realmente a mitigar el horror, pues sustituyen al pene, cuya ausencia es precisamente la causa de ese horror". Si reemplazamos a las serpientes por lombrices, tenemos en parte, la interpretación del material onírico de la paciente. La explicación se completa pensando que el sueño realizaba un deseo de completud, de no carencias, de bastarse a sí misma y no necesitar de otro; de esta forma, su angustia por la soledad y la falta de una relación amorosa desaparecían mágicamente.

María, una paciente preocupada porque tenía que tomar decisiones importantes para su futuro profesional, relata el siguiente sueño: "Tenía un bebé chiquito. Había aparecido. Yo había estado embarazada y de pronto tenía el bebé. Sin parto. No estaba preparada, no tenía ropita para él. Luego yo salía y horas después me daba cuenta que había dejado al bebé y no le había dado mamadera, teta, ni nada. Me apuraba por llegar. Ya en casa, me reencontraba con el bebé tan chiquito, muy chiquitito. No recuerdo más."

Asocia que Inés, una de sus amigas, está embarazada. Esa noche, María, durante la cena, había charlado con su esposo y sus hijas sobre el caso de un bebé que fue robado a la madre luego del parto, en el hospital. El caso había tenido mucha difusión periodística y televisiva. Comentaron también, que unos amigos habían comprado a su único hijo. Refiriéndose nuevamente al sueño dice: "Era tan real la sensación del bebé, no tenía nombre, mis hijas no aparecían como hermanas, era una situación familiar extraña, era como un accidente en la vida. No tenía sexo. Era como si lo hubiese defecado."

Interpretamos que el bebé chiquitito simbolizaba el pene, algo que se tiene por "accidente" de nacimiento. Por eso no tiene nombre ni puede ser incluido dentro del grupo familiar como uno más. La ecuación simbólica pene=heces=niños, está actuando por entero: el chiquitito = embarazo de Inés = chicos robados = vendidos = comprados = defecados = accidente.

El pene, representado por el bebé, permite a María realizar oníricamente la fantasía de completud. Esta fantasía la protege de su angustia frente a las demandas que su quehacer profesional le impone. Equipada con un pene, mujer fálica, ser íntegro, podrá encarar sin conflictos los problemas que debe resolver.

Observamos que esta idea de totalidad, de madre fálica, de alguien que vive en plenitud, está presente en aquellos seres originarios de los que habla Aristófanes; también en la completud que sellan en las aguas espejadas Hermafrodita y Narciso y, como vimos, es frecuente encontrarla en las fantasías de los pacientes en análisis. A través del sueño -"vía regia de acceso a lo

inconciente"- suelen manifestarse estas fantasías individuales que en los mitos y leyendas expresan el inconciente colectivo, el sueño compartido de una cultura.